
El descontento
Beatriz Serrano
temas de hoy

Índice

Sinopsis

El descontento es la historia de Marisa, una mujer en la treintena que vive anestesiada mediante orfidales y vídeos de Youtube. Solo así es capaz de soportar las rutinas y pesares de su día a día en una agencia de publicidad a la que tan solo acude presencialmente para ahorrar dinero en aire acondicionado durante el sofocante agosto madrileño. Marisa odia el trabajo. Sin embargo, no puede dejarlo: le gustan demasiado las cosas bonitas.

La semana previa a un *team building* organizado por su empresa, la ansiedad de Marisa se dispara; compartir un fin de semana entero con sus compañeros de oficina le resulta insoportable, y el recuerdo enterrado de una tragedia ocurrida en la oficina tiempo atrás vuelve para atormentarla. A medida que pasan los días, su máscara social, tan cuidada y pulida a lo largo de los años, se irá resquebrajando hasta hacerlo volar todo por los aires.

Esta es una novela sobre las crisis vividas por cualquier persona que trabaja. Sobre la soledad, la necesidad de vínculos y conexiones y de encontrar la chispa para no tirarse delante de un autobús un lunes por la mañana.

El descontento

Beatriz Serrano Molina



A Javier Serrano y a Lola Molina, mis padres.
Y a todas las personas que se despiertan,
cada día, sin ganas de ir a trabajar.

I was looking for a job and then I found a job
and heaven knows I'm miserable now

The Smiths,
«Heaven Knows I'm Miserable Now»

Si uno se esfuerza un poco en parecer normal, acabará ahorrando el tiempo suficiente para ser quien realmente quiere ser.

Gueorgui Gospodínov,
Física de la tristeza

Primera parte
Es peligroso asomarse al interior

I

En el año 2016, la obsesión de Internet durante unos larguísimos quince minutos fue el estado físico y mental de una *youtuber* inglesa llamada Marina Joyce. Joyce era una especie de princesita cursi y aniñada, de largos tirabuzones rubios y enormes ojos azules, que subía inocentes vídeos en los que se probaba ropa de colores pastel, abría cajas con regalos que le enviaban distintas marcas o comía dulces que le resultaban exóticos por ser, sencillamente, de algún país asiático. Y gracias a esa difusa línea de Internet, en la que a menudo eres incapaz de discernir si estás viendo un contenido erótico o familiar (o, quizás, las dos cosas al mismo tiempo), la comunidad que seguía a Marina Joyce era heterogénea y sorprendente: desde niñas pequeñas que querían lucir los mismos vestidos rosas que lucía Joyce hasta señores calvos de cincuenta y muchos años que, seguramente, se masturbaban con los vídeos en los que aparecía comiendo helado.

Al cabo de un tiempo, su amplia comunidad de seguidores comenzó a detectar sutiles cambios en su comportamiento a raíz de uno de sus vídeos: Marina Joyce estaba en una fiesta y sonreía a cámara mostrando el conjunto escogido para la ocasión, pero algo en su forma de dar vueltas (lánguida y desganada) o en su manera de responder a las preguntas que le hacían (alrededor de tres segundos más tarde de lo que una persona sin problemas de comprensión tardaría en contestar) hicieron sonar todas las alarmas. Y de ahí nació una teoría de la conspiración según la cual Joyce estaba en realidad secuestrada por su novio o por una secta (nadie determinaba cuál), y vivía maltratada y obligada a subir vídeos en contra de su voluntad.

Las pruebas que remitían estos detectives de Internet eran ediciones cortas de algunos de los vídeos en los que, si prestabas

atención, se podía escuchar un sutil y susurrado «*help me*» que, según la teoría, ella habría añadido en el montaje posterior para pedir ayuda a sus fans, así como otros vídeos donde daba la impresión de que Joyce miraba hacia el fondo de la habitación, detrás de su pantalla, para responder a una pregunta de su comunidad de seguidores con el beneplácito de su captor. Los fans también mostraban como pruebas irrefutables capturas de sus vídeos donde uno de sus brazos o sus piernas parecía tener hematomas, arañazos o pequeñas heridas. Marina Joyce continuaba siendo simpática y alegre, aunque se la veía adormecida, atolondrada o drogada en la mayoría de sus vídeos. Algunas capturas de pantalla, que acabaron colgadas en foros o en cuentas de Twitter dedicadas en exclusiva al emocionante caso, mostraban detalles con los que se suponía que la *youtuber* estaba llamando la atención de los demás mediante mensajes subliminales escondidos entre las preciosas estanterías lacadas de blanco y llenas de cachivaches cedidos por diversas marcas que siempre utilizaba como fondo para todos sus vídeos. Sus seguidores, y todos aquellos que se habían ido apuntando al *hashtag* #SalvadAMarinaJoyce, que fue *trending topic* durante días, terminaron llamando a la policía de Londres para que fuese en su rescate. Y la policía fue a su casa, no encontró nada sospechoso y se marchó.

Pienso en Marina Joyce en la fría sala de reuniones que he reservado para una llamada con parte del equipo de cuentas para hablar sobre la campaña de Navidad. Pienso también en que si la policía llegase alertada por algún ser querido en estos momentos tampoco encontraría nada sospechoso: tan solo soy una chica en una oficina, como ella era tan solo una chica en una habitación. Solo mis verdaderos fans notarían cambios extraños en mi comportamiento reunión tras reunión, día tras día, vídeo tras vídeo. Hablarían de ello en foros de Internet y crearían larguísimos hilos explicativos en Twitter. Puede que incluso me convirtieran en *trending topic* durante algunas horas. La chica que un día parecía divertirse tras la pantalla hoy parece adormecida, atolondrada e incluso drogada.

En este caso no se equivocarían en ninguno de los tres supuestos. Estamos a finales del mes de agosto y vengo a la oficina para gastar menos en aire acondicionado. Es lunes, otra vez. No he avanzado nada en ningún proyecto de Navidad, pero sé que puedo hablar el tiempo suficiente para convencer al equipo de cuentas de que tengo varios proyectos en marcha. Coloco el ordenador, un vaso de agua y una pequeña libreta en una amplia mesa situada de tal forma que me permite tener luz natural en el rostro. Si algo he aprendido de los *youtubers* es cómo orientar la cámara en una reunión. Me gusta reservar esta sala porque tiene un fondo neutro. Después de esta reunión, podría grabar un vídeo de reacción a vídeos de gatos teniendo arcadas al oler por primera vez el brócoli o un videotutorial de maquillaje que sirviese tanto para una entrevista de trabajo como para una primera cita. Me permito, en los segundos previos a conectarme, imaginar cómo saludaría a mi comunidad de seguidores en línea, pero no se me ocurre ningún saludo que no me haga parecer una retrasada mental.

A la hora programada, las mujeres del equipo de cuentas se conectan y da comienzo el estúpido baile de lugares comunes que precede a todas las reuniones en todas las empresas alrededor del mundo. «¿Cómo estáis, chicas?» «¿Estáis en Madrid o desde dónde...?» «Trabajar desde la playa es como no trabajar. «Mucho lío, pero se agradece.» «Yo encantada de la vida.» «Mucho curro, eso es bueno.» «Ya se me nota el moreno.» «Esto tiene que salir sí o sí.» «Me tenéis disponible 24/7.» «¿Están por ahí tus niños? ¡Diles que saluden, qué ricos!» Sonrío, participo, invento. Hablo de planes de verano que no tengo con gente que no existe. Unos días en Marbella en la casa de mi amiga Pitu. Otros en San Sebastián con mi chico. Aunque no sé si es demasiado pronto para llamarle «mi chico», declaro de forma misteriosa. Sí, les digo, es vasco, comento, siempre me gustaron los tíos con pinta de leñadores, ya sabéis. Y todas se ríen. Bromas sencillas, tópicos del imaginario popular que sirven como un aperitivo refrescante, aunque sin alcohol, para alargar las reuniones sin necesidad de entrar en materia.

Alguien toma la batuta. «Bueno, chicas, al lío.» Empieza oficialmente la reunión. Hablan de plazos de entrega, de bajadas

de ideas, de darle una vuelta a esto o a lo otro, del toque «WOW», de hacer un viral, e incluso alguna menciona la palabra *disrupción*. Hablan de lo que el cliente espera de nosotros este año, que siempre es «mucho» pero nunca es nada concreto. Y de que este año la campaña de Navidad es más importante que nunca. En los cuatro años que llevo en esta oficina siempre dicen que este año la campaña de Navidad es más importante que nunca. Asiento con el ceño fruncido y digo en voz alta: «¿Puedes repetir, Mónica?», mientras con el bolígrafo dibujo un pene con los bracitos en jarra en mi libreta Moleskine. «¿Tenemos algo más de *brief* sobre el labial?», pregunto y dejo que se peleen entre ellas otros diez minutos intentando decidir quién llamará al cliente para pedirle esa información que en realidad no necesito.

A lo tonto llevamos cuarenta minutos. Jugar a las oficinas es fácil si sabes cómo. El trabajo es solamente un papel que hay que interpretar. He aprendido a dominarlo a la perfección: sé los chascarrillos que siempre funcionan para romper el hielo. Sé lo que tengo que preguntar para parecer atenta e interesada. Y sé lo que tengo que decir para que el tiempo fluya más rápido sin hacer realmente nada hasta las seis de la tarde.

Mientras hablan entre ellas, abro Twitter, veo en silencio el vídeo de un mapache comiéndose una tarta de cumpleaños que han hecho especialmente para él. Tiene tres velas, y el mapache parece asustado por el fuego, así que un humano sopla las velas por él y el mapache empieza a comerse la tarta con sus manitas de persona. Le hago retuit. Busco en Google si sería posible tener un mapache en un piso de Madrid. Luego busco en Google cuántos años viven los mapaches y leo que un mapache salvaje puede vivir entre dos y tres años y me llevo un pequeño e inesperado disgusto.

—¿Cuándo crees que podríamos ver algo, Marisa? —pregunta una de ellas.

Cierro la pestaña del mapache y vuelvo a mirar la pantalla. En concreto, me miro a mí en un cuadradito a la derecha en la pantalla y confirmo que, efectivamente, esta luz sería magnífica para grabar un vídeo en el que mostrase mi rutina de belleza.

—En cuatro semanas —digo.

—¿Cuatro semanas? En tres semanas nos metemos a finales de septiembre y el cliente quiere ver algo ya para ir cerrando presupuestos —replica otra.

Me apetece responder que me la suda, como haría cualquier ser humano que tenga la suerte de poder vivir de las rentas de sus antepasados, pero, en lugar de eso, paso las páginas en blanco de la libreta que tengo al lado con mucha ceremonia. Musito un «Déjame comprobar unas cosas». Dibujo otro pene diminuto en una de las páginas. «Dame dos semanas», digo finalmente, y todas se quedan contentas. El truco es decir siempre una fecha y luego darles la fecha que tenías preparada con antelación, como hacen los trileros o los vendedores listos del Rastro para que creas que te has llevado una ganga.

Nos despedimos con sonrisas y muchos «Gracias a todas» y algunos «¡Seguimos!». Me desconecto de Zoom. Tengo la garganta tan seca que me cuesta tragar mi propia saliva. Pienso de nuevo en Marina Joyce al encontrarme a solas frente al reflejo que me devuelve mi propia pantalla. Creo que si alguien hubiese subido lo suficiente el volumen de su portátil también habría escuchado una vocecita diciendo «*help me*» y habría llamado a la policía.

Tengo treinta y dos años y llevo ocho trabajando en el mundo de la publicidad, cuatro de ellos en esta misma agencia. Empecé siendo becaria, luego me contrataron como *copy* y ahora tengo un puesto de mando intermedio con gente a mi cargo y un absurdo título en inglés que sirve para darme ínfulas en LinkedIn y responder a preguntas de cortesía en Tinder. Lo cierto es que no sé hacer nada en particular y no sé cómo he llegado aquí. Intuyo que perfeccionando el juego de las oficinas hasta que los demás se han ido creyendo que soy una gran profesional.

Mi trabajo consiste en ser simpática y vender humo. Leo el *brief* de un producto de mierda que es como todos los demás productos de mierda: un labial de color rojo, un perfume con notas florales, una aspiradora con un aplique pequeñito que puedes meter por las esquinas de tu casa porque tiene forma triangular. Entonces pienso en las tonterías que preocupan a la gente de a pie, a cualquiera, por mucho que nos creamos las ovejas más listas del

rebaño: ser fea, oler mal al final del día, tener una casa sucia. El mercado genera necesidades y es mi labor traducirlas al lenguaje del común de los mortales. No estoy vendiendo un labial de color rojo, sino la idea de causar impacto, de ser bella, de ser recordada, de dejar una marca en el cuello de la camisa de un hombre guapo. No estoy vendiendo un perfume, sino la idea de que te recuerden por el olor, de impresionar, de dejar de ser una personita gris y aburrida que gasta dos horas cada día de su vida en ir y volver del trabajo. Vendo la posibilidad de que hoy, sí, justo hoy, con la ayuda de ese perfume de notas afrutadas, te suceda algo extraordinario. No estoy vendiendo la enésima aspiradora que ningún hogar necesita, vendo la idea de tener una casa bonita y limpia, de poder sacar una foto a ese rinconcito tan mono que decoraste *alla Pinterest* para subirla a Instagram y recibir muchos *likes*. Entonces lanzo una idea creativa que es como todas las demás ideas creativas anteriores y posteriores, como todo lo que vino y lo que vendrá después. *The lipstick effect*. El olor de los recuerdos. La casa de tu vida. Me la compran, nos pagan, recibo felicitaciones y vuelta a empezar.

Llevo ocho años haciendo lo mismo y sé que no sirve para nada. Sé que el mundo sería un lugar mejor si trabajos como el mío no existieran. Sé que me aprovecho de las inseguridades de la gente y de sus ganas de medrar en una sociedad en la que no se puede mejorar. Y lo sé porque incluso yo misma, después de una jornada de ocho horas y una serie de conversaciones de ascensor que me han provocado toda una retahíla de ideaciones suicidas de baja intensidad (como graparme mi propia mano con tal de abandonar una reunión que hacía comprender el verdadero sentido y magnitud de la palabra *infinito* o tirarme el agua hirviendo de la *kettle* de la oficina para poder pasar entre cinco y diez días con los pies en alto), a menudo creo en que la solución a todos mis problemas está hecha a mi medida en un vestido floreado de Zara fabricado en Bangladesh que me ha perseguido a lo largo de todo el día a través de todas las páginas web que he visitado y que, con toda seguridad, llevarán millones de mujeres por la calle la próxima temporada. Ese vestido que me convertirá en otra mujer,

en una versión primaveral, alegre y despreocupada de mí misma. Sé que cuando compras algo, lo que pagas es la promesa de una vida mejor. Sé que también me aprovecho de la mediocridad y el dinero de los clientes, para los que el mayor acto de creatividad es añadir una celda más en un documento de Excel.

Mi trabajo se mide en algo tan incalculable como el «impacto». El «impacto» puede ser hacer algo viral de lo que todo el mundo hable. O crear una melodía pegadiza que todo el mundo cante. O ganar uno de esos prestigiosos premios de publicidad que solo importan a los publicistas y a los clientes que se han dejado un dineral en ese anuncio con una modelo que lo único que quiere de verdad es una hamburguesa y un abrazo. Lo cierto es que si estás en todas las marquesinas de metro de la ciudad es posible que la gente pida más tu perfume en los *corners* de El Corte Inglés, pero no creo que «El olor de los recuerdos» haya tenido un mayor impacto en la decisión de compra de un producto que «Un olor para recordar». Se me da bien vender ideas a los clientes. Les hago creer que son únicos, que su producto es maravilloso y que esta campaña marcará un antes y un después. Les hago la pelota, me río de sus chistes, coqueteo con ellos. Los clientes trabajan para marcas que no se quieren arriesgar porque no tienen razones para hacerlo. Cuando se posicionan sobre algo es porque todo el mundo se ha posicionado sobre eso y entonces sienten que es seguro hacerlo. Feminismo, sostenibilidad, inclusión, diversidad. Tonterías. De repente llega una marca con cremas anticelulíticas y antiedad y quiere alejarse de la negatividad de su producto y empoderar a las mujeres. Entonces el argumento de la campaña ya no será hacer creer a las mujeres que son viejas y *necesitan* una crema o que son gordas y *necesitan* una crema, sino que sean como sean se *merecen* esa crema.

Pongo el aire acondicionado a tope en la sala de reuniones y escribo un email a los alumnos del próximo año del máster de publicidad de la universidad privada en el que imparto una clase gracias al título en inglés que tengo puesto en LinkedIn.

Queridos futuros alumnos y alumnas:

Con motivo de establecer una serie de parámetros organizativos de cara al curso que da comienzo en septiembre, me gustaría poneros un ejercicio experimental para conocer el nivel de la clase e instaurar la metodología de trabajo por equipos.

El ejercicio consiste en pensar cómo organizaríais la campaña de Navidad de una gran empresa de cosmética. Quiero que penséis tanto en estrategia (momentos de lanzamiento de campaña, plazos, tiempos, planteamiento de calendario, etc.) como en ideas creativas específicas para cuatro tipos de productos: perfume, labial, producto para el cuidado de la piel de mujeres de más de 40 y pack de sombras de ojos. El plazo de entrega de este ejercicio es de tres días.

Gracias.

Me acerco al bidón de la sala de reuniones y lleno uno de esos vasitos diminutos de agua fresca que me bebo mirando la Gran Vía. Imagino al grupo de estudiantes leyendo ese email y poniéndose contentos, creyendo que este «ejercicio» les da una oportunidad para destacar por encima del resto. Están recién salidos de la universidad y tienen entusiasmo y alegría de vivir. Sus padres tienen dinero para pagarles un máster que les consiga una beca no remunerada en una agencia en la que con suerte se terminarán quedando. Sus padres tienen dinero para pagar por el trabajo de sus hijos, para que puedan acceder a la promesa de empleos a los que otros no pueden acceder. En menos de una semana me mandarán ideas que yo seleccionaré y explicaré a mi equipo para que las desarrollen mejor y monten una presentación. En los años que llevo trabajando, también he aprendido a dominar el arte de trabajar lo menos posible. En las oficinas sucede lo mismo que en las cacerías: cuanto más te muevas, menos posibilidad tendrás de que te disparen.

Relleno otro vasito de agua antes de salir de la silenciosa sala de reuniones. Tengo mi despacho lleno de vasitos de plástico que relleno constantemente intentando calmar la sed. A menudo, los tiro a la papelera por la noche y me llevo yo misma la bolsa por miedo a que alguien de la oficina piense que no me importan lo suficiente los delfines. Son tantos vasitos que podría construirme un fuerte con ellos, o crear una de esas obras de arte abstracto que provocan que personas con jerséis de cuello cisne en colores

neutros y grandes gafas de pasta asientan con gesto de aprobación mientras la gente que viste ropa comprada en grandes superficies exclama que eso podría haberlo realizado su hijo de cuatro años. Recuerdo vagamente que hace no mucho, quizás en las pasadas Navidades, la empresa nos regaló una botellita de agua reutilizable por, según dijeron, «su compromiso con la sostenibilidad». Y dentro de la oficina estamos a 17 grados mientras que fuera el termómetro de la calle marca 38.

La oficina está medio vacía en agosto. Entre las personas que están de vacaciones y aquellas que están teletrabajando desde algún lugar mejor, a veces tengo la sensación de ser la única persona en Madrid. Pero me gusta esta sensación. Me gusta el mes de agosto en la ciudad porque no hay nadie.

Me paro en la mesa de Natalia antes de entrar en mi despacho. Natalia: rubia, cabello perfecto con corte *long bob*, vestido de lunares de Zara, bloc de notas con distintas señalizaciones, bolígrafos y subrayadores de todos los colores de la gama cromática. Eficiente, pulcra, siempre disponible para así aplacar su miedo, completamente fundamentado, de que como creativa no es lo bastante brillante. Cien por cien corporativista. Natalia quiere impresionarme y gustarme y me mira con ojitos llenos de luz y esperanza cuando me planto delante de ella. Está esperando su gran oportunidad y yo siempre estoy dispuesta a dársela. Natalia me manda emails que jamás respondo a las ocho de la tarde. Siempre está aquí cuando llego por las mañanas y siempre se queda «un ratito más» cuando me voy.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunto a sabiendas de que me va a decir que sí. Natalia podría dedicarme el resto de sus días si se lo pidiera.

—Claro.

—Necesito unas cuantas cosas de cara a la campaña de Navidad. Algunos *insights* del mercado: cómo se comportará la gente estas Navidades, quiénes tienen más capacidad de compra, qué productos generarán mayor interés. —Me empiezo a aburrir de lo que le estoy diciendo.

Natalia apunta las cosas en su libreta. Quiere hacerlo todo

muy bien y eso me da ternura. Sé que me enviará de vuelta un trabajo impoluto. Sé que les contará a sus amigas lo muchísimo que está aprendiendo y lo mucho que le gusta su trabajo. Sé que es de esas personas que nunca se planteará si dedicar ocho, nueve, diez o cuarenta y siete horas diarias al trabajo es una pérdida de tiempo y energía. Sé que disfrutará de sus días en la oficina, de la cultura de empresa, de las copas *afterwork* de los jueves y las cañitas de los viernes. Sé que tomará como propias esas ideas del tipo «Encuentra un trabajo que te gusta y nunca más tendrás que volver a trabajar». Sé que su mejor amiga terminará siendo Sonsoles de Recursos Humanos. Sé que se casará, que tendrá hijos, que se comprará un pisito en las afueras, en una zona residencial tal vez cercana al aeropuerto, en una urbanización con piscina. Sé que los fines de semana quedará con otros amigos que también tienen hijos y viven en urbanizaciones con piscina, quizás incluso en la misma urbanización con piscina, y que ella se sentirá la persona especial en cada cena porque tiene un trabajo creativo. Sé que con esa vida será inmensamente feliz y eso me provoca sentimientos encontrados: pena, una punzada de envidia y unas ganas casi incontrolables de pegarle un bofetón.

—Vale.

—Necesito también que empieces a montar la presentación, ¿cuándo vuelve la gente de vacaciones?

—Luis y Claudio vuelven la semana que viene; Marta, dentro de dos.

—Bien, ¿podrás con todo?

—Yo creo que sí.

—Gracias, Natalia, así puedo centrarme en otras cosas —digo vagamente, y giro sobre mis talones rumbo a mi despacho.

Mi despacho es un cubículo acristalado con vistas a toda la oficina y está decorado como cualquiera imaginaría que estaría decorado el despacho de un creativo publicitario: mesa de madera sobre la que reposa una escultura clásica pintada de un color flúor, silla de estilo nórdico, dos plantas en una esquina (un ave del paraíso y una monstera), una taquilla imitación años cincuenta. Ahora está de moda que los mandos intermedios y, sobre todo, los

jefes no tengan despacho: que estén fuera, con el populacho, haciendo ver que todos somos iguales, aunque unos cobren el salario mínimo interprofesional y otros 50.000, 80.000 o 100.000 euros al año. Están de moda los espacios abiertos, las salas enormes y la falta absoluta de intimidad. Me negué a una reestructuración en mi planta votando en contra en una encuesta que nos hicieron cumplimentar vía email, alegando que un espacio cerrado y propio ayudaba en el proceso creativo, «como ya apuntó Virginia Woolf en *Una habitación propia*», para introducir así la sutil idea de que estar ahí fuera era en el fondo machismo, cuando la realidad es que la compartimentación de los espacios me concede una mayor privacidad para ver mis vídeos de YouTube.

Me encanta YouTube. Me encanta cada rincón de la plataforma. A veces empiezo viendo vídeos de perros que parecen decir palabras o frases completas cuando ladran y termino viendo un vídeo sobre cómo George Soros tiene comprado todo el conglomerado mediático nacional e internacional. Adoro las teorías de la conspiración, los *beefs* entre *youtubers*, las guerras culturales. Adoro las explicaciones filosóficas o sociológicas sobre el mundo. Adoro a los *booktubers*. Adoro los vídeos de veinte minutos que son un compendio de clips de niños cayéndose o de gente que canta muy mal en *castings* televisivos o de mujeres que han seguido punto por punto un tutorial de maquillaje pero de pronto, sin saber bien cómo, han terminado sin cejas. Adoro los vídeos en los que un *youtuber* me explica por qué hay que liberar a Britney Spears de las garras de su padre. O los montajes graciosos sobre la última tontería que ha dicho un político con música *techno*. Me encantan los tutoriales. Puedo pasar horas viendo vídeos sobre cómo hacerme un maquillaje de fantasía que nunca probaré o recetas que nunca cocinaré o maneras de organizar espacios pequeños para la casa que nunca tendré o ejercicios para mejorar el suelo pélvico que puedes hacer mientras trabajas que jamás haré mientras trabajo. Busco en las entrañas de YouTube para ver vídeos de gente que aplasta su cara sobre distintos tipos de panes o de gente que viaja a Japón para comer pulpitos vivos y se atraganta con ellos o de gente que cree que ha encontrado a

Hitler en Fuerteventura. Pero, sin lugar a duda, mis vídeos favoritos, aquellos que son capaces de hacer que me olvide de mí misma, son los de cómo se fabrican las cosas. No hablo de cosas prácticas como cómo hacer una mesa o una silla, sino cómo se hace el caramelo, cómo es el proceso de una fábrica de patatas fritas de bolsa, cómo se hacen los tornillos o cómo se cortan trozos de mármol para que terminen siendo un bloque compacto. YouTube es mi ventana a un mundo en el que me gustaría poder estar siempre presente.

Entro en mi cuenta y YouTube me muestra una serie de vídeos que podrían interesarme. Me interesan todos. Justo cuando estoy a punto de hacer clic en uno de ellos, que me meterá de lleno en el agujero de Alicia del mundo moderno, suena el teléfono de mi despacho y lo cojo sin dejar de mirar la pantalla. El trabajo quiere entrometerse en mi ventana al mundo. Una de las chicas encargadas de llevar la cuenta del cliente se ha olvidado de comentarme que el cliente quería también ideas para un moldeador de pestañas, aunque no es lo más importante de la campaña. «Piensa FIESTA», me dice. Le contesto que trabajaré en ello, pero que necesito más información sobre el producto, como si me hubiese pasado toda la vida viviendo en el subsuelo, dentro del alcantarillado de la ciudad, y no pudiese concebir a qué se está refiriendo con eso de «moldeador de pestañas». Cuelgo.

Me pongo el vídeo de una declaración de amor fallida que empieza de la siguiente forma: un chico estadounidense cuenta que ha decidido proponerle matrimonio a su novia, pero busca hacer algo especial. El chico, que cuenta que a su novia «le encantan los musicales», decide orquestar un *flashmob* en un centro comercial una tarde cualquiera de compras. Llegado el día D, mientras él y su chica pasean seguramente buscando algo tan poco inspirador como un ambientador para casa o unos calcetines, el novio, los clientes y parte de los trabajadores de distintas tiendas empiezan a unirse en una coreografía que tiene lugar en el *hall*, alrededor de una fuente que imita el estilo renacentista italiano. La canción es ese horror titulado «Happy», de Pharrell Williams. La chica, que no entiende nada de lo que está pasando, se queda pasmada cuando él hinca la

rodilla en el suelo y saca un anillo del bolsillo. Le rechaza delante de la fuente y de un centenar de personas. El chico termina llorando en el vídeo, explicando a cámara que no se podía imaginar que la chica le fuese a decir que no delante de toda esa gente, pero que ha decidido subir igualmente el vídeo por si puede «ayudar a otras personas». Voy a la sección de comentarios y escribo amparada en el anonimato de Internet desde una de las tres cuentas que utilizo para dejar mi huella, pero no mi rastro, en el universo digital: «¿Hola? ¿Es el 112? Necesito pedir una buambulancia». Me quedo durante unos minutos observando cómo aumenta el número de «Me gusta» y van apareciendo emojis de caritas llorando de la risa bajo mi comentario. El número llega a 12 rápidamente. Siento el ligero subidón que imagino que sienten los adictos al juego, o al crack, después de un buen chute.

Desvío mi mirada de la pantalla con una sonrisa victoriosa en mi rostro que desaparece al verse reflejada en el cristal de la oficina. Me planteo si debería pasar el resto de la mañana viendo vídeos de otra gente y dejando comentarios rabiosos en YouTube o si quizás debería hacer algo con mi vida. Reviso mi agenda y me doy cuenta de que no tengo ninguna otra reunión a lo largo del día. Bendito agosto. Hace un día demasiado bonito como para pasarlo entero viendo vídeos de YouTube. Le digo a Natalia que voy a una reunión con unos clientes, que si me necesita me mande un email y que solo me llame si se trata de una urgencia, a sabiendas de que no me llamará en lo que queda de día porque le aterra la idea de molestarme con una estupidez, y le aterra molestarme con una estupidez porque, cada vez que me escribe fuera del horario laboral, me esfuerzo por responderla de manera lacónica y cortante, por lo que poco a poco he ido adiestrándola como si fuese un perrito de Pavlov al que solo le permito babear sobre mis zapatos cuando estamos en esta jaula de cristal a la que llamamos «oficina».

Salgo a la calle y cojo un taxi al Museo del Prado.

II

El Museo del Prado es mi lugar preferido de Madrid junto con el Carrefour 24 horas de Quevedo. Los dos lugares son amplios, limpios, ordenados y tienen aire acondicionado. Por separado, son dos lugares que tienen todo lo que le puedo pedir a la vida: uno de ellos me alimenta el cuerpo, el otro nutre mi alma.

Cuando tenía dieciocho años y comencé a estudiar Historia del Arte, mi sueño era trabajar en el Museo del Prado, porque imaginaba que nada malo te podía suceder si vivías rodeado de cosas bellas. En 2006, con mi título bajo el brazo y en una España que parecía que nunca se iba a romper, un creativo alocado al que conocí en una discoteca decidió darme una oportunidad para entrar a trabajar en su agencia de publicidad, porque aquellas eran las chaladuras que los creativos alocados hacían por aquel entonces en sus agencias de publicidad después de desayunar un tazón de cocaína. La moda, cuando había dinero, era meter como becarios a licenciados en publicidad y luego coger a un par de personas de perfiles distintos, sin experiencia en aquel mundillo, para aportar «frescura», «nuevas ideas» y «visiones dispares». En esa ronda de becarios entramos dos estudiantes de publicidad, un músico taciturno que dejó el trabajo a la semana de empezar y yo.

Mi trabajo no era complicado: asistía a reuniones, tomaba notas y luego las transcribía, daba alguna idea cuando me preguntaban por mi opinión, ponía los PowerPoints bonitos y me quedaba para ayudar cuando había entregas importantes, aunque mi ayuda consistiese en pedir las pizzas para cenar. Supongo que pensé que sería temporal, que la vida sería otra cosa, que en algún momento escaparía de allí. O que aquel trabajo me serviría para ganar dinero y por las tardes podría dedicarme a mi verdadera, indeterminada y artística vocación, fuera cual fuese. Todos mis

compañeros de la universidad comenzaron a tener trabajos y a construir su vida y a hablar de sus nuevos trabajos y de cómo estaban construyendo su vida. Creo que me dejé llevar. En 2007, me hicieron mi primer contrato de ser humano. Con mi nómina bajo el brazo, decidí seguir un poco más. Después llegó 2008, la crisis y todos aquellos «tienes suerte de tener un trabajo», e imagino que a todos nos dio miedo dejar nuestro trabajo para ponernos a perseguir nuestros sueños y, más concretamente, en mi caso, el mundo de la publicidad me pareció más seguro y estable que el hipotético y cada vez más lejano mundo del arte. Supongo que fracasé. O que entre la posibilidad de ser más feliz o de comprar más cosas, escogí comprar más cosas.

Presento mi carnet de Amiga del Museo y entro. Voy al cuarto de baño a hacer pis y rebusco en mi bolso algo que pueda hacer mi visita mucho más amena. Saco mi blíster de Orfidal y me pongo una pastilla debajo de la lengua. Salgo del cubículo y bebo agua directamente del lavamanos. Al poco, siento como si mis huesos se hubiesen convertido en los huesos de un pájaro, de pronto están huecos y no pesan. Siento eso que siempre explican las profesoras de pilates: que tengo un hilo invisible tirando de mí hacia arriba, elevándome por encima de todo y de todos, de las personas y de las cosas, de todo lo que importa pero también de todo lo que no importa. Me siento ligeramente mareada, pero es el mareo equivalente a dos copas de vino y no al de una botella entera. Un mareo tan característico que una parte de mí ha empezado a reconocerlo como casa. Salgo del baño y camino con parsimonia, con la espalda recta, por encima de los demás. Parece como si mis pies fuesen deslizándose sobre una de esas cintas transportadoras de los aeropuertos. No hay un lugar mejor que el Museo del Prado o el Carrefour 24 horas de Quevedo. Finjo decidir qué voy a ver hoy, pero tengo claro que el cuerpo me pide El Bosco. Siento que El Bosco me entiende, que tiene dentro los mismos demonios que tengo yo, solo que él es un genio de la pintura y es capaz de expiarlos a través de sus dedos y su pincel mientras que yo necesito Orfidales y vídeos de YouTube.

Hace unos años decidí ir a terapia. Fue cuando comencé a

tener ataques de ansiedad cada vez que sonaba el despertador: aquel pitido matutino me provocaba una sensación opresiva en el pecho. No todas las mañanas se sentía de la misma forma: a veces era como si un pequeño garbanzo se hubiese quedado enquistado en alguna parte de mi esternón y otras, como si una mano invisible me estuviese estrujando el corazón. Aquella sensación se hizo tan común en mis mañanas que aprendí a convivir con ella. Estaba tan presente que terminé poniéndole nombre: lo llamé Berto, en homenaje a mi primer novio del instituto, un muchachito rubio y escuchimizado con el que empecé a salir porque se parecía a Aaron Carter.

Aquel agujero negro en mi interior poco a poco iba atrayendo hacia él todo mi ser, haciendo que mis días se volvieran cada vez más oscuros. Berto casi siempre llegaba acompañado por el llanto. No un llanto cualquiera, sino un llanto agitado y ceremonioso, el llanto desconsolado de los niños pequeños que buscan a su madre en el supermercado y de las viudas recientes que encuentran por casualidad el abono de transporte de su difunto esposo. Berto y el llanto se convirtieron en rutinas, algo que me sucedía tan a menudo que en ocasiones lloraba en la ducha para ahorrar tiempo porque no podía permitirme llegar tarde a trabajar un día más. El despertador no era el único objeto inanimado capaz de abrir las compuertas del llanto; en la oficina, a veces, saltaban mis alarmas internas si me pillaba desprevenida el pitido del microondas o la alarma de una moto sonando en el exterior del edificio. Más de un fin de semana, cuando sonaba el despertador que había programado para que no se me fuese de las manos la hora de la siesta, me levantaba de la cama y me vestía como si me fuese a ir a trabajar hasta que de pronto caía en que era sábado o domingo y no tenía que hacerlo. Entonces me invadía una alegría desproporcionada, una alegría que no me cabía en el pecho, la alegría de los niños pequeños cuando por fin encuentran a su mamá en medio del supermercado o de las viudas recientes cuando descubren el yoga.

Una mañana, en la cafetería de la oficina, cogiendo un repugnante y aguado café para llevar antes de subir a mi despacho,

comencé a sentir unas fuertes taquicardias que derivaron en un ligero mareo que me hizo buscar con urgencia un lugar en el que apoyarme. A mi lado estaba Rita, a la que me agarré por miedo a desplomarme en mitad de la cafetería. Rita era una diseñadora gráfica del mismo departamento, con la que coincidí durante un año y medio en el mismo espacio y a la que le fascinaba la literatura rusa, como descubrí un día en el que, por no sé qué razón, terminamos sentadas una frente a la otra en la cantina, cada una con un libro —el mío, *Extraños en un tren*; el suyo, *El jugador*— y un táper —el mío, ensalada de pasta, atún y huevo duro; el suyo, ensalada de pasta, atún y huevo duro— en la larga mesa común, rodeadas de otros compañeros que utilizaban la hora de la comida para seguir hablando de temas laborales.

No conocía demasiado a Rita, y su presencia, por norma general, no llamaba demasiado la atención, ya que a menudo era tan silenciosa que tardabas en darte cuenta de que estaba a tu lado, como aquella mañana en la cafetería. Pero había tenido una serie de encuentros con ella que podrían catalogarse de agradables en el opresivo ambiente de las urgencias de oficina. El más importante había tenido lugar aquel día en el comedor del personal, al darnos cuenta de que las dos llevábamos un libro como coraza para que nadie se sentase con nosotras a seguir hablando de campañas de publicidad y PowerPoints, un hecho que pensábamos que nos hacía únicas y diferentes a todos los demás, pero que a ambas nos reconfortó refutar.

A día de hoy, todavía no sé por qué respondí «No» a la pregunta «Marisa, ¿estás bien?», pero me alegro de haberlo hecho. Quizás fue porque Rita solía suspirar como una mujer victoriana cuando alguien decía una gilipollez en una reunión, como si no le importase demostrar al resto de nuestros compañeros que no estaba ahí por gusto, sino por obligación. O quizás porque las dos habíamos descubierto, después de una presentación de logros y fracasos del año anterior, que no soportábamos la manera de hablar de Maika, la directora comercial, cuyo tono siempre te hacía sentir como si fueras el mozo de un hotel de cinco estrellas en un país subdesarrollado. Desde el día del comedor, nos

saludábamos todas las mañanas con lo que parecía una sonrisa sincera y no simplemente protocolaria y, de cuando en cuando, lanzábamos comentarios incisivos e irónicos en reuniones que, de forma clara, nos dedicábamos la una a la otra, como dos amantes que, por precaución, todavía no pueden dar a conocer su relación en público. Aquella fue una de las escasas veces en las que he dicho la verdad a mis compañeros de trabajo, y me sinceré con ella sobre todos los episodios que llevaba viviendo desde hacía meses mientras el café se nos enfriaba en nuestros vasitos de cartón, sentadas en la amplia cafetería.

—Marisa, eso es ansiedad, lo sabes, ¿no?

Negué con la cabeza. No lo sabía. Pensaba que la ansiedad era una serie de síntomas muy concretos (sudor, palpitaciones y sensación de ahogo) y no algo tan específico como echarse a llorar cuando sonaba el despertador por las mañanas y ponerle a esa sensación el nombre del chico que en el instituto te llamó «calientapollas».

—Tienes que ir al médico, puede tener consecuencias muy graves. Pide cita con el seguro de la empresa y vete a mirártelo.

Por alguna razón, hice caso a Rita. Tuve cita con un médico de cabecera, un señor mayor que me tomó la tensión mientras me preguntaba si había sufrido abusos sexuales en la infancia. Le hablé del estrés que me provocaba ir a trabajar y él me recetó por primera vez ansiolíticos y me recomendó ir a terapia.

Lo que ni el médico de cabecera ni mi posterior terapeuta llegaron nunca a entender es que el estrés no me lo causaba mi trabajo sino, tal y como le había dicho, el hecho de tener que ir a trabajar. Ocupar ocho horas de lunes a viernes en una tarea alienante e insatisfactoria, rodeada de gente con la que me veía forzada a tener conversaciones infructuosas y aburridas, con todos aquellos absurdos lugares comunes sobre hipotecas o plazas de garaje o las palabras que dicen mal sus hijos o la última serie que habían visto en Netflix. Todo ese tiempo regalado a otros en vez de estar en mi casa leyendo o dibujando o simplemente mirando el techo, semidesnuda, observando las grietas. No soportaba la idea de estar obligada a vivir esa pantomima de oficina a perpetuidad

para poder pagarme cosas como un alquiler o la comida o un libro o un fin de semana en la playa. Me desmoronaba cada mañana cuando sonaba el despertador porque la vida, vivida de este modo, me parecía una tragedia mal escrita, aburrida y estéril, sin gracia y, lo peor de todo, sin contenido, y sentía ganas de coger por los hombros a gente aleatoria de camino al trabajo para preguntarles por qué ellos no estaban igual que yo. Cuál era su secreto, cómo lograban mantener la compostura, por qué no lloraban siempre que sonaba el despertador. Y lo cierto es que antes de ir al médico de cabecera y a la terapeuta ya sabía cuál era mi problema y también que, a menos que me tocase la lotería o me cortase una mano para no trabajar y recibir una pensión del Estado, mi situación no tenía remedio. Así que como no existía una forma de salir del sistema, tan solo podía aspirar a que mi paso por el mismo no implicase llorar en la ducha, dejé la terapia pero seguí aceptando las recetas de ansiolíticos y tranquilizantes que recojo de tanto en tanto en la consulta del mismo médico de cabecera que me las da sin hacer demasiadas preguntas porque le dije que, efectivamente, había sufrido abusos sexuales en la infancia.

Ahora El Bosco es lo más parecido que tengo a ir a terapia. El espacio donde se encuentra su obra es toda una muestra del arte de la teatralidad: bajando a los fondos del museo, entrando en el mundo de la penumbra, paseas por salas poco iluminadas hasta que se revela su obra en todo su esplendor. La joya de la corona, su tríptico titulado *El jardín de las delicias*, son tres tablas de más de dos metros de altura que invitan a perderse cada vez en cada uno de sus detalles hasta descubrir algo que nunca habías visto antes. Existe fascinación por la vida del artista porque El Bosco fue un hombre solitario que apenas salió nunca de los alrededores de Den Bosch, la ciudad holandesa donde nació. Cada vez que me aproximo al tríptico, pienso en el impresionante y terrorífico mundo interior que debía de tener el holandés para no haber visto apenas nada del exterior ni haberse relacionado con nadie. Me vuelvo a quedar alelada frente a la obra, sintiendo el frío del aire acondicionado erizándome la piel.

El tríptico abierto de *El jardín de las delicias* son tres universos

en uno. El primero representa el jardín del Edén el último día de la Creación, con Adán y Eva siendo bendecidos por un Dios que les ha concedido todo: árboles frutales, ríos, lagos y fuentes de agua abundante, animales de todo tipo, desde jirafas hasta elefantes, aves y osos, e incluso un unicornio. Sin embargo, el demonio se aparece en los estanques y en las rocas, acechando, a la espera de tentar a sus dos habitantes con el pecado. Es como la calma eléctrica que se siente en el aire antes de una gran tormenta: el jardín parece un lugar paradisíaco, pero incluye ciertos elementos desconcertantes que anuncian que algo malo está por venir.

El segundo universo, que da nombre a toda la obra y recibe de inmediato nuestra atención es el propio «jardín de las delicias», donde vemos a una humanidad que ya ha sucumbido al pecado y se dirige a su perdición. Mi teoría es que El Bosco, que era un hombre piadoso que vivió siempre siguiendo las enseñanzas de su iglesia local, se masturbó en la cara de la humanidad con esta obra. *El jardín de las delicias* es como el Pornhub del 1500. Es todo lo que nadie dice que hace, que siente o que mira sobre un lienzo: hombres y mujeres desnudos por doquier, de distintas razas, unidos por sus órganos sexuales. Hay sexo heterosexual y homosexual, hay sexo interracial, hay sexo anal, bucal y vaginal, hay masturbación. Follan los humanos, follan los animales, follan las plantas. Todo lo que ves y parece que no es sexo también es sexo: las cerezas, las fresas, las manzanas y las uvas, los petirrojos y los cuervos, los mejillones y las conchas, los leopardos y los ciervos. *El jardín de las delicias* es vibrante y voluptuoso, colorido, pasional e inacabable. Es esa fiesta en la que la música nunca deja de sonar, es ese restaurante en el que siempre queda un último plato por llegar, es la película en la que ocurre algo después de los créditos.

Por eso no quiero pasar al tercer tríptico: es demasiado pronto para bajar a los infiernos. Me alejo unos pasos para verlo en toda su magnitud. Pienso en el poco sentido que tiene la vida humana, en lo efímero del placer, en los pocos momentos de gozo y disfrute plenos que encontramos en nuestro día a día, antes de que salte sobre ellos la retahíla de preocupaciones más vulgares: la revisión

de la caldera, el email sin responder en la bandeja de entrada, la reunión de la próxima semana. Pienso en la culpa siempre acechando, en el despertador indicándonos que es hora de hacer otras cosas, en las despedidas bruscas, en las carreras al autobús, en los cortes de digestión. Y, de pronto, como si un rayo hubiese caído en mi cerebro facilitando unas conexiones nuevas, lúcidas y extrañas, pienso que El Bosco no estaba condenando a la humanidad con este jardín, ni advirtiéndola de lo que pasaría si vivían en pecado, sino que estaba mostrando todo lo deseable, todo lo posible, todo lo magnífico que podía tener la vida y el mundo: un lugar diverso y amable, donde no existe la culpa ni el dolor y donde los humanos y los animales conviven con la naturaleza y se dedican en cuerpo, mente y alma a la exploración de los placeres.

Trago saliva. No soy capaz de dirigir mi mirada hacia el infierno porque ya paso demasiado tiempo en él. Hoy me siento en comunión con el jardín. Siento que soy la única persona en todo el museo que ha entendido lo que quería decir El Bosco. Me llevo la mano al pecho. Tengo la tensión por los suelos y, antes de desfallecer, me despido de El Bosco en silencioso agradecimiento para marcharme a mi casa en taxi.

III

En casa, enciendo el aire acondicionado, bebo un vaso de agua y me siento en el sofá del salón con el portátil sobre las piernas para revisar el correo electrónico del trabajo. Tengo seis emails. Cuatro de ellos son de alumnos del máster preguntando dudas sobre el ejercicio que les he mandado esta mañana. Percibo que no son dudas reales, sino baterías de preguntas que me hacen para demostrar que son personas serias, inteligentes y preparadas y ganarse así mi admiración antes de que comience el curso. Uno de ellos pide más *brief*. «No hay», respondo. Otro me pregunta para qué medios estará dirigida la campaña. «Piensa a lo grande», respondo. Los otros dos parecen más bien querer presentarse y llamar mi atención y no llegan a desarrollar una pregunta concreta, así que les ignoro.

Tengo otro correo electrónico de la chica de cuentas que quedó en mandarme más información sobre el moldeador de pestañas. «Es un moldeador rizador, que permitirá tener unas pestañas estilo Hollywood de manera fácil, en menos de cinco minutos, en tu propio cuarto de baño.» Me abstengo de responder que para qué querrá nadie tener unas pestañas estilo Hollywood en su propio cuarto de baño y contesto con un amable «¡Muchas gracias!».

El último email es del director general de mi empresa. El asunto: «*Team building*: lo estabas esperando 😃». Un sudor frío recorre mi espalda. El próximo fin de semana, el grupo de directores y mandos intermedios tenemos unas sesiones de trabajo en grupo fuera de la oficina de las que nos van revelando información con cuentagotas. Lo que sabemos hasta ahora es que nos iremos el viernes por la tarde y regresaremos el sábado al final del día. Los *team building* son otra de las patochadas sacadas de

empresas estadounidenses que quieren imitar a empresas como Google. Sesiones grupales, charlas de motivación, juegos en equipo y ejercicios al aire libre que tienen por objetivo que todos los empleados trabajen codo con codo y al finalizar estén todos más unidos y motivados para seguir dando el callo. «Ponerse la camiseta, hacer equipo.» La empresa como familia. La idea de que tus compañeros de trabajo son algo más que compañeros de trabajo para que te cueste horrores levantarte de tu silla a las seis de la tarde porque sientes que estás abandonando a tu hermano pequeño en una gasolinera.

Como no tengo hijos ni padres enfermos a mi cargo y me pilló tan de sorpresa que tampoco me dio tiempo a inventarme una enfermedad rara, estoy obligada a ir. En mi empresa llevan meses preparándolo para que podamos ir todos. La idea de pasar un fin de semana con personas de mi oficina me resulta tan apetecible como arrancarme las uñas de los pies. Cada mensaje de mi director general es más horrible que el anterior: primero cerró las fechas, luego nos comunicó que debíamos ir con «ropa cómoda y calzado cómodo», después nos dijo que llevásemos bañador. Es como un secuestro pactado a plazos.

Abro el nuevo mensaje y descubro que mi jefe finalmente revela adónde nos vamos a ir: es un hotel cinco estrellas en medio de la nada, en Segovia, rodeado de árboles y naturaleza y con *spa*. Todo un detalle. El plan es salir de Madrid en un autobús alrededor de las ocho de la mañana del viernes y antes de dejar las maletas hacer un «juego por equipos». Por la tarde tendremos «dos ponentes muy especiales» y, por la noche, disfrutaremos de nuestra compañía de «manera distendida» para «hablar con autocrítica y empatía sobre la empresa y cómo podemos mejorar en ella». Dice que todavía quedan más sorpresas.

Quiero vomitar. Intento recuperar la sensación que he tenido en El Prado, rescatar al Bosco del fondo de mi cerebro para llenarme de ánimo y energía, pero no lo encuentro por ningún lado. El Bosco se ha quedado follando con una hortensia y yo estoy revisando correos de la oficina. Pienso en si debería llamar a Paolo, mi camello de confianza, de cara al fin de semana. Al principio

pensé que con fumarme un par de porros sería suficiente. Ahora que tengo más perspectiva creo que lo mejor será MDMA. Apunto en mi teléfono un recordatorio para llamar a Paolo, que pese a su exótico nombre es de Leganés, y cierro el correo donde se empiezan a acumular respuestas. «¡No puedo esperar a que llegue, chicos!» «Tengo muchísimas ganas.» «Lo vamos a pasar genial.»

Rebusco a ciegas en mi bolso y me meto otro Orfidal bajo la lengua. No entiendo por qué mis compañeros están emocionados, si es que todo ese aluvión de emojis y signos de exclamación significa de verdad un aluvión de emociones y no que alguno de ellos, al otro lado del teclado, está sufriendo un derrame cerebral. No comprendo que deseen pasar más tiempo con otros compañeros de trabajo antes que con sus familias, sus amigos, sus ligues o consigo mismos. Quizás les aterra demasiado esta última opción. O tal vez ellos también estén fingiendo, quién sabe por qué. Por la posibilidad de un ascenso o por la cálida sensación de esa palmadita en la espalda o por la expectativa de acercarse a un pez gordo de la compañía y demostrar, por fin, el valor que creen tener dentro de la empresa. Dejo el portátil sobre la mesita del salón y salgo a la terraza.

Vivo en un piso pequeño: 35 metros cuadrados en el barrio de Chamberí, con otros 10 metros cuadrados de terraza. El piso tiene un salón, una habitación, una pequeña cocina independiente y un baño. Me lo quedé por la terraza. Siempre me gustaron las terrazas. Mi terraza es donde paso la mayor parte del tiempo salvo cuando el calor o el frío son insoportables. En mi mundo ideal, los edificios de las grandes ciudades se construirían en forma piramidal para que todos pudiéramos disponer de una terraza con plantas cayendo a las terrazas de debajo. Creo que todo el mundo se merece una salida al cielo. Cuando todavía podía leer, leía mucho. Ahora, cada vez que cojo un libro, soy incapaz de pasar de un párrafo y prefiero ponerme análisis literarios en YouTube. Tampoco recuerdo bien las partes que antes me emocionaron de los libros que he leído, pero algunas frases se me aparecen como destellos de una vida anterior. Siempre que estoy en la terraza, a vista de nadie y con la mente en blanco, pienso en algo que leí en no sé dónde y que decía algo así:

«Cierto es que en mi casa hay toda clase de cosas inútiles. Solo falta en ella lo necesario: una gran porción de cielo como aquí. Intente conservar siempre una porción de cielo por encima de su vida, muchacho». Es cierto que todos merecemos una porción de cielo por encima de nuestras vidas, de otro modo la existencia no es más que asfalto y gotelé.

Mi teléfono móvil emite una vibración. Son las cinco y media de la tarde. He engañado un día más al capitalismo y hasta mañana por la mañana no tendré que volver a ponerme ese incómodo y apretado disfraz. Abro WhatsApp y descubro que la vibración pertenecía a una misiva de Pablo, mi vecino. Me pregunta si me apetecería quedar más tarde. Pablo es mi amigo y amante, llevamos acostándonos desde que se mudó al tercer piso de este edificio hace cinco años. Nuestras relaciones sexuales son intermitentes y nuestra relación amorosa, inexistente, pero nuestra relación amistosa es inmutable. Pablo y yo solo funcionamos como pseudopareja entre los muros seguros de nuestros respectivos hogares y bajo el cielo de mi terraza. Pablo ha tenido un par de novias serias en estos cinco años y yo tuve una relación estable unos meses, y durante ese tiempo no nos acostamos jamás. Ahora está soltero y yo también, y de vez en cuando sube a mi casa, bebemos vino o cerveza, hablamos durante horas y nos acostamos. Me paso la mano izquierda por las piernas para ver si están depiladas. «Luego te digo», respondo. Tendría que pasarme la cuchilla de afeitar.

A veces me resulta más práctico masturbarme. No siempre estoy con el ánimo de hablar, de escuchar, de prestar atención, de sentarme con la espalda recta o de peinarme. Y no dedicar un mínimo de atención y cariño a la persona con la que estás a punto de acostarte me parece una falta de respeto. Otras veces siento una necesidad imperiosa de atención y cariño: necesito hablar y que me escuchen, que me acaricien y me abracen, que me miren a los ojos, desear y sentirme deseada, vivir por unos instantes la fantasía de las partes bonitas de una relación. Con Pablo todo es fácil y la mentira parece, en ocasiones, real. A veces desearía que nos pudiésemos enamorar, pero los dos sabemos de sobra que si no ha

sucedido en estos años no va a suceder como por arte de magia. «Vale, estaré por casa», responde. Creo que era Julian Barnes, o quizás fuera otro señor inglés, quien tenía una frase bastante certera para explicar el amor: que el amor es como la súbita relajación de un ceño fruncido. Y, aunque cuando estoy con él siento cómo se relajan los músculos de la cara, cuando cierro la puerta al despedirle siempre vuelven a su estado de tensión natural.

Entro en casa y cierro la puerta de la terraza. Hace demasiado calor. Voy a la nevera y saco un táper con los restos de una ensaladilla rusa. Me la como apoyada en la encimera de la cocina con un tenedor intentando no pensar en lo triste que es comer apoyada en la encimera de la cocina con un tenedor. Bebo dos vasos de agua y me tumbo en la cama. Me pongo un vídeo de ASMR en YouTube y me quedo profundamente dormida escuchando a una mujer recitar bajito varios artículos de la Constitución Española.

Cuando despierto a las nueve menos cuarto de la noche, YouTube ha seguido su libre albedrío y en la pantalla aparece una tertulia sobre la Transición de un viejo programa político de La 2 donde hablan cuatro señores de pelo canoso que con toda seguridad ya estarán muertos, pero aquí, en mi habitación, no solo están vivos, sino que están discutiendo a pleno pulmón. Pienso en que Internet es un lugar mágico con el poder de resucitar a los muertos. Me desperezo y quito el programa. Quizás sea debido al sudor acumulado durante el sueño o al roce de las sábanas entre mis piernas, pero me parece una buena idea tener compañía esta noche. Escribo a Pablo y le digo que en media hora podría tomar un vino. «¿Subo o bajas?», me contesta. «Sube tú, me voy a duchar.»

Me meto debajo del agua de la ducha y me enjabono todo el cuerpo, me paso la cuchilla por las piernas con mucha atención, delimitando por zonas como si fuesen parcelas en el campo y repasando una y otra vez estas tierras para que no quede un solo

pelo travieso. A lo largo de mi vida he leído a Simone de Beauvoir, a Betty Friedan, a Virginia Woolf, a Kate Millett, a Silvia Federici, a Angela Davis, a Judith Butler, a Virginie Despentes. Da igual todo. Sigo depilándome cada dos días, aunque no haya un ser humano en todo Madrid que tenga la más mínima posibilidad de echarle un vistazo a mis axilas. Sigue pareciéndome insoportable ver un solo pelo en una zona que no sea la cabeza, las cejas o las pestañas. En mi trabajo, lanzo mensajes empoderantes desde detrás de toda una serie de marcas de mierda a mujeres que nunca llegaré a conocer para que dejen de sentirse mal a causa de sus estrías, sus varices, sus arrugas, sus lorzas y su celulitis y, sin embargo, desde que comencé a trabajar y a tener dinero, compro las cremas y productos de cosmética más caros y que prometen mejores resultados para mis estrías, mis arrugas, mi carne flácida y mi celulitis. No he conseguido dejar de sentirme incómoda con las partes naturales de mi cuerpo que la sociedad ha convertido en defectos.

He leído la teoría, pero no soy capaz de ponerla en práctica. Me examino frente al espejo con frecuencia, me inquieto si compruebo cómo se me empiezan a marcar determinadas arrugas y me digo que tengo que sonreír un poco menos para mantenerme joven un poco más. Doy *like* en Instagram a mujeres gordas que enseñan sus lorzas frente al espejo de su habitación y lanzan mensajes positivos. Me aplico una potente crema de frío en los muslos que promete quemar la grasa mientras duermes por tan solo 78 euros. Comparto hilos sobre la necesidad de liberarnos de cánones de belleza patriarcales en Twitter. Ayuno dos días para tener el vientre plano si voy a ir a la playa. Le grito a un fulano que me ha dicho una guarrería mientras caminaba tan tranquila por la calle, le grito todas esas cosas que llevo dentro desde que tengo uso de razón como si ese fulano representase a todos los hombres que alguna vez le han gritado un improperio a una mujer y dos mujeres sonríen con complicidad a mi paso («Bien dicho, hermana») pero, de vuelta a casa, me doy cuenta de que con tan solo treinta y dos años hacía bastante que no me soltaban una guarrería a bocajarro, que eso lo hacen con chicas más jóvenes que

todavía no tienen experiencia ganada y, por tanto, menos herramientas para defenderse y son más dóciles y tímidas y también tienen los pechos más firmes y los glúteos altísimos. Pienso que con quince años me decían barbaridades todos los días y llegaba a casa con ganas de llorar y ahora una parte de mí tiene ganas de llorar porque ya no me las dicen. Pienso en la sensación de suavidad que sentirá Pablo cuando me ponga una mano sobre la pierna esta noche y me aclaro el pelo y me intento convencer de que todo esto no lo hago para los demás, sino para mí, y así no me siento una mala feminista entre los vapores de mi cuarto de baño.

Me seco el pelo con una toalla y me lo desenredo. Mi cuerpo se seca al aire, en lo que tardo en ir desde el cuarto de baño a la habitación. Me encanta agosto. Me pongo unas bragas negras y un vestido corto de tirantes del mismo color y voy a la cocina a descorchar una botella de vino. Me siento toda una belleza: limpia y perfumada, exfoliada, suave, sin ningún tipo de pelo sobrante. Esplendorosa como un cisne blanco. Pablo llega puntual y llama a la puerta con sus característicos tres toques con los nudillos.

—¿Estás enferma? —pregunta en cuanto le abro la puerta.

—¿Qué? —respondo desconcertada. El cisne se vuelve pato.

—No sé, tienes como mala cara —comenta mientras irrumpe en mi casa como si fuera la suya, sacando de una bolsa una barra de pan, una tabla de quesos y unas patatas fritas—. O sea, estás guapa, pero tienes como cara de muerta.

—¿Esta es la nueva forma de ligar de la chavalería o cómo va la cosa? ¿Es un nega?

—¿Un qué? —Pablo saca dos copas de vino del armario. Sabe perfectamente dónde están todas las cosas, lo que crea entre nosotros esa sensación de intimidad que solo tienen los matrimonios de ancianos que ya no necesitan dirigirse la palabra.

—¿Sabes qué son los *pickup artists*? ¿La seducción científica?

—Ilumíname, por favor.

Sirvo el vino en dos copas y salimos a la terraza. Nos acomodamos cada uno en una de las butacas. Siempre hacemos lo mismo. Los días de frío nos sentamos en el salón, el resto de los días en la terraza. Es agradable no tener que decirle a una persona

dónde y cómo nos tenemos que sentar o dónde están los trapos si se derrama algo de vino. Supongo que la amistad es eso, que otra persona sepa perfectamente dónde están todas tus cosas y cómo solucionar los problemas que van surgiendo sin hacer preguntas.

—La seducción científica es una especie de manual de autoayuda para señores que no saben ligar, envuelto en pseudociencia. Los *pickup artists* son, digamos, los profesores de esta materia, y dan consejos y herramientas a una panda de borregos que pagan trescientos euros para intentar aprender a hablarle a una mujer. —Le doy un trago a mi copa de vino y observo a Pablo. No creo que Pablo sea una persona que necesita ayuda para aprender a ligar con mujeres, pero, de alguna forma, pertenece a la misma especie, al mismo género—. El nega es una de las técnicas de ligoteo que enseñan, que consiste en una manipulación emocional de la persona que te interesa. Se trata de hacerle un comentario que parece positivo pero que en realidad es negativo, tipo «Pues para la edad que tienes todavía estás buena» o «A mí me parece que estás estupenda, me gustan las chicas con carne». Y así la persona que recibe el comentario baja la guardia, se siente desconcertada, porque tampoco le ha dicho algo que sea malo, pero es un comentario que baja su autoestima de manera sutil, y, según la teoría, para intentar recuperarse, tratará de agradar y gustarle al tío que ha hecho ese comentario.

—Pero ¿de dónde has sacado esa mierda, Marisa? —pregunta Pablo riéndose—. No me lo digas: YouTube.

Asiento con media sonrisa. Puedo contarle a Pablo todas las historias del mundo, como Scheherezade, y siempre tengo su interés y su atención. A veces pienso que paso horas viendo YouTube para después poder mantener conversaciones con alguien como Pablo. Como también a veces pienso que Pablo sube a mi casa solo para escuchar la voz de alguien como yo.

—Sí, es todo un filón. Enseñan tácticas psicológicas de maltrato para engatusar a mujeres que compran velas en un Zara Home.

—¿Por qué en un Zara Home?

—Porque una mujer comprando velas en un Zara Home,

Pablo, es una mujer al borde de la desesperación.

Pablo escupe parte del vino al que acaba de dar un generoso trago y me mira divertido.

—¿Y yo te he hecho un nega? —pregunta realmente sorprendido.

—Sí. Me has dicho que estoy guapa pero con cara de muerta. Es un nega de manual.

Pablo se queda mirando su copa de vino con el ceño fruncido. Es moreno, de ojos castaños y tiene nariz aguileña, lo que le da aspecto de ave rapaz, de azor astuto.

—Pues es verdad. Lo siento.

Sonrío. Definitivamente, no pertenece a la misma especie. Pablo ha dado un pasito más en la evolución.

—No pasa nada.

—Es que tienes mala cara.

Lanzo un suspiro exagerado mirando al cielo.

—Es verdad, qué quieres que te diga.

—Pues no digas nada, Pablo, qué necesidad de opinar en voz alta sobre el físico de las personas. Yo no te digo que hoy llevas puestos unos pantalones de padre.

—¿Son de padre? —Se ríe y se toca los pantalones.

Son unos pantalones cargo de corte pirata en color caqui con más bolsillos de los que una persona que solo tiene que subir de un tercer a un cuarto piso necesita para sobrevivir. Son los clásicos pantalones que los hombres de mediana edad compran a granel en sitios como Decathlon, ignorando las normas básicas de convivencia social que dictan que nadie debería entrar a comprar a centros de ropa especializada en deporte si no piensa hacer deporte. Son unos pantalones perfectos para hacer *trekking* o escalada, absurdos para llevar por la ciudad.

—Es que así puedo llevar todas mis cosas. No sé dónde poner mis cosas si no: no hay bolsos para hombres, y con una riñonera me da la sensación de que parezco un aparcacoches yonqui.

—Pero ¿cuántas cosas llevas en los bolsillos? —le digo divertida—. ¿Llevas una muda por si tienes un accidente entre el tercero y el cuarto? ¿El álbum familiar por si se te quema la casa?

Joder, son seis bolsillos.

—No sé, las llaves, el móvil, la cartera, el tabaco...

—Dame un piti, anda.

Pablo se levanta y se saca el tabaco y un mechero, luego va a la cocina para traer un cenicero y, en esos escasos segundos, me doy cuenta de lo silenciosa que está la ciudad. Tanto que, cuando Pablo regresa, le miro con cierta sensación de alivio.

—¿Duermes bien? ¿Comes bien? —pregunta.

Vuelvo a suspirar mirando al cielo. Su excesiva preocupación por mi bienestar me divierte y al mismo tiempo me exaspera, como si tener mala cara hubiese sido una decisión que he tomado en la ducha, mientras me depilaba las piernas y me recortaba el vello de las ingles.

—Sí, papá.

Pablo se ríe, se enciende un cigarro y me lo pasa antes de encender uno para él, y ese gesto, sin saber muy bien por qué razón, me enternece. Quizás encenderme un palito de cáncer no sea el ejemplo más saludable de lo que significa cuidar y tener presente a alguien, pero algo es algo. Me quedo mirando el cigarro antes de darle una calada y lanzar el humo.

—Pero estoy muy cansada últimamente.

—¿Tienes mucho curro?

—No sé, no es el volumen de curro —digo mientras recoloco mi espalda para destensar los músculos—. Es como que tengo la sensación de que el día nunca se va a acabar aunque se acabe. Pasa un día y luego otro y luego el fin de semana y luego otra vez vuelta a empezar. Es siempre el mismo día: me levanto, me ducho, voy a la oficina, vuelvo, me hago la cena al mismo tiempo que me preparo el táper del día siguiente, me doy otra ducha, veo algo en YouTube y de repente es miércoles o jueves.

—Igual necesitas vacaciones, ¿hace mucho que no tienes vacaciones?

—Las vacaciones son como una tirita para tapar el corte de un hacha. Vas a sitios en los que nunca vas a poder vivir para llevar un tren de vida que no te puedes permitir y después regresas y en el telediario hablan de «síndrome posvacacional» cuando en

realidad lo que deberían decir es «tu vida es tan horrible que te entra la depresión cuando tienes que volver a ella después de dos semanas de fantasía».

Pablo escucha y asiente, pero no sé si lo comprende del todo. Siento que tengo que cambiar de conversación. Me doy cuenta de que estoy a punto de cargarme el ambiente con oleadas de negatividad, de que estoy llenando un hueco en el que no debería existir este runrún de malestares cotidianos y vulgares.

—En fin, ¿tú qué tal?

—Bien. —Pablo le da una calada al cigarro y se gira para dejar de mirar la ciudad y mirarme a mí—. A veces también tengo esa sensación, ¿eh? Como de que todo es igual y todo va a seguir siendo igual. Una repetición tras otra.

—¿Y cómo se te pasa? —pregunto con verdadera curiosidad.

—Bueno, como dices tú, soy un hombre heterosexual, así que supongo que lo que hago es esconder todos esos sentimientos debajo de la alfombra, ponerme unos pantalones con muchos bolsillos y llamarte para follar.

Suelto una carcajada que llena el silencio de todo Madrid. Supongo que sí, que es lo que hacemos todos. Mandar esos *holaquétales* por WhatsApp en los que intentamos que no se nos note la desesperación, la soledad, la agonía o la tristeza, utilizando muchos signos de exclamación para no dejar ver el desánimo. Esas invitaciones a cervezas y a vinos de última hora, cuando sentimos que el techo de nuestra casa se nos va a caer encima y ansiamos cualquier tipo de contacto humano. Esos «¿Dónde andáis?» por Instagram a ese grupo de amigos que llevas meses sin ver porque el cansancio y la pereza se han apoderado de ti, pero que ahora se despejan porque sabes que lo único que necesitas es una localización y un «Vente» para que una vez allí el rumor de los bares, el chocar de las copas y el cacareo de las conversaciones propias y ajenas tapen el sonido cada vez más estridente de tus pensamientos.

Doy un trago más al vino, otra calada al cigarro, hago un par de bromas, manejo la conversación para llevarla a algo liviano, para dotarla de esa ligereza que necesitamos en la asfixiante noche

de un agosto muy pesado en Madrid. Estoy creando activamente un recuerdo para los dos. Cuando llevamos tres copas cada uno, nublamos el volumen ascendente de la conversación con una caricia con el dedo índice de uno sobre el brazo del otro. No recuerdo a quién pertenece cada cosa y no parece importar a estas alturas. Después nos besamos en uno de esos cuidadosos descuidos en que uno va a la cocina a dejar algo o coger algo y el otro decide ayudarle con la tarea, y luego nos volvemos a besar. Los besos nos llevan a la cama y en la cama follamos. No es un polvo épico, sino un polvo necesario. Un alivio mutuo, un regalo que nos hacemos, una forma de completar la noche. Después nos quedamos charlando un rato con los ojos cerrados hasta que nos dormimos. Esta noche no necesito buscar nada que ver en YouTube.

IV

Cuando suena mi despertador, Pablo ya se ha marchado y me doy cuenta de que ha eliminado cualquier rastro de la noche anterior: las copas están lavadas y relucientes sobre el escurridor, el cenicero está vacío y hay una bolsa nueva en el cubo de la basura. Me pongo en marcha como un robot programado para la vida laboral. Me ducho, me tomo un café, me arreglo, elijo un vestido blanco, amplio, de lino y unas sandalias. Recojo el portátil y lo meto en mi cartera, friego la taza de café, guardo el táper y voy a trabajar.

De mi casa a la oficina tardo veinte minutos andando y a veces esos veinte minutos se convierten en la mejor parte del día. Siempre voy a pie. Llueva, nieve o queme el asfalto bajo mis sandalias. Por el camino pienso en hipotéticas suertes y desgracias que podrían impedirme llegar a la oficina. Es cuestión de probabilidades. Me gusta pensar en que me podría tocar la lotería, pero sé que es mucho más probable que me atropelle un autobús. Hace poco descubrí que si tenías un accidente de camino al trabajo se consideraba un accidente laboral *in itinere*, por lo que tu sueldo no se reduce durante el tiempo de baja, y desde entonces cruzo los semáforos de manera más despreocupada, a veces incluso de forma un tanto temeraria. Me lanzo a la carretera en cuanto el semáforo se pone en verde, confiando en que algún motorista imprudente pise el acelerador para llegar tres minutos antes a su destino y me arrolle. Un collarín, un brazo escayolado, una baja laboral, sesiones de rehabilitación, tiempo para mí. Como de costumbre, nada sucede. Ningún motorista me arrolla, ningún ciclista me tira al suelo, ninguna suerte disfrazada de desgracia me cambia por completo el día. No me bajan los ánimos cuando cruzo las puertas de cristal del edificio donde se encuentran mis oficinas y saludo

con un «Buenos días» al portero, porque todavía me queda el camino de vuelta.

Llego a la oficina a las nueve y cuarto de la mañana. Natalia ya está en su puesto y me recibe con una sonrisa amplia y serena, como si la vida no le molestase y por las noches durmiera bien. Le devuelvo la sonrisa y entro en mi despacho. Al encender el ordenador reviso los emails y el calendario. Tengo una reunión de estatus a las diez con mi jefe y otras personas de mi departamento. Tengo otra reunión a las once para ver el *brief* de un nuevo perfume. Tengo otra reunión a las doce y cuarto para decidir si nos presentamos a un concurso para llevar una marca deportiva. Me quiero suicidar aquí mismo y no son ni las nueve y veinte de la mañana. La oficina está casi vacía pero mi mañana está llena. Detesto las dinámicas de las reuniones. Creo que hay gente que las disfruta porque sabe que, en el fondo, son una manera de no sentarte frente al ordenador y trabajar. Y creo que otras personas utilizan las reuniones como baños de autoestima para sentirse importantes. Yo no puedo soportar el *buffet* libre de tópicos, los chascarrillos habituales, las palabras en inglés para intentar dotar de importancia a los procedimientos más simples, la necesidad de involucrar hasta al mismísimo papa para un proyecto menor o el partido de tenis que se desarrolla cuando alguien quiere pasarle el muerto a otro alguien y ese otro alguien se lo devuelve. Las reuniones me agotan. Tengo que interpretar un papel de Miss Simpatía que me deja complemente drenada.

Decido ir a por otro café para soportar la mañana.

—¿Vas a por café? —pregunta Natalia cuando salgo de mi despacho—. Te acompaño.

Vamos en silencio hasta el pequeño *office* donde tenemos una máquina de Nespresso y una neverita. Saco dos tazas del armario de la cocina. La mía tiene un sol infantil dibujado y la frase «Hoy puede ser un gran día», la que le doy a mi compañera es rosa chicle y pone «*Live more, worry less*».

Natalia saca dos cápsulas de una cajonera.

—Joder, ya me han vuelto a robar cápsulas, es increíble —comenta.

No sé qué vida me parece más triste, si la del ladrón de cápsulas de café de oficina o la de la persona a la que roban café y vive en un sinvivir a causa del hurto.

—¿No habían puesto un mensaje desde dirección? Creo que me llegó un email.

—Ya, pero entre tú y yo, ¿tú te crees que a los ladrones les importan esos mensajes? —Dice «los ladrones» como si estuviéramos hablando de una banda organizada, lo cual me fascina y me hace querer abofetearla a partes iguales—. Lo estuve hablando con mis amigas el otro día y al final todas coincidimos en que la empresa debería poner cámaras de seguridad.

—Cámaras de seguridad para vigilar las cápsulas de café. —Cojo mi café y le echo un chorro de leche de soja—. No sé, Natalia, no lo veo.

—Hoy son cápsulas, mañana podrían ser carteras. Si existe un problema de robos en la oficina, la empresa debería estar preparada para ponerle fin.

—No creo que exista un problema de robos en la oficina, creo que alguien necesita cafeína.

—¡Pues que se compre sus cápsulas! ¿Es que la empresa no va a interceder en un caso así?

Doy un sorbo a mi café y cierro los ojos unos segundos. Quiero preguntarle si no se plantea lo pequeñita que es su vida para hacer de esto un mundo entero, para convertir lo que sería un comentario aislado en el tema de conversación en profundidad con su grupo de amigas. Quiero preguntarle cuántas horas duró aquella conversación y qué otras ideas o conclusiones sacaron sus amigas. Quiero preguntarle si todas sus amigas tienen los mismos problemas del primer mundo y si son tan aburridas como ella me da a entender. Si ninguna tiene que contarle que la otra noche hizo un trío con su marido y una completa desconocida que sacaron de Tinder, o que a otra se le fue la mano bebiendo y terminó cagándose en plena calle o que una tercera está engañando a su novio con un chico que conoció en un foro de internet sobre plantas de interior. También quiero decirle que, en lugar de obsesionarse con las cápsulas de mierda, podría reclamar todas las

horas extra que le dedica a la empresa y que no le pagan. O preocuparse por el salario de los becarios, que es inexistente. O por que dejase de ser algo habitual que los jefes llamen al teléfono personal de sus empleados fuera del horario laboral. O por una subida salarial o por un aumento de los días de vacaciones o por cheques restaurante o por que le pagasen el transporte para venir a la oficina.

—¿Sabes cuánto cuesta poner una cámara de seguridad? —pregunto a Natalia. Sorprendentemente, yo sí lo sé. Lo vi hace poco en un vídeo de YouTube que trataba sobre la sociedad de la hipervigilancia—. Mínimo cuatrocientos euros. La empresa no va a poner una cámara en la cocina para vigilar quién roba tus cápsulas de café porque le saldría más barato comprarte cápsulas de café para todo el año, Natalia. Y con el email que enviaron piensan que ya han hecho suficiente para solucionar un problema que, entre tú y yo, no creo que les quite el sueño.

—Pues entonces ya me dirás —repone Natalia con el ceño fruncido y visiblemente molesta ante mi comentario.

—Te diré: puedes llevarte tus cápsulas de café a tu mesa y guardarlas en la cajonera donde solo tú tienes la llave, por ejemplo.

—Ah, pues no es mala opción.

—Claro. O puedes abrir un Word, escribir «Esta zona se encuentra actualmente vigilada con cámaras de seguridad», imprimirlo y pegarlo aquí mismo. Es más barato que instalar una cámara y seguro que tiene el mismo efecto.

—Pero ¿eso no es ilegal?

—No creo que sea ilegal. Te doy permiso para hacerlo.

—¿En serio?

—Sí.

—Gracias, Marisa. —Natalia coge su taza y se va a su mesa con paso decidido y alegre. Una mujer con una misión.

Apuro el café en silencio y alargando el momento mientras miro fijamente la pared en tonos neutros del *office* y me proyecto en mi paseo de vuelta del trabajo. Al terminar, guardo la taza en el lavavajillas. Al poco aparece Julián, un chico del equipo de diseño,

que me sonríe y coge una de las cápsulas de Natalia. Le miro de reojo intentando averiguar sus oscuras motivaciones. No parece un ladrón, solo un despistado. Por mucho que Natalia empapele las paredes de arriba abajo, Julián jamás se dará por aludido.

—Perdona, Marisa, que no te he dicho nada —dice girándose hacia mí—. ¿Ibas o venías?

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—¿Te pongo un café?

—Sí, por favor. —Sonrío y saco del pequeño armario una nueva taza en la que pone «Si vamos a tener arrugas que sea de tanto SONREÍR».

La reunión de las diez me recuerda a una competición de atletismo. Es una carrera por demostrar quién tiene más trabajo para llevarse la medalla por parte de su superior directo. Aunque estemos bajo mínimos, aunque fuera ronden los treinta y cuatro grados y subiendo, el runrún del agosto en la ciudad no parece aplacar las ansias de ascender, de quedar por encima, de ganarse la aprobación de un jefe. Mis compañeros inciden sobre proyectos pasados que se comentaron en anteriores reuniones para volver a ponerlos en valor, exponen los nuevos proyectos con excesiva atención al detalle para salvaguardarse ante posibles críticas de demoras, presionan a personas de otros departamentos para que les manden cosas que necesitan siempre con la mayor de las urgencias. «Necesitamos conocer los resultados.» «¿Alguien puede elaborar el informe?» «No olvidéis ponerme en copia.» «Os tengo que dejar que entro ahora a una *call*», pronunciado como «col». «¿Quién va a gestionar al *talent*?» «Luego me lo pasas por Slack.» «¡Kudos por el trabajazo!» «Gracias y seguimos.» Es la jungla perfumada, babuinos en traje, orangutanes con zapatos de tacón. Si todo el mundo se diera cuenta de lo poco que importan en realidad y de lo intercambiables que son por otras personas que tengan una experiencia similar quizás serían más amables los unos con los otros.

Doy un sorbo a mi taza de café. Cuando mi jefe me pregunta

en qué estoy trabajando me siento demasiado exhausta como para responder, pero hago un esfuerzo. Interpreto el papel, recito mis tareas pendientes, finjo tener mucho más trabajo del que tengo, como hacemos todos, para evitar que me caiga algún marrón que me impida ver unos cuantos vídeos de YouTube en mi despacho. Mi jefe parece quedar satisfecho. Otro día más engañando al sistema. El juego de las oficinitas consiste en saber expresarse cuando toca. En decir «preparar un Excel» o «hacer una presentación» como si estuvieras hablando de una operación a corazón abierto o en alargar excesivamente una explicación, llena de detalles aburridos, para que la gente pierda el hilo de lo que estás contando y no te pregunte nada al terminar.

Cuando se da por finalizada la reunión, mi jefe me pide que me quede dos minutos.

—Marisa, quería proponerte algo de cara al *team building*.

—Claro, dime —respondo acallando un «No, por favor» con todas mis fuerzas.

—Me gustaría que condujeras un ejercicio de creatividad para tus compañeros, para que la gente que normalmente no se encarga de este tipo de cosas las entendiera mejor y valorase más el trabajo que hacemos, que quizás es más intangible. ¿Cómo lo ves?

—No sé, Ramón, me pillas un poco hasta arriba.

—Bueno, tómate algo de tiempo libre antes del *team building* si quieres.

—De acuerdo, Ramón, a ver qué se me ocurre —digo intentando que no suene a falsa modestia.

—Mujer, seguro que lo haces fenomenal, confío en ti.

Salgo de la sala de reuniones con la taza de café frío en las manos y pongo rumbo a mi despacho. Ramón trata a sus empleados como si fueran sus hijos adolescentes. Dice constantemente frases motivacionales como «Confío en ti», «Sé que puedes hacerlo» o «Tengo claro que no me decepcionarás». Es como un jefe-padre, un señor en corbata y con el pelo cano que da palmaditas en la espalda y siente un genuino orgullo por sus empleados cuando hacen su trabajo, pero cuya mayor debilidad es que no puede soportar ver sufrimiento o desesperación en los

demás y se pasa la vida evitando el conflicto. Es fácil aprovecharse de su bondad corporativa. He visto a compañeros incapaces de abrir por sí solos una ensalada Florette pedirle entrar más tarde todos los días para «ocuparse de sus hijos» o a becarios con unas resacas de las de agarrarse a los marcos de las puertas marcharse a casa por «una indigestión». No te subirá el sueldo porque te dirá que no está en sus manos, pero tampoco pondrá en duda que, aunque el año pasado se te murieran dos abuelas, este se te haya muerto otra y, por tanto, necesites cogerte unos días sin pasar por Recursos Humanos porque le dará demasiado apuro pensar que había dado por hecho que todas tus abuelas estuvieran ya bajo tierra.

Quizás encuentre alguna charla TED sobre creatividad que pueda plagiar.

—¿Marisa?

Me vuelvo y veo a Ramón en la puerta de la sala de reuniones. Parece apesadumbrado, quizás reumatoso. Se aproxima a mí caminando despacio, renqueando y con el ceño fruncido, como si intentase resolver un complicadísimo problema matemático.

—¿Ramón? —digo acercándome a él con el mismo halo de misterio.

A veces, lo que más cuenta en el juego de las oficinas es la imitación: si todo el mundo se muestra preocupado, tú debes aparentar preocupación; si todo el mundo está alegre, tú debes simular alegría. Si, como es el caso, parece que un niño se ha metido por los conductos de ventilación de la oficina y nadie sabe cómo rescatarlo, es necesario adoptar la misma cara de circunstancias.

—El día del *team building*...

—¿Sí?

—No queremos dar mala imagen.

—Entiendo —digo sin entender.

—Ya sabes, una imagen frívola o poco respetuosa.

—No te preocupes, no creo que por dar una charla sobre creatividad la gente vaya a pensar que esto es Sodoma y Gomorra.

—Ya. No. No es eso. Confío plenamente en ti, pero… —Hace una pausa, me mira a los ojos y se aclara la garganta—. Después de hablarlo con Recursos Humanos, hemos acordado que deberíamos hacer un minuto de silencio en algún momento del fin de semana. Por lo de Rita.

Primero noto el frío en las manos, como si acabase de sumergirlas en un cubo lleno de hielo. Después, el frío comienza a recorrer todo mi cuerpo. Miro a Ramón, pero sus facciones se me desdibujan hasta el punto de que olvido cómo es su rostro. El pasillo en el que nos encontramos empieza a parecer irreal, más estrecho, más iluminado, como de cartón piedra. Las personas que pasean al fondo, de un lado a otro, con libretas y bolígrafos en las manos parecen, de pronto, figurantes de una obra de ficción, sin más directrices que las de tener que deambular con un puñado de folios en blanco en las manos tras los personajes principales. Mis manos rompen a sudar. Estamos en una especie de decorado, rodando una película, todo es parte de una actuación. Interior/Día: Estoy en una oficina. Llevo un vestido blanco, una taza de café vacía y una libreta. He venido a trabajar. Trago saliva y pulso el botón del ascensor. Balbuceo unas palabras, una despedida, una excusa. Algo como: «Sí, claro». O un: «Estaría bien». O quizás un: «Buena idea, hasta luego». Entro en el ascensor y miro a la mujer pálida y sudorosa que me devuelve el reflejo del espejo. Me empeño en reconocer esa imagen como propia. Repito para mis adentros: «Me llamo Marisa y he venido a trabajar». Respiro hondo. Me doy cuenta de que son las once menos tres minutos y tengo otra reunión con Maika, de cuentas, y una de sus esbirras en la planta de abajo. Subo primero al último piso y pulso todos los botones para ir parándome en cada una de las plantas mientras me esfuerzo por respirar hondo. «Me llamo Marisa y tengo una reunión a las once de la mañana.» Todo lo que se me exige es ir a esa reunión a las once de la mañana. Gente que entra y gente que sale en alguna de las plantas. «¡Hola, Marisa!» Hola, Alfredo, Gustavo, Roberto, quienquiera que seas. Respiro. «Estoy en una oficina. He venido a trabajar.» Cojo el nombre de Rita y lo meto en el cajón del fondo de mi cabeza, cerrado con llave. Ahí está bien. Llego a la

planta de la reunión y salgo del ascensor con paso firme.

Un equipo comercial es igual en todas partes. Da lo mismo que seas un vendedor de seguros, un tecnocaso o trabajes en una agencia de publicidad. Tu tarea es vender y vender a cualquier precio. Cuanto más vendes, más ganas. Tu comisión depende de cuánto sepas hacer la pelota, de cuánto eres capaz de mentir, de la agresividad que utilizas para poner a un cliente entre la espada y la pared o de la presión que ejerces sobre tus compañeros. Todo eso te conseguirá un nuevo bolso, una reforma en tu baño, una cena en un sitio caro y, por supuesto, una felicitación de tu jefe. Los equipos comerciales tienen mente cortoplacista, quieren ver firmas y cerrar tratos. Hacen gala de una falsa simpatía, una amabilidad que se quiebra en cualquier instante en cuanto algo se tuerce. Sonríen hasta que no tienen lo que buscan; entonces son capaces de llamarte a cualquier hora de la noche a voz en grito, de acorralarte en una sala de reuniones con otras cinco personas o de mandarte un email pasivo-agresivo con copia a todos tus jefes. Hienas. Si algo he aprendido en mis años de profesión es que con los equipos comerciales solamente hay una estrategia: sonreír y asentir.

Entro en la sala de reuniones 1B2. Maika, directora de cuentas, recién incorporada de sus vacaciones, traje chaqueta marrón y tacón negro, siempre excesivamente maquillada y perfumada, me recibe con una sonrisa. Estefi asiste vía telefónica. No la puedo ver, pero percibo su presencia.

—Estefi, ya ha llegado Marisa —explica Maika al teléfono, por lo que intuyo que hasta hace unos segundos estaban hablando de mí y no precisamente bien—. Marisa, ¿qué tal? ¡Estábamos celebrando!

—Hola, chicasss —digo alargando excesivamente la «s», como he notado que ellas suelen hacer—, ¿qué celebramos?

—¡Pues que Estefi está embarazada!

—¡No me digas! ¡Enhorabuena, Estefi! —le digo al aparato.

—¡Gracias, corazón! ¡Estoy muy contenta!

—¿Es el primero? —pregunto como si me importara.

—Sí, acabo de venir del ginecólogo y ya lo puedo contar, me

moría de ganas.

En las oficinas, un niño siempre es motivo de alegría. A los compañeros de trabajo les encanta celebrar la llegada de un bebé al mundo. Es otra excusa para brindar, para decir cosas oportunas, para seguir un ritual: un espacio donde se sienten cómodos. «¡Tu vida va a dar un giro de 180 grados! Pero merece tanto la pena...» «Ay, la mejor decisión de mi vida. No hay otra cosa igual.» «Verás qué alegría.» «Tu madre estará contenta, ¿no?» «¡Olvídate de dormir por las noches!» «¿Y tu marido ya está practicando para cambiar pañales?» El ritual empieza con las felicitaciones en *petit comité*, seguidas por una felicitación oficial dentro de la comunicación corporativa mensual de la empresa: «¡Y una última cosa, no menos importante! ¡Nuestra familia crece!». Después se prepara un brindis de despedida antes de que la futura mamá o el papá se coja su baja y, más tarde, cuando ya ha nacido el niño, se organiza una colecta para hacer un regalo. Al poco tiempo, la recién parida o el nuevo padre vienen a la oficina a enseñar a su bebé como si fuera el niño Jesús: lo pasean por la oficina recibiendo las felicitaciones y ovaciones de todos los compañeros. Una parte de mí desearía quedarse embarazada para coger esa baja. Después, se inicia otro ciclo: la mamá vuelve a la oficina y la alegría se va disipando. Si no rinde lo suficiente, se le llama la atención, como si nadie fuera consciente del cambio que ha sufrido su vida y quisieran que fuera cuanto antes la mujer que solía ser. Si pide reducción de jornada supone un problema para los demás. Si se queja demasiado es que quizás no valía para eso. Si no se queja nada es una rara que jamás habla de su hijo. En una oficina, ser madre es un arma de doble filo. Un niño siempre es una alegría, pero una madre es una pieza del sistema que empieza a oxidarse.

—Me alegro mucho por ti, Estefi —digo porque sé que es lo que se suele decir.

Conforme he ido cumpliendo años, he notado cómo se abría la brecha entre las madres y las no madres. Llegadas a una edad, no tener hijos y ni siquiera quererlos parece una afrenta contra las que deciden tenerlos. Soy consciente de que es otra de las sutiles herramientas del patriarcado: divide y vencerás, haz que las

mujeres se peleen entre ellas por sus decisiones vitales y las consecuencias de estas, que consideren que una madre primeriza es la culpable de que tú te tengas que quedar trabajando hasta más tarde en lugar de enfadarte con la empresa por las pésimas políticas de conciliación, que deberían aplicarse a todo el mundo porque todo el mundo debería irse a su casa a su hora.

Al mismo tiempo, las madres que tengo a mi alrededor me generan hastío. Las madres de mi oficina se convierten en una especie de portal directo a la nueva dimensión que suponen sus bebés. A través de ellas puedes descubrir todos los avances de la criatura, que las madres consideran asombrosos y te cuentan con todo detalle, pero que son completamente normales: hablar, andar, empezar a comer sólido, pesar algo más que el mes anterior, no morirse de repente. Dentro de esta nueva dimensión, la Maternidad se convierte en la religión única y las Nuevas Madres son como misioneros de la época colonial. Difunden el mensaje de las bondades de la maternidad a través de la repetición de las mismas consignas. «Es lo mejor que me ha pasado.» «A veces me estreso, sí, pero luego veo la carita del bebé y se me pasa.» «No hay nada mejor.» «Te das cuenta de que antes no sabías lo que era de verdad amar.» «Los demás problemas dejan de importarte.» Ver a esas mujeres con ojeras hasta los pies y más raíces en el cabello que los sauces llorones hablándome de los beneficios de ser madre mientras menean un carrito para que su bebé no empiece a berrear me hace desconfiar de ellas, no entiendo por qué quieren venderme su producto con tantísima pasión. Debe de haber gato encerrado.

—Gracias, chiqui.

Estamos aquí reunidas por un perfume. Es el gran lanzamiento de un conocido grupo de cosmética nacional para este otoño y confían en arrasar estas Navidades. Es la reedición de un perfume clásico, de los primeros que tuvo la marca, que rescatan del olvido para intentar posicionarse como una marca de «las de toda la vida». Quieren una campaña 360: televisión, radio y adaptaciones digitales.

—Quieren algo muy «WOW» —dice Maika.

Los clientes siempre quieren algo «WOW», pero luego nunca quieren nada «WOW». Y menos aún si se trata de un perfume, que llevan vendiéndose igual desde que se inventara el meter olores en frascos: con una modelo lánguida en un elegante escenario recitando el nombre del perfume, a poder ser, con acento francés.

—¿Para cuándo es esto?

—Deberíamos rodar a principios de octubre, así que la propuesta debería estar aprobada como tarde a mediados de septiembre —responde Estefi desde el otro lado de la línea.

—Genial.

Estefi me da algunas directrices vagas desde la otra línea antes de despedirse de nosotras. Maika se asegura de que la línea se ha cortado descolgando el auricular y volviéndolo a colgar hasta en tres ocasiones.

—¿Tú te crees? ¿Quedarse embarazada justo antes de las Navidades? —dice Maika, observándome fijamente, buscando en mí a una posible aliada en su guerra abierta contra los derechos básicos universales.

—Joder, Maika... —musito mientras empiezo a recoger mis cosas, sin tenderle la mano ante su comentario.

—No, hija, entiéndeme, si me alegro por ella, pero menuda nos espera como sea un embarazo complicado. Y aunque no lo sea.

—Maika, no puedes decir eso en serio.

En la oficina, como en la vida fuera de ella, hace años que me rendí ante la idea de que todo el mundo debería pensar de acuerdo a mis propias ideas morales. No suelo entrar en conversaciones conflictivas, e ignoro cualquier comentario velado en el que algún compañero pueda dejar clara su ideología y buscar con su mirada mi apoyo. Con lo que me conformo ya es con que no se atrevan a escupir sus chorradas a diestro y siniestro y, si las sueltan, prefiero enterarme más tarde, cuando alguien me cuenta el chisme en la cafetería.

—¿Y por qué? Solo estoy dando mi opinión, estoy harta de esta dictadura de lo políticamente correcto.

—Maika, no me seas subnormal.

Maika pone cara de sorpresa y yo también. Nos quedamos

calladas unos instantes mirándonos a los ojos hasta que yo bajo la vista y continúo recogiendo mis cosas, que ahora me parecen muy pocas. Es como si se me hubiera derramado un vaso de agua: ha sido sin querer, no pretendía expresar mi opinión en voz alta, pero lo he hecho y lo he dejado todo empapado. Me aclaro la garganta, me pongo en pie y vuelvo a mirarla.

—Si te parece, te envío la propuesta creativa en torno a la primera semana de septiembre.

—Perfecto, Marisa, muchas gracias.

Nos despedimos amablemente, como si nada hubiese sucedido, ignorando la tensión latente en favor del buenrollismo sostenido de oficina. Salgo de la sala de reuniones, lleno dos vasitos de agua por el camino y entro en mi despacho con el corazón latiéndome a toda velocidad.

No sé qué ha pasado ni de dónde ha venido. Se ha abierto una grieta, lo noto. Mi verdadera opinión, mis sentimientos y mis pensamientos no tienen cabida en este espacio. No puede volver a ocurrir. Dentro de mi despacho me viene a la mente una canción de The Smiths. «Heaven Knows I'm Miserable Now.» La busco en Spotify y la pongo bajito, para que no se oiga desde fuera, mientras rebusco en mi bolso la cajita de ansiolíticos y me meto uno debajo de la lengua.

Me chifla esa canción. La escuché por primera vez de casualidad, sentada en un autobús al salir de mi trabajo de prácticas que me llevaba a mi trabajo de camarera. «*I was looking for a job and then I found a job and heaven knows I'm miserable now*.» No recuerdo cómo esa canción llegó a mis auriculares, si fue porque me había descargado la discografía de The Smiths y me saltó por sorpresa o si algún compañero o compañera de la universidad me la había pasado en algún momento. Sé que me bajé en la siguiente parada porque necesitaba escucharla con atención y el barullo del autobús no me daba suficiente intimidad. Todos creemos que las canciones hablan sobre nosotros, especialmente las canciones de amor y desamor, que hacemos nuestras cuando conocemos a alguien o cuando nos parten el corazón, pero esa canción hablaba de otra cosa: hablaba del desasosiego de la clase

trabajadora, de la infelicidad constante a pesar de cumplir con las expectativas, de hacer lo que se supone que uno debe hacer y, sin embargo, no tener nunca una sensación de plenitud. Morrissey cantaba sobre la insatisfacción que provocan los trabajos de mierda y la obligación de pagar facturas, sobre la alienación que causan las horas en la oficina y el poco espacio para disfrutar de los verdaderos placeres de la vida.

Conforme fui creciendo, madurando y trabajando, la canción tenía sobre mí un efecto balsámico y sanador, como quien se pone cantos gregorianos. Si alguien más se sentía así y había escrito una canción sobre ello que había calado en tanta gente significaba que no estaba sola en esto, que debía haber más gente como yo, que fingía estar bien mediante cháchara de ascensor aunque por dentro estuviera cayendo al vacío.

«*In my life, why do I give valuable time to people who don't care if I live or I die?*» «En mi vida, ¿por qué regalo mi valioso tiempo a personas a las que no les importa si estoy vivo o si me muero?» Cuando todavía trabajaba de becaria en la agencia de publicidad, antes de que me ofrecieran un contrato, trabajaba las noches de los jueves, los viernes y los sábados de camarera en un bar de copas en el centro. Una noche, me torcí el tobillo yendo de un lugar a otro. En la agencia, salí más tarde de lo previsto debido a una entrega que, como siempre, se alargó hasta la hora de pedir las pizzas, y yo salí con prisa por empezar mi turno en el bar. Al correr detrás del autobús que me llevaba al centro, pisé mal entre el bordillo y la carretera y me caí al suelo. Fui al médico, donde me dijeron que tenía un esguince y que debería guardar reposo unos días. Cuando llamé al bar, me preguntaron que cuántos días exactamente iba a durar mi reposo. Cuando llamé a la agencia, me dijeron que podía trabajar desde casa con el pie en alto. En el bar no tenía contrato y en la agencia me pagaban lo justo para comprar el abono de transporte. A nadie le importó mi salud, tan solo les importó saber cuándo iba a volver y qué iba a dejar sin hacer mientras tanto. A la gente del trabajo le da igual si vives o te mueres. Si me muriera mañana, la principal preocupación de la gente de mi oficina sería saber quién se iba a encargar entonces de la campaña de Navidad.

En el momento en el que comprendes que la mayoría de la gente de tu trabajo te deshumaniza, es más fácil deshumanizarles a ellos. Me pongo la canción de nuevo cuando termina y observo mi tobillo derecho, el del esguince. Desde aquel día, tengo la sensación de que es más gordo que el tobillo izquierdo, aunque cuando se lo dije una noche a Pablo me dijo que él no veía la diferencia. Quizás es cosa mía, cuando observo mi tobillo derecho pienso en que me ha quedado una especie de herida de guerra, de esas tan sutiles que solo notan los veteranos.

Paso de puntillas sobre la última reunión programada para el día de hoy, que podría haber sido perfectamente un correo electrónico. Al salir, no tengo fuerzas para mirar los mensajes acumulados en mi bandeja de entrada. Echo un vistazo a las notas que he tomado en todas las reuniones, frases inconexas unidas a fechas que se sitúan en un futuro próximo, mientras subo en el ascensor hasta mi planta. Son las cosas que tengo que hacer, las tareas que ocuparán mis próximos días, mis próximas semanas. Cierro la libreta y pienso en que, si muriese, este diario daría una imagen muy aburrida de lo que puede ser la vida de cualquier persona. No me puedo creer que Madrid esté resplandeciente bajo el manto de las dulzuras de agosto y yo esté utilizando expresiones como «*kick off*», «estatus», «*call*» y «*debrief*».

No recuerdo en qué momento dejé de habitar el verano en su plenitud y me enmarqué dentro de una fotografía de un banco de imágenes de oficina que se utilizan en las presentaciones corporativas. Me miro en el espejo del ascensor y siento que no desentono tanto como me gustaría. La chica que me devuelve la mirada no tiene nada de especial. Pablo no mentía: tengo mala cara, parezco enferma. Me doy cuenta de que no me queda bien el vestido blanco que he escogido esta mañana. Mi tono de piel es el pálido resultado de no haber recibido la luz del sol, después de varios días en los que mi vida ha consistido únicamente en ir y venir de la oficina; mis ojos están irritados a causa de los halógenos, la sequedad producida por los aires acondicionados y la luz de la pantalla del ordenador; mi cuerpo parece haberse encogido con la intención de pasar desapercibido en las reuniones;

mi pelo ha perdido el brillo que solía tener cuando no me atiborraba a Orfidales. Soy como una fotocopia de lo que fui. Soy casi una oficinista más. Una de los miles de mujeres con las que te cruzas en el metro cada día y cuyas vidas siempre imaginas vacías y tristes. Un ser permanentemente cansado, instaurado en la fatiga, insulso, que utiliza sus seis, ocho o doce paradas de metro diarias como un oasis de evasión en el que imagina una vida mejor o se sumerge en libros que relatan otras vidas que son mejores. Dejé de ir en metro cuando ya no pude soportar verme reflejada en los cristales, convertidos en espejos traidores entre parada y parada, no tanto por cómo me veía yo, sino porque, cubierta por un abrigo negro y una bufanda gris en las frías mañanas de enero, cada vez me costaba más distinguirme del resto de las pasajeras.

Al salir del ascensor, me quedo mirando cómo los rayos de sol se cuelan por las ventanas, haciendo que incluso una oficina pueda llegar a inspirar algún tipo de belleza. Entro en mi despacho para dejar mi bloc de notas y coger el bolso para salir a comer. Me excuso, como si a alguien le importara, diciendo que esta mañana no he desayunado y preferiría tomarme mi descanso un poco antes. Me marcho rauda antes de que ningún compañero decida que hoy le apetece comer fuera y tenga que aguantar su conversación de ascensor durante una hora.

Fuera me sorprende una inesperada brisa: el asfalto no palpita de calor y se mecen ligeramente las copas de los árboles. Es posible que hoy llueva. Doy un paseo de quince minutos hasta encontrar un parque medio decente, una tarea que me lleva más tiempo de lo previsto porque en el centro de Madrid no hay parques suficientes. Me siento en un banco a la sombra en la plaza de Oriente, que a estas horas del día y en estos momentos del mes está prácticamente vacía salvo por las dos señoras habituales que dan de comer a las palomas. Saco el táper con una ensalada de pasta, atún y huevo duro. Antes solía comer en la oficina, hasta que me di cuenta de que pasar una hora charlando con un grupo de gente con la que solo tenía en común haber superado el mismo proceso de selección hacía que mi batería interna se quedase al 5 %. Empiezo a engullir el contenido de mi táper, como las palomas que me observan de

reojo engullen sus migas de pan.

Pasta, atún y huevo duro. El triste contenido de mi táper, este clásico menú de oficinista sin tiempo ni imaginación, me hace acordarme de Rita. Echo la cabeza ligeramente hacia atrás y me regodeo en la sensación de recibir el sol que se cuela entre las sombras de los árboles, sin preocuparme por si los rayos ultravioleta me producirán cáncer en el futuro. No me gusta pensar en Rita dentro de la oficina, pero suelo permitirme pensar de tanto en tanto en ella cuando salgo de allí. Creo que a ella le hubiese gustado que fuera así. Saco a Rita del cajón donde la metí antes, dejo el táper sobre mis muslos y cierro los ojos. Apenas sabía nada de la vida de Rita porque al principio solo hablábamos de Dostoyevski. Su novela preferida era *Los hermanos Karamázov* y, al contrario que la mayoría de la gente, ella sí que se la había leído. Le gustaba mucho aquella frase de: «Amo a la humanidad, pero, para sorpresa mía, cuanto más quiero a la humanidad en general, menos cariño me inspiran las personas en particular». Decía que esa frase le hacía pensar en nuestros compañeros de oficina.

Rita parecía tener poca esperanza en las personas que trabajaban con nosotros, hablaba de «ahí fuera» y «aquí dentro», como si habitásemos dos universos paralelos sin relación entre sí. Además, elaboraba sus propias teorías sobre el trabajo: por ejemplo, Rita tenía la férrea creencia de que todo aquel que se terminaba dedicando a los Recursos Humanos en realidad sufría algún tipo de psicopatía, porque probablemente disfrutaban cuando despedían a una persona, o que quienes nos dedicábamos a profesiones más creativas habíamos tenido infancias solitarias donde no nos había quedado más remedio que hacer uso de la imaginación para sobrevivir. También sobre nuestros compañeros, cuyas vidas se solía inventar: «Hoy Carlos del departamento financiero está muy contento porque es viernes, el único día a la semana que folla con su novia del Opus» o «Estoy segura de que Maika vive en un enorme chalet, tiene dos dóberman en la puerta y es capaz de comunicarse con ellos telepáticamente».

Charlar durante cuarenta y cinco minutos al día con ella me ayudaba a sobrellevar el resto del día y, por primera vez en mis

años de vida laboral, comprendí por qué algunas personas disfrutaban en sus trabajos. Creí que la sensación era mutua, que con esto bastaba para soportar ocho horas de lunes a viernes. Tener intereses comunes, como la literatura, nos hizo acercarnos, pero el odio que compartíamos hacia el lugar al que íbamos a diario nos unió. Rita odiaba, pero odiaba con gracia y con motivos. Y, aunque sabía qué leía y qué opinaba de los demás, poco sabía de qué hacía con su vida fuera del horario laboral. «Ahí fuera.»

Todos los detalles que revelaba sobre sus tardes y sus fines de semana solían ser en relación con los libros y hasta pasado un tiempo no me pregunté cómo era posible conocer tan poco de una persona a la que ves todos los días. Sabía algunas cosas: en qué barrio de Madrid vivía (La Latina) por las librerías donde compraba novelas (Sin Tarima, Molar, Traficantes de Sueños); los viajes que había hecho recientemente (Nápoles, Ruan) para conocer los paisajes de los libros que acababa de leer (Ferrante, Flaubert); que los domingos iba a la cuesta de Moyano, y que le gustaban las cafeterías tranquilas, casi vacías, donde se entregaba a su actividad favorita.

En la oficina, Rita no caía bien porque todo el mundo decía que era una borde. Quizás por eso nadie hacía nunca el esfuerzo de sentarse a comer con nosotras. Y lo cierto es que, para los estándares de oficina, era una borde. Jamás hacía ninguna tarea que se saliese de los límites de lo que indicaba su contrato de trabajo («Rita no sabe trabajar en equipo», «Cuando llegan las cinco y media se le cae el boli», «Le cuesta ponerse la camiseta»), solía bostezar en las reuniones cuando se alargaban más de lo establecido y una vez le dijo a una comercial que su incompetencia no era una excusa válida para generar urgencia. Le hice una taza con esa frase. Jamás traía cruasanes el día de su cumpleaños, así que nadie sabía cuál era su signo del zodiaco ni qué edad tenía. Tampoco se quedaba a tomar unas cervezas después de trabajar, ni ponía dinero en las colectas habituales para hacer un regalo a una recién parida, y ni siquiera se molestaba en poner una excusa sobre por qué no lo hacía. Bastaba con un: «No, gracias, tengo plan» o un «No me interesa».

Imaginaba que debía de tener una vida fascinante ahí fuera, una vida de la que nadie de la oficina estaba invitado a formar parte. Ni siquiera yo. Quizás un club de lectura, amigos interesantes cuyo uniforme habitual era un jersey negro de cuello vuelto y pantalones pitillo, veladas en un club de *jazz*, noches en el Teatro Real. ¿Sería así o la estaba idealizando? A lo mejor solo salía cada día de trabajar, tomaba un metro atestado de gente y se metía en su casa a leer mientras acariciaba a su gato, si es que tenía gato.

Pese a todo, era la persona adecuada para cruzar miradas en mitad de una reunión cuando cualquier persona soltaba una gilipollez. También era la persona que siempre decía «Lunes, otra vez», cada lunes, nada más colgar el abrigo en el perchero y sentarse en su silla, frente a su ordenador. Y la persona a la que de vez en cuando pillabas mirando por la ventana durante largo rato, ensimismada en sus pensamientos, con varias tareas a medio hacer abiertas en pestañas de su navegador, viendo el caer de la tarde y el transcurrir de los días.

Un día no vino a trabajar y a nadie le extrañó. Quizás su superior olvidó apuntar su día libre, dijeron, o puede que le hubiese surgido un imprevisto. Al día siguiente, la gente comenzó a preguntar por ella. Tenía proyectos por entregar que no había entregado, reuniones a las que no había asistido, cosas que no había hecho. Al tercer día, enviaron un correo electrónico desde Recursos Humanos informándonos de su muerte y diciéndonos que habían contratado un psicólogo para todos aquellos que pudieran necesitarlo. Nos quedamos en estado de *shock*. Y ese estado se mantuvo un par de semanas, el tiempo justo para guardar el respeto a una persona muerta. Luego hubo habladurías, corrillos, chismes, comentarios más o menos amables («¿Qué edad tenía? ¿No era muy joven?» «Que yo sepa no tenía ninguna enfermedad.» «¿Estaba enferma?» «¿Tuvo un accidente?» «La atropelló un coche.» «Se cayó por unas escaleras.» «Se atragantó mientras cenaba.» «Le cayó una maceta mientras daba un paseo.» «Murió asfixiada al inhalar monóxido de carbono.» «¿No había cortado con su chico?» «Se pidió los días correspondientes por mudanza.»

«Pobrecita.» «¿No estaba muy sola?» «¿Sus padres vivían en Madrid?» «¿Ella era de Madrid?» «¿Tenía hermanos? ¿Primos? ¿Familia?» «¿Tenía amigos?» «¿Quién se la encontró?») y comentarios más o menos hostiles («¿A vosotros os envió algún email con el PowerPoint de su último proyecto?» «¿Quién va a liderar ahora el *look & feel* del proyecto de banca?» «Joder, la que nos ha liado.» «¿Alguien sabe la contraseña de su ordenador?» «Yo, desde lo de Rita, estoy hasta arriba»).

Pronto comenzó a correrse el rumor de que Rita se había suicidado. El corte entre la vida y la muerte parecía demasiado abrupto, y desde Recursos Humanos trataban el tema con excesivo misterio, aludiendo a «temas de protección de datos», lo cual hizo levantar sospechas alrededor de su muerte y sobre que esta hubiese sido muy trágica. Nadie lo pudo confirmar, puesto que nadie conocía a ningún amigo o pariente de Rita, pero el rumor pareció convertirse en realidad. «Últimamente se la veía más absorta en sus pensamientos. Lo sé de buena tinta.» «Llevaba meses deprimida. No estaba bien.» «Era reservada, pero esas cosas se notan.» «Ya no participaba en las reuniones.» «¿Cuándo fue la última vez que hablaste DE VERDAD con ella?» «Nunca sabes lo que pasa por la cabeza de la gente.» Yo también creí el rumor. Al fin y al cabo, era un desenlace muy ruso. En mi cabeza, Rita, como Anna Karénina, podía haberse tirado perfectamente a las vías del tren. Haciendo cuentas, el día en que murió cayó en lunes.

Rita no tuvo ni un miserable minuto de silencio. Parecía que toda la oficina quería olvidarse del asunto cuanto antes, especialmente desde Recursos Humanos, y fingir que Rita nunca había existido. Supongo que lo del próximo fin de semana será una forma de guardarse las espaldas: es posible que la muerte de Rita haya sido incluida en algún estúpido dosier sobre salud mental y bienestar de los empleados.

Durante meses, seguí buscando su mirada en las reuniones cada vez que pensaba que alguien había dicho una soberana gilipollez, sin encontrarme más que mi propio reflejo en la ventana más próxima. Pensé en ella cada lunes al darme cuenta de que era lunes otra vez, mientras colgaba mi abrigo en el perchero de

siempre y me sentaba en la silla de siempre. Y comencé a quedarme absorta mirando la Gran Vía a través de la ventana, pensando en qué pensaría Rita cada vez que se quedaba absorta mirando la Gran Vía a través la ventana. Nunca llegué a conocerla de verdad, pero supongo que pensaba en escapar.

Al cabo de mes y medio, entró a trabajar Lorena, la nueva diseñadora gráfica que cada lunes llega a la oficina cargada de una elevada dosis de entusiasmo. Lorena no es Rita, claro. Lorena es amable y diligente, echa todas las horas que sean necesarias en cada proyecto y se apunta a todas las cervezas de después del trabajo. Lorena siempre está de un humor excelente, bebe té *matcha*, es fan de la serie *Friends* de manera no irónica y sigue definiéndose a sí misma por la casa de Hogwarts a la que cree pertenecer a pesar de tener treinta y siete años. En un email horrendo que recibimos desde Recursos Humanos para presentar a nuestra nueva compañera, Lorena respondió a una serie de preguntas tontas sobre sí misma para que todos la pudiésemos «conocer mejor», se definió como «mamá de dos bebés peludos» y adjuntó una foto de sus dos bulldogs franceses, dijo que su comida favorita eran «las croquetas de mi madre» y que su frase preferida era «A veces se gana, a veces se aprende». Mi primera reacción fue enviarle ese email a Rita.

A todo el mundo le cae mejor Lorena que Rita; lo sé, aunque no lo puedan decir en voz alta. A todo el mundo menos a mí. Sin Rita, no tengo a nadie más en toda la oficina que sea capaz de entenderme. Sin Rita soy menos Marisa, como si una parte de mí también se hubiese muerto cuando ella murió.

Más o menos en las mismas fechas en la que entró Lorena, el personal de Recursos Humanos se encargó de recoger todas las pertenencias de Rita que todavía estaban en la oficina y mandó un email diciendo que habían dejado todas sus cosas en una sala de reuniones y que estarían allí todo el día, para quien quisiera coger algún recuerdo. Después, la propia empresa se encargaría de deshacerse de todo. Una enorme caja de cartón cerrada presidió, como en un velatorio, el centro de una sala acristalada en la que aquel día no se celebró ninguna reunión. Estuve mirándola todo el

día, mientras mis compañeros pasaban por delante de aquella sala, echando un rápido vistazo de reojo y siguiendo su camino, sin atreverse a entrar. Aquel día fingí trabajar hasta tarde, viendo varios vídeos de YouTube que explicaban el cambio climático y luego varios vídeos de YouTube que explicaban que el cambio climático era una mentira creada por los gobiernos. Cuando no hubo nadie más y las luces de la oficina comenzaron a apagarse, entré y cogí la caja. La llevé a mi apartamento y la metí en el fondo del armario de mi habitación. La caja lleva ahí once meses, Rita desapareció hace un año, y yo todavía no he sido capaz de mirar qué hay en su interior.

Abro los ojos y observo el táper que sigue apoyado sobre mis muslos. No tengo ganas de comer. Saco mi botellita de agua del bolso y me trago un ansiolítico al tiempo que vacío por completo el contenido de la botella de agua sobre mi garganta. Me quedo un rato más mirando a las palomas de la plaza y siento una punzada de ternura por ellas. Pobrecitas, todo el mundo las detesta, son las grandes incomprendidas de la naturaleza. Algo que me hace alejarme inmediatamente de cualquier tipo de persona es que esta utilice muchos tópicos culturales y sociales. Que me diga que la natación es el deporte más completo, que el mejor marisco de España se come en Madrid, que el desayuno es la comida más importante del día o que las palomas son las ratas del aire. Me parece un síntoma de dejadez mental e intelectual, de no haber invertido ni el menor de los pensamientos en plantearse internamente que quizás solo tienen esa férrea creencia porque la han repetido millones de veces. Piensan que los polos opuestos se atraen y que, al final, los extremos siempre se tocan. Y viven tan felices, sin poner jamás en duda su propio juicio. En un documental de YouTube sobre palomas mensajeras descubrí la inteligencia de estas aves. Entre otras cosas, son capaces de reconocer su propia imagen en un espejo. Como los seres humanos, las palomas también tienen autoconsciencia. No solo eso, sino que son capaces de distinguir a los seres humanos y saben perfectamente quién es la adorable ancianita que les da de comer y quién es el niño tocapelotas que les tira piedras en el parque. El

pensar que una paloma cualquiera puede llegar a reconocerme a mí sin que yo sea capaz de reconocerla a ella entre un grupo de doce palomas me resulta fascinante. Me quedo contemplando a una de ellas un rato, preguntándome si le resultaré familiar de verme en una terraza de la plaza de Olavide y si, quizás luego, cuando me marche, caerá en la cuenta y se dirá: «¡Coño, si era Marisa!».

Miro el reloj y me doy cuenta de que son las dos y media. Recojo mis cosas y me dirijo de nuevo a la oficina despidiéndome de mis amigas del parque.

—¡Adiós, palomitas! —digo sonriendo.

Una de las dos señoras del parque mira a la otra y la oigo decir: «Pobrecita».

La oficina, ahora sí, está vacía. Otra de las ventajas de salir a comer antes de la hora es que puedes tomarte mucho más tiempo del necesario, porque cuando regresas todavía no habrá vuelto nadie. Son las tres menos cuarto y podría haber alargado hasta las tres y media. Pero la pastilla, aunque me ha aportado cierta tranquilidad, también me ha dado algo de sueño, por lo que solo deseo meterme en mi despacho e intentar descansar. De hecho, si mi despacho no estuviera acristalado, sería un lugar ideal para dormir la siesta.

Miro mis emails. Más respuestas de alumnos del máster, más peticiones, más tareas y más «Perdona, no sé si te llegó mi último email», como si en la actualidad todavía no pudiéramos fiarnos de la tecnología. Cierro la pestaña del correo electrónico y abro YouTube. Doy al *play* a una recomendación de una entrevista de los años ochenta a Pedro Almodóvar y a Fabio McNamara en un programa titulado *La edad de oro*. Almodóvar viste una camiseta de algodón negra y un pantalón a juego, que adorna con una chaqueta de traje en color blanco. McNamara va con una espléndida peluca rubia y pintado como una puerta, sobre sus hombros lleva una chaqueta de torero y en las piernas unos ajustadísimos pantalones de cuero. Va completamente ciego y fuma en directo. Cada vez que dice una idiotez sin sentido, Almodóvar, que parece ir más sobrio que su compañero, sale a intentar explicarle.

La presentadora, Paloma Chamorro, le pregunta a Fabio

McNamara cuál de todas sus facetas, que incluyen modelo, cantante, pintor y poeta, es la que más le gusta. Fabio McNamara responde: «La que más me gusta es la de mujer superficial». Suelto una carcajada y pienso en que estoy deseando hablarle a Pablo de esta entrevista. «¿Cuál es la mayor estupidez que han dicho sobre vosotros?», pregunta la presentadora. «Pues que somos chicos», responde Fabio. «Vosotros dais todo a vuestro público, ¿qué os da a cambio?» «Nos dan cigarros», dice Fabio. En este instante, no existen dos personas en el mundo que me puedan caer mejor que Fabio McNamara y Pedro Almodóvar en esta entrevista. Desearía que fueran mis padres. Como ellos mismos cantan, dejaría que me bautizasen como Lucifer, que me enseñasen a criticar y a vivir de la prostitución. Termina la entrevista y se ponen a cantar su tema «Satana S.A.», y, aunque siento un ligero vacío cuando dejan de hablar, el soniquete a feria de pueblo de la canción y sus voces estridentes consiguen hacerme sentir en paz.

Suena el teléfono de mi despacho y debo salir del universo paralelo en que mis padres son Almodóvar y McNamara para volver al mundo real.

—¿Sí? —respondo de manera cortante, deseando que la interrupción dure el menor tiempo posible.

—¿Marisa? —Es Ramón.

—Hola, Ramón.

—¿Estás muy liada?

—Un poco, pero dime —contesto, y aporreo el teclado aleatoriamente para que Ramón intuya que estoy trabajando en algo importante.

—Mira, te llamaba para comentarte algo más del *team building*, aunque tendré que cargarme el factor sorpresa contigo.

—Ay, no me digas...

—Sí, lo siento, pero creo que tu ayuda es necesaria. ¿Podrías subir a verme un momentito?

—Claro.

Dejo un Excel abierto en mi ordenador, cojo el bloc de notas y tomo el ascensor hasta la última planta, la de los jefes. En esta planta tiene su despacho el director general de nuestra empresa, un

francés que casi nunca está por aquí, y también los directores de cada departamento. Ramón es el director del departamento creativo y, antes de trabajar en esta empresa, fue director creativo en marcas que ya no existen y que poca gente recuerda. Imagino por su edad indeterminada, entre cincuenta y ochenta años, que fue el encargado de promocionar las bondades de la rueda, de los coches de caballos o de esas bicicletas con una rueda enorme delante y otra muy chiquitita detrás.

Entro en su despacho, que siempre huele a cáscara de mandarina. Es amplio y luminoso, aunque parece más el despacho del dueño de la sucursal de un banco que el de un creativo. Pienso en que las personas nos parecemos a nuestros despachos y en que si Ramón fuese un tejido sería una moqueta marrón de poliamida. Ramón tiene una mesa con un montón de papeles por encima, pero también dispone de un sofá con una mesita auxiliar para tomar café y un par de butacas para organizar reuniones más informales. Me indica que me siente en la butaca como si nos fuéramos a psicoanalizar, coge unos cuantos papeles de la mesa y se sienta en el sofá.

—¿Te apetece una mandarina? —pregunta Ramón. Siempre que vengo a su despacho me ofrece una, como un padre que considera que no estás tomando las cinco unidades de fruta recomendables diarias.

—No, gracias, estoy bien.

—Tienen mucha vitamina C.

—Es verdad, dame una.

Ramón me acerca una mandarina y una servilleta y empiezo a pelarla, porque sé que es más fácil comerme la mandarina que no comérmela.

—¿Qué necesitas, Ramón?

—Verás, estamos cerrando a los ponentes que vendrán al *team building* y quería consultar la selección contigo. —Me pasa cuatro folios con una especie de ficha técnica de cada uno de ellos. Ramón debe de ser la única persona que sigue imprimiendo cosas. Tengo las manos pringadas de mandarina, así que le indico que deje los folios encima de la mesa—. Ah, sí, perdona. También tendremos

una actuación musical muy especial, pero eso no te lo revelaré para que siga siendo sorpresa.

—Gracias —digo como si me estuviera haciendo un enorme favor. Tomo dos gajos de mandarina y me limpio las manos. Cojo los folios y empiezo a mirarlos.

—El primero de ellos es lo que ahora se conoce como *divinity coach* —dice Ramón—. Fue cura, pero se enamoró, de una mujer, y lo dejó. —Me hace gracia que mi jefe haya considerado importante remarcar «de una mujer»—. Empezó a trabajar en una empresa y entonces se dio cuenta de que sus aprendizajes religiosos eran igual de válidos para la cultura empresarial, y que si una empresa y sus empleados se movían dentro de los valores del cristianismo funcionaban mucho mejor.

—Ajá —alcanzo a decir, y paso a la siguiente página.

—El segundo de ellos fue medallista olímpico en atletismo, pero después de un accidente perdió las piernas. —Dios de mi vida —. Da charlas motivacionales sobre superación de obstáculos y sobre las barreras que nos pone la vida, es muy buen orador y su historia es increíble; me lo recomendó mi mujer porque lo vio en Facebook y la verdad es que es muy interesante.

—Muy bien —digo pasando a la siguiente página.

—El tercero de ellos tampoco tiene piernas.

Me meto otro gajo de mandarina en la boca para evitar hacer algún comentario, y también para que no se me escape una carcajada. Es como si su criterio de búsqueda en Google hubiese sido «oradores sin piernas en Madrid».

—Fue directivo de dos multinacionales, hasta que tuvo un accidente.

—¿Y también se quedó sin piernas? —pregunto.

—Exacto. Entonces, se dio cuenta de lo verdaderamente importante en la vida. Su charla va más sobre aprender a valorar las pequeñas cosas, quitarnos el estrés del día a día y vivir el momento.

—Vale.

Paso a la siguiente página rezando por que la cuarta persona conserve todas sus extremidades.

—El último es un hombre de sesenta y cinco años que, después de toda una vida dedicado a lo mismo, lo dejó todo y montó una *app* de reparto de comida a domicilio con sus hijos que ha resultado ser todo un éxito. —Miro el nombre de la *app*, no me suena de nada—. Ahora da charlas sobre la posibilidad de cambiar de rumbo y emprender, tengas la edad que tengas; dice que la edad es cuestión de actitud.

Dejo los cuatro folios sobre la mesa y vuelvo a coger la mandarina. Como siempre, no sé por qué la he aceptado, pero ahora no tengo más remedio que terminármela. Me meto otro gajo en la boca. Supongo que Ramón quiere que le ayude a escoger al mejor ponente para el evento. Vuelvo a mirar la fotografía de carnet de los cuatro señores de mediana edad que tengo delante. Todos parecen el mismo. Si al menos fuese una fotografía de cuerpo entero, podría distinguir a los que sí tienen piernas de los otros dos.

—Verás, el caso es que ya lo teníamos prácticamente cerrado y vamos a escoger a dos.

—Ya...

Mi jefe me observa en silencio, parece que es el momento en el que espera mi opinión o el momento en el que necesita decir algo, pero todavía no se atreve.

—Desde mi punto de vista, quizás podéis prescindir de uno de los dos ponentes que no tienen piernas, igual... igual se hace un poco repetitivo.

—Sí. —Ramón titubea, toma los cuatro folios y los ordena frente a él—. El caso es que esta mañana nos hemos reunido y nos hemos dado cuenta de que, ahora que está tan de moda el tema de la igualdad, no hemos cogido a ninguna mujer para dar una charla, y nos gustaría contar con alguna, así que quería consultar contigo si conoces a alguna mujer.

—Conozco a unas cuantas, la verdad.

Mi jefe me sonríe, concediéndome la pequeña impertinencia que le concedería a su hija adolescente.

Desde que entré en esta empresa y expresé alguna que otra opinión de manera vehemente en alguno de esos almuerzos a los

que ya nunca voy, o quizás después de que alguien viera sobre la mesa de mi despacho algún libro con una portada morada, me empezaron a considerar la feminista de la oficina y me consultan todos los temas relacionados con igualdad. Soy un token, lo que leo fuera del trabajo, las cuestiones fundamentales en las que creo y por las que intento luchar cuando no estoy demasiado cansada le sirven a la empresa para dar una mejor imagen de puertas para fuera. Siempre me ponen a trabajar en aquellos proyectos que incluyen la palabra *empoderante* y me preguntan si determinada frase de determinado anuncio puede resultar o no machista. Siempre me preguntan sobre si un tema podría «molestar a las mujeres», como si las conociera a todas. En la oficina, hombres con los que no he cruzado ni media palabra me preguntan cosas tan absurdas como si abrir la puerta a una mujer es machista o si no me parece muy machista el reguetón. Se piensan que soy su Mary Wollstonecraft particular, siempre de servicio para consultarme las dudas que podrían resolver fácilmente abriendo Google. Algunas mujeres en la oficina, sin embargo, intentan despegarse de mi imagen y de mi idea de feminismo con frases tipo «Yo no soy tan radical como Marisa» o «Yo también soy feminista, pero amo a los hombres». Suspiro. Y aquí estoy ahora, siendo la única persona en toda la oficina que parece poder encontrar a una ponente con sexo femenino en su DNI.

Observo a mi jefe con ganas de estamparle la mandarina en la cara. Me resulta increíble que haya sido capaz de encontrar él solo a dos personas sin piernas pero necesite mi ayuda para encontrar a una mujer.

—¿De qué tipo? —pregunto intentando no mostrarme demasiado irritada.

—No lo tengo claro —dice de manera pensativa—, quizás una mujer que pueda empoderar a otras mujeres, pero también a los hombres.

—Ajá.

Repaso mi lista mental de vídeos de YouTube, de charlas y ponencias feministas con oradoras excelentes que me he puesto antes de dormir y pienso en las que puedan resultar más

descafeinadas, más amables, más empresariales. Una parte de mí se muere del asco, como si estuviera traicionando a mi propio género. «Empoderar a los hombres», como si les hiciera falta creerse todavía más su poder. Pienso en charlas sobre brecha salarial, sobre por qué las mujeres abandonan su carrera para cuidar de sus hijos o sobre la carga mental que suponen las tareas del hogar. Pienso en charlas sobre destruir el género, el sexo, el patriarcado. Pienso en charlas sobre el machismo en el lugar de trabajo, sobre la necesidad de políticas igualitarias mejor aplicadas o sobre la falta de compromiso real en las empresas en temas de igualdad. Sé que mi jefe no busca eso, sino que busca una oradora tipo de género femenino que pueda llenar una hora de tiempo haciendo un montón de variaciones de la frase «Querer es poder». Como todos los demás, tengan o no tengan piernas. Lo único que me pide es una mujer. Cualquier mujer. Quiere llevar a una ponente para que no salten las alarmas, para cubrirse las espaldas, para salvar la reputación. Que se joda. Le lanzo dos nombres de dos charlas que he visto últimamente.

—La primera de ellas es terapeuta menstrual. —Veo como sus ojos se abren de par en par, pero anota su nombre—. No te asustes, simplemente enseña a entender los ciclos menstruales para sacarles mayor partido alegando que a las mujeres nunca nos han explicado cómo funciona nuestro ciclo; por ejemplo, dependiendo del momento hormonal en el que estés puedes ser más creativa o estar más encerrada en ti misma o ser más agresiva, y eso puede beneficiarte en tu día a día.

—¿Y eso puede servir a los hombres?

—Bueno, creo que si pueden empatizar con un señor sin piernas también podrán empatizar con una mujer con la regla.

Ramón toma nota, aunque no parece muy convencido.

—La segunda de ellas es una mujer trans que fue prostituta y ahora escribe, produce y dirige su propia serie en HBO. Tiene un monólogo muy interesante en YouTube que se titula «A mí también me suda el coño», échale un vistazo.

Ramón me da las gracias. Sé que es incapaz de decirme que no le interesan ni una señora que habla de su regla ni una señora

trans que fue prostituta, pero también es incapaz de decirme por qué no quiere a esas mujeres. Si desea algo descafeinado, amable y empresarial, que entre en Google. No puede ser tan difícil encontrar algo buscando «coach mujer madrid».

Salgo del despacho y bajo hasta mi planta un tanto irritada por el hecho de que algo relacionado con el trabajo haya conseguido irritarme tanto como para que se me pase el efecto tranquilizador del Orfidal y de Fabio McNamara diciendo sandeces. Miro la hora, son las cuatro de la tarde. Ya he tenido suficiente por hoy. Me marcho a mi casa. Este día ha durado cuatrocientos años. El aire condensado de agosto llena poco a poco mis pulmones al salir a la calle. La marquesina del autobús que hay justo en la puerta de la oficina marca 37 grados.

V

Cruzar las puertas correderas de cristal del Carrefour de Quevedo es dejar fuera un mundo de caos y entrar en uno blanco, aséptico y perfectamente organizado, un lugar donde la temperatura siempre es correcta y donde puedes echar las horas porque, como en los casinos, la luz que acompaña mis visitas me impide saber si fuera sigue siendo de día o si ya ha anochecido. En una última batalla, ganada por el capitalismo y perdida por los trabajadores, el Carrefour de Quevedo permanece abierto 24 horas al día, incluyendo buena parte de los días festivos. No existe un solo minuto del día o de la noche en el que no puedas entrar allí y comprar dos mandarinas, un pack de seis yogures, una bolsita de anacardos o una tableta de chocolate. El Carrefour de Quevedo es como ese amigo que siempre coge el teléfono al segundo tono un día entre semana en que tú te has pillado una cogorza.

Alguna noche de insomnio mis piernas me han traído de manera automática hasta la sección de quesos, como si mi cuerpo supiera que el único consuelo para mi alma en los días más grises fuese observar los gouda, los brie, los gruyer, los gorgonzola o los manchegos perfectamente colocados y envasados con toneladas de plástico. Me siento como una yonqui cuando eso me sucede, sabiendo que estoy haciendo algo mal, algo ilegal o algo sucio. Soy capaz de sentir en la nuca la mirada de odio de los trabajadores y trabajadoras que esperan pacientemente en caja o de aquellos que reponen paquetes de cereales en su lugar de trabajo, deshabitado a las cuatro de la mañana, y que solo se mantiene abierto y funcionando por culpa de seres humanos tan despreciables como yo. Siento la culpa en el pecho, así que lleno una cesta entera de productos con los que más tarde no tengo claro qué hacer y, antes de llegar a la caja, me pongo el teléfono móvil sobre la oreja y

finjo ser la jefa de urgencias de algún hospital («Doctora García, ¿dígame?»), o una cirujana que está dando órdenes a un médico más joven («La carótida no tiene que darte miedo, José Luis»), o una cardióloga que acaba de salir de una operación complicada («Gracias, confiemos en que el *bypass* funcione»). Así, los trabajadores y trabajadoras dejan de detestarme, se apiadan de mí y, durante unos breves segundos, me miran como si fuese una superheroína con todo el derecho a hacer sus compras a horas en las que todo el mundo debería estar dormido, porque el resto de sus horas las ocupa salvando vidas.

A las cinco de la tarde de un día cualquiera de agosto tengo el Carrefour de Quevedo prácticamente para mí. Ignoro la sección de comida precocinada del principio y me dirijo a la de frutas y verduras, a la pescadería y a la sección de quesos. Hoy necesito una serie de alimentos que me hagan sentir mejor. Recojo higos y cerezas como si fuese una chica de campo, aguacates y tomates rosas del tamaño de la cabeza de un recién nacido, pido cuatro ostras en la pescadería, agarro una lata de anchoas de Santoña, escojo porciones de quesos de distintos sabores y lo combino con mermeladas raras de jengibre y de naranja amarga, elijo una botella de Albariño para regarlo todo. Meto en la cesta productos ordinarios y vulgares sintiendo cómo contaminan mis manjares *gourmet*: papel higiénico, servilletas, gel de ducha, jabón de manos, compresas y tampones. Pago 146,78 euros de compra. Salgo del Carrefour a la intemperie con mis dos bolsas de productos y, mientras camino hacia casa, parece que esas dos pesadas bolsas me mantienen pegada al suelo.

Cuando llego, guardo todas las cosas en el armario y en la nevera. Me sirvo una copa de Albariño y me siento en el sofá a esperar pacientemente la llamada semanal de mi madre. Mi madre me llama todos los miércoles a las seis y cuarto, no sé muy bien por qué, ni en qué momento, se escogió este día y esta hora para nuestra cita. A lo largo de toda mi vida, mi madre ha tenido una obsesión casi militar por el orden y la limpieza. Años más tarde, durante mi insana visualización constante de vídeos de YouTube, di con una serie de mujeres y hombres como ella que mostraban

con placer sus casas impolutas y los productos que utilizaban para mantenerlas así. Todos tenían algún tipo de trastorno obsesivo-compulsivo, así que me convencí de que mi madre también debía de tenerlo. No uno de esos incapacitantes que le impiden a uno salir de su propio hogar por miedo a los microbios o que le hacen volver a subir cuatro pisos a grandes zancadas para comprobar si ha apagado correctamente la luz del baño, pero sí uno de esos que le permite pegarle cuatro gritos al pescadero porque no le está limpiando su pescado como a mi madre le gusta, pasar la mopa un par de veces al día para quitar el polvo y sentirse incómoda en restaurantes —donde necesita limpiar sus propios cubiertos— y en hoteles —donde cada vez que va hace la prueba del algodón—. Esa es, intuyo, la razón principal por la que mi madre me llama siempre a las seis y cuarto todos los miércoles, y también el motivo por el nunca viene a verme a Madrid. La última vez que estuvo aquí fue hace años, cuando alquilé este pequeño apartamento. Después de hacer la mudanza, mi madre se pasó el fin de semana limpiándolo todo de arriba abajo y no fue capaz de pegar ojo la noche del viernes, porque el colchón sobre el que dormía pertenecía a un inquilino anterior. El sábado, me regaló un colchón nuevo de IKEA y cuando se marchó tuve que abrir las puertas de la terraza porque la casa entera olía a amoníaco.

Cuando el teléfono indica la hora programada, empieza a vibrar y la pantalla se ilumina con una simple «M».

—Ho…, hija.

Otra cosa que tiene mi madre es que vive en un pequeño pueblo de la Guadalajara profunda con muy poca cobertura y que en invierno suele permanecer aislado varias semanas por culpa de la nieve. Cada vez que hablo con ella me siento como una concursante en un programa de televisión en el que tengo que adivinar la frase completa pese a la ausencia de algunas palabras para entender el significado.

—Hola, mamá.

—¿Me oyes b…?

—Regular, como siempre.

—Espera. Me muevo. —Oigo a mi madre trajinar, abrir la

puerta de cristal que lleva al jardín y caminar sobre el suelo de pizarra. Sabe que hay un punto, quizás entre el rosal y el almendro, donde se la suele escuchar mejor—. ¿Ahora?

—Mejor, sí.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, la verdad —respondo rápidamente, para que ningún silencio o demora en la conversación puedan hacer que mi madre piense lo contrario—. ¿Vosotros qué tal?

—Bien, hi... Por aquí todo bien, ya sabes. —Silencio. Oigo unas hojas moverse con violencia y casi puedo ver a mi madre arrancando una rama que no le termina de gustar o unas cuantas malas hierbas del jardín—. A tu padre ahora le ha dado por la ornitología.

—¿Ah, sí? ¿Sale a ver pájaros? —pregunto con verdadera curiosidad.

Con mi padre tengo una especie de relación muda, que funciona en ambas direcciones, y cuyo flujo de información pasa siempre por mi madre. Sé todo lo que él hace y todo lo que le interesa porque ella me lo cuenta, y él sabe todo lo que hago y todo lo que me interesa porque ella se lo cuenta a él. Pero mi padre, que siempre fue parco en palabras, jamás me lo cuenta de primera mano, y yo en raras ocasiones le llamo por teléfono para contarle alguna de mis cosas. La distancia física entre nosotros y las tecnologías, para las que mi padre siempre ha mostrado una absoluta ineptitud, no ayudan a mejorar la situación.

—Sí... en una escuela... casi llegando a Almiruete... de cetrería...

—¿Y le gusta?

—Sí, muchísimo. Aunque no sé yo si es buena idea meter un halcón en casa, Marisa. —Esta parte me la he debido de perder o se ha debido de cortar—. Son muy alborotadores, y todas esas plumas... No sé si será del todo higiénico.

—Ya... Además tienen unas garras larguísimas, mamá, tened cuidado con eso. —Casi noto como mi madre asiente al otro lado del teléfono—. Podrían acabar con la vida de un bebé si se lo propusieran.

—¿Has podido ver a Susana?

Suspiro. Susana es la hija de la hermana de mi madre y vive en Madrid desde hace aproximadamente diez años. De pequeñas, solíamos jugar en las comidas familiares y algunas tardes entre semana, aunque cuando fuimos adolescentes cada una empezó a formar su propio grupo y perdimos la conexión inocente más propia de la infancia. En Madrid, quedamos un día, hará nueve años, para tomar un café, y Susana estaba embarazada de su primer hijo. Creo que ahora tiene tres. No conseguimos encontrar ningún punto de interés común durante toda la conversación una vez que agotamos el tema de la familia, y ninguna de las dos hizo el intento de volver a ponerse en contacto con la otra, aunque solemos enviarnos un whatsapp cada año para felicitarnos las Navidades y los cumpleaños. Los de ella suelen ser una fotografía de sus tres hijos vestidos de Papá Noel. Pese a todo, mi madre parece olvidar en cada conversación este pequeño detalle sobre Susana y yo, y todas las semanas me pregunta si la he visto.

—No, mamá, a ver si la llamo esta semana.

—Bien, es buena chica, Marisa.

—Claro. ¿Tú estás bien?

—Sí, sí, yo siempre.

Se produce un silencio. No es tanto incómodo como desesperanzador. Me doy cuenta de que no tengo claro cómo hablar, ni de qué, con mi madre, y lo triste es que no se debe a que mi madre y yo no seamos buenas conversadoras, sino a que no tengo realmente nada que contar sobre mí misma. Me produce una enorme sensación de pesadumbre que mi madre pueda sentir pena por mí y pensar que, con todo lo que ella y mi padre hicieron para que mi vida fuese mejor que la suya (más intensa, más interesante, más apasionada), yo haya terminado siendo una persona con un día a día insignificante. Recuerdo vagamente todas esas veces en las que me dijo: «Hija, yo solo quiero que seas feliz». Felicidad, qué querrá decir eso.

Me doy cuenta de que quizás mi madre y yo nunca tuvimos una verdadera conversación: me pedía que fuese feliz, pero jamás le pregunté qué era exactamente la felicidad y cómo podía

alcanzarla. Mi madre y mi padre son y siempre fueron personas pragmáticas. Si tenía frío, se preocupaban por comprarme una buena chaqueta. Si me iba mal en clase, contrataban a un profesor particular. Si el médico les decía que me faltaba calcio o vitamina C, me daban todas las mañanas un buen vaso de leche y un buen zumo de naranja. Su forma de querer pasaba por cubrir las necesidades primarias: arroparme, alimentarme, curarme cada vez que me caía al suelo y me hacía una herida o meterme en su cama cuando tenía un mal sueño.

«Yo solo quiero que seas feliz» fue la manera en la que mi madre me empujó a marcharme a Madrid y estudiar la carrera que me dio la gana, sin exigirme buenas notas o que encontrase un trabajo enseguida. Deseando, simplemente y como ella expresaba, mi propia felicidad. Sin embargo, conforme comencé a crecer y a madurar, nuestra relación se volvió más compleja y, por tanto, más incompleta. A mi vida le faltaban trozos que compusieran a la adulta que debería ser. Pienso en Susana, una buena chica, estudiante de enfermería, casada con un médico, con piso en una zona pudiente de Madrid (Arturo Soria, creo recordar) y tres niños rubios que les mantienen ocupados y les aportan, de cara a la familia, una especie de privilegio emocional. Es más fácil tapar los silencios incómodos que se puedan generar en cualquier familia entre el griterío de tres criaturas. Quizás si hubiese sido más como Susana, tendría más cosas de las que hablar con mi madre (cómo dormir a un niño inquieto, qué hacer cuando el mayor le coge celos al pequeño, cómo quitar esa mancha de sangre de unos pantalones vaqueros, incluso cómo volver a tener relaciones sexuales con un marido que ya no se siente atraído por ti porque has tenido tres bebés en el transcurso de cinco años), pero no he salido como ella, y mi vida, a mi madre, le resulta tan ajena como a mí las expectativas que ella tenía para mí.

No sé en qué momento mi madre dejó de preguntarme sobre si tenía o no tenía pareja, sobre si quería o no quería tener hijos, sobre si me esperaban grandes planes de cara al fin de semana o sobre con quién y adónde iba a irme de vacaciones. Quizás cuando descubrió que nunca tenía una respuesta para ninguna de sus

preguntas, o tal vez cuando intuyó que, en una de esas conversaciones, podría confesarle algo tan horrible como «Mamá, no soy del todo feliz».

—¿Comes bien? —pregunta mi madre, y siento su pregunta como uno de sus ungüentos caseros sobre una herida.

—Sí.

—¿Qué comes?

—Pues acabo de volver de hacer la compra. He cogido unos cuantos quesos, uno de cabra cremoso de esos que te gustan a ti y también unas anchoas de Santoña.

—¿Cuánto te ha costado?

—Ciento cuarenta y seis euros.

—¡Qué barbaridad! Cómo está Madrid, hija. —Suelta una carcajada.

A mi madre le resulta reconfortante la idea de que la vida en la capital es miserable y, por tanto, su vida rural es mejor. Le gusta oírme quejarme del metro, de las aglomeraciones, de las horribles luces de Navidad y del precio de las cosas.

—Ya..., y eso solo las anchoas, mamá.

Vuelve a repetir «Qué barbaridad» y a troncharse de risa. Luego pregunta:

—¿Vas a subir por... pronto?

—No lo sé, ahora tengo mucho trabajo —digo sintiendo una punzada de culpabilidad en el pecho—. Igual en septiembre.

—Vale, hija. —Por un momento, mi madre parece aliviada—. Te tengo que dejar. Te llamo la semana que viene.

—Vale, te quiero.

—Te quiero, hija. Adiós, adiós.

Cuelgo el teléfono. Son las 18:33. Saco del bolso media pastilla de Orfidal y me la pongo debajo de la lengua.

Voy a la cocina y ocupo mi cabeza pensando en el menú de la noche. Dispongo las delicias con las que me voy a dar un pequeño homenaje sobre platos bonitos como si esperase una visita que no va a llegar. Pongo el aire acondicionado a 22 grados. Lleno otra copa de vino, coloco las ostras sobre hielo, pelo el tomate y lo sirvo con aceite de oliva y escamas de sal, saco las anchoas y preparo

una tabla de quesos con una cucharadita de mermelada.

Me acomodo frente a la mesita del salón con todo delante y mando a través de mi teléfono móvil contenido a la televisión. Pongo un vídeo de YouTube de una chica japonesa que come cosas frente a la cámara mientras ceno a las siete y cuarto de la tarde. Me siento en comunión con ella, compartiendo una cena en silencio como si tuviéramos ese tipo de relación perfecta en la que no es necesario llenar el vacío con palabras, una de esas relaciones de varios años en la que ambas partes se sienten cómodas en el silencio. Las dos estamos disfrutando de nuestros manjares. Tomo una ostra y miro en mi teléfono móvil cuántas personas han visto este vídeo: supera los tres millones. Siento una punzada de celos, como si acabase de descubrir una infidelidad inocua pero preocupante, la del novio que tontea con otra chica por redes sociales. Pienso en que ahora mismo la misma chica podría estar cenando con otras mil personas además de conmigo. Hay tres millones de almas que a la hora de comer y de cenar tampoco tienen más compañía que la de esta mujer que engulle sopas humeantes y trocitos de verdura crujientes y pescados y carnes con distintas salsas, pero por alguna razón no me siento sola ni triste, sino feliz, porque no estoy en la oficina y estoy comiendo cosas que la mayoría de las personas no se pueden permitir en compañía de mi Bella Comiente. Doy grandes sorbos a mi copa de vino, me como otra ostra, me hago un bocado exquisito consistente en media anchoa y un trozo de tomate, doy un mordisco al queso con una regañá. La chica del vídeo exclama «*So yummy!*» y asiento. Al acabar, dejo a la chica terminando de cenar en mi salón. No quiero meterle prisa.

Salgo a la terraza con la copa de vino, saco del cajón de un pequeño mueble sobre el que reposa un macetero con petunias un paquete de tabaco para emergencias y me enciendo un cigarro. Son las 19:58. Me pregunto qué escalofriantes manjares cenarán mis vecinos, esas personas a las que, a excepción de Pablo, no conozco de nada. Imagino pizzas Casa Tarradellas al horno compartidas por cuatro estudiantes de segundo de Medicina que terminan discutiendo porque se enteran de que uno de ellos es franquista.

Pienso en tristes filetes de pollo a la plancha con una ensalada de bolsa engullidos en silencio por una pareja que de vez en cuando comenta las noticias que salen por la televisión. Pienso en el viaje de una hamburguesa que alguien acaba de pedir ahora y llegará a las nueve de la noche completamente fría y con el pan de debajo reblandecido por la carne y pienso en un chico pringándose los dedos y después dejando una reseña pésima en la aplicación desde la que la ha pedido y acostándose con la ilusión de que le devuelvan sus 12,95 euros. Ojalá pudiese invitar a todos mis hipotéticos vecinos a cenar esta noche. Siempre he pensado que, de casarme con un hombre rico, sería una magnífica anfitriona. Mi paladar siempre ha tenido un par de clases sociales más que mi bolsillo.

Apago mi cigarro y entro de nuevo al salón. La chica japonesa también ha terminado de cenar y ha sido sustituida por un grupo de señoras italianas probando platos italianos precocinados. Están cabreadísimas. Recojo los restos del festín, friego los platos y cubiertos, abro un táper y meto brotes de lechuga, unos pedazos de tomate y unas anchoas sobrantes. La triste comida de mañana me recordará las delicias que cené hoy. Si Proust podía evadirse y recordar su infancia gracias al sabor de una magdalena mojada en su tacita de té, yo no debería tener problema en transportarme a esta noche al llevarme una anchoa a la boca. Lavo varios higos y los coloco en un bol. Me vuelvo a sentar en el sofá y pongo un vídeo de una hora de una *youtuber* que comenta programas de televisión de los años noventa. No me puedo creer que los higos estén tan dulces y tan carnosos. Empiezo a pensar en que debería dedicar toda la mañana de mañana a adelantar todo lo que tengo pendiente, quitármelo de encima y así no tener que hacer nada más. Siento que mis palpitaciones comienzan a subir al pensar en todo lo que estoy dejando para más adelante. Detesto pensar en el trabajo fuera del trabajo. Decido tomarme media pastillita más para que eso no pase y me como otro higo y escucho la melodía de *¿Qué apostamos?* Pienso en que el mundo está lleno de personas trepas y repugnantes, pero, a cambio, de julio a septiembre también está lleno de higos.

No recuerdo en qué momento me quedo dormida, pero cojo un sueño profundo hasta que las taquicardias vuelven a aporrearme en el pecho a las cinco de la mañana. La televisión sigue encendida, también las luces y el aire acondicionado. Me acerco a la cocina y abro el armario donde tengo los medicamentos: me queda una caja entera de Orfidal más el blíster que todavía guardo en el bolso. Intento hacer recuento de cuántas pastillas he tomado hoy, pero soy incapaz de recordarlo. Me bebo un vaso de agua y regreso al salón, donde miro la media pastilla que dejé antes sobre la mesita de café. Doy un par de paseos alrededor de la mesita, en modo shakespeariano, planteándome si tomar o no tomar y, finalmente, me la coloco debajo de la lengua.

Apago las luces y vuelvo a YouTube. Decido ponerme otro recopilatorio de series infantiles de los años noventa, y la intro de *Marco* me devuelve poco a poco a mi infancia. Veo *Marco*, *Heidi*, *Oliver y Benji*, *Las Tortugas Ninja*… en algún momento entre *La banda del patio* y *Pepper Ann*, mi cerebro desconecta.

VI

Me despierto dos horas más tarde, a las siete de la mañana, y, contra todo pronóstico, completamente fresca. Parece como si aquella idea que me provocó taquicardias la noche anterior se hubiese disuelto por todo mi cuerpo durante la noche y hoy me hubiese transformado en una persona productiva que puede formar parte de este sistema y salir ilesa. Me ducho, me lavo los dientes, me visto con una camisa y bermudas de lino color hueso, me preparo el café y comienzo a organizar mis ideas y las tareas pendientes.

Hoy me parece que nada es para tanto: organizar las respuestas de los alumnos del máster, dejar mi parte finalizada con unos esbozos creativos que después desarrollarán otras personas y así olvidarme de la campaña de Navidad y buscar ejemplos de talleres de creatividad para plagiarlos en el *team building*. Nada grave. Recuerdo eso de que jugar a las oficinas es fácil si sabes cómo. Decido ponerme una zanahoria delante de la cara. Si, justo después, me cojo vacaciones, me libraré de la vuelta oficial a la oficina. Pienso en islas. Quiero bañarme en calas bonitas, estar borracha desde las doce de la mañana e irme a dormir a las nueve y media todas las noches. No sé adónde me iré, pero no estaré aquí.

Me tomo otro café mientras miro Twitter. Otro hombre poderoso ha sido acusado por diez mujeres de acoso sexual y, para sorpresa de nadie, un montón de hombres están poniendo en duda el testimonio de todas ellas, porque quizás aquellas mujeres estaban interesadas en la fortuna del hombre poderoso. Internet es agotador, especialmente si eres mujer. Retuiteo a un par de cuentas de mujeres feministas a las que sigo porque, por fortuna, en Internet siempre encuentras a alguien que haya dicho lo que estás

pensando no solo antes que tú, sino también mejor que tú, y así no tengo ni tan siquiera que esforzarme en articular una frase y lanzarla a la red. Me meto en una cuenta que se llama «Niños Haciendo Cagadas». Veo un vídeo de un niño al que le lanzan una pelota de plástico gigante, que rebota contra él y hace que se caiga a la piscina. Me muero de risa. Le doy *like*, pero decido no retuitear porque mi retuit anterior era demasiado serio y no quiero que nadie piense que no tengo línea editorial mental. Friego la taza de café, me calzo unas sandalias, guardo el táper en el bolso y salgo a la calle.

Para evitar el bajón ceremonioso de mis mañanas y mis fantasías de atropello, decido escuchar canciones animadas. Me pongo los auriculares y las gafas de sol y camino escuchando «Work It» de Marie Davidson. Su voz se cuela en mi cerebro cuando empieza a recitar: «*You wanna know how I get away with everything? I work. All the fucking time*». Siento que hoy en la oficina puedo adoptar ese tipo de personalidad. La personalidad de tiburón, de triunfadora, el tipo de personalidad de las mujeres que han convertido el trabajo en una especie de virtud sagrada como antaño fuese la maternidad y cuelgan fotos en la oficina con el *hashtag* #GirlBoss. Me convertiré en eso que el capitalismo entiende por feminismo durante las próximas ocho horas. Ese monstruito de mujer total que puede con todo. Las de las rutinas de cinco a nueve y luego de nueve a cinco. Una especie de cíborg con todas las cualidades y características positivas que se relacionan con las mujeres pero sin todo lo malo que también se nos atribuye. La idea femenina de líder que gusta en las escuelas de negocio: las discípulas de Sheryl Sandberg que buscan romper el techo de cristal con sus tacones de aguja y dejarle los cristales rotos por el suelo a la señora de la limpieza sudamericana. El feminismo de la élite, cuya idea de igualdad es tener una plaza de aparcamiento en la zona destinada a los cochazos de la junta directiva. El feminismo de camisetas y termos de café con mensajes empoderantes. Entro a la oficina segura de mí misma. No parece casualidad que al final hoy me haya vestido con una especie de traje.

Una vez en mi planta, al intentar llegar a mi despacho, veo a Natalia observarme con los ojos como platos y la cara desencajada.

—Marisa, menos mal que estás aquí —dice visiblemente agitada—. Tenemos un problema gigante, una crisis reputacional, tenemos que subir a ver a Ramón.

Lanzo un suspiro mirando a los halógenos del techo. Todo esto tenía que suceder, precisamente, el único día de la semana en que de verdad me había planteado trabajar un rato. Retomo las sensaciones que me han acompañado hasta la puerta de la oficina. *Work It.* No pasa nada.

—¿Me da tiempo a un café? —pregunto entrando en mi despacho con Natalia detrás como un pequeño caniche hambriento.

—Creo que no, la situación es extrema, tenemos al cliente enfadadísimo y...

—Vale, no te preocupes, vamos a ver a Ramón.

Cojo mi libreta y un bolígrafo y caminamos hacia el ascensor. Subimos en silencio. Casi puedo escuchar el latir del corazón de Natalia. El problema de identificarte demasiado con tu trabajo es que también te afectan este tipo de situaciones. Dices cosas como «Hemos ganado una cuenta» pero también «Hemos perdido una cuenta». Sientes que perder a un cliente es un fracaso personal, como que te dejen por otra o que tu hijo prefiera la compañía de la nueva novia de su papá. Natalia sacude nerviosamente su libreta contra su pecho y me fijo en que lleva una manicura francesa perfecta. Me doy cuenta de que necesito con todo mi ser que no se destroce esa manicura de los nervios.

—Nunca he estado en esta planta —dice Natalia cuando se abren las puertas del ascensor.

—Pues bienvenida.

Guío a Natalia hasta el despacho de Ramón. Al entrar me inunda un olor a mandarinas. Natalia observa todo a su alrededor como un niño en un parque de atracciones que de tanta excitación no tiene claro dónde montarse. Ramón está con Maika, que cuando llegamos musita un suficientemente audible «Ya era hora» como para poner mucho más tensa de lo que ya estaba a Natalia. La

detesto con toda mi alma. Detesto su traje chaqueta, su bolso de marca, sus aires de querer hablar siempre con el encargado. Detesto su alma de acosadora de instituto, su forma de ejercer presión sutil pero constante sobre los compañeros de trabajo, su facilidad para pedirte que hagas cosas que no son tu responsabilidad ni forman parte de tu trabajo y cómo, cuando consigue que lo hagas, parece que sea ella la que te ha hecho el favor a ti y, por tanto, termines debiéndole algo. Detesto su fidelidad a la empresa, su sentimiento de pertenencia a ella, su convicción de que el trabajo nos hace más dignos. Detesto su cara de satisfacción cuando logra cerrar un trato, cuando sale un proyecto, cuando consigue salirse con la suya. Y odio cuando algo no sale y su mirada de animal carroñero empieza a buscar culpables por toda la oficina, sin responsabilizarse jamás de sus propios fallos y errores. Durante un instante creo que puede percibir el odio que me provoca en la mirada y me la sostiene con valentía. Soy yo la que la termina bajando. Me aterra que esa bruja pueda leerme el pensamiento.

—Sentaos, chicas —dice Ramón señalando el sofá—. Esto puede llevar un rato, ¿queréis una mandarina?

—No, gracias —respondo.

Natalia se queda en silencio.

—Bien, de acuerdo, vayamos al grano: tenemos una crisis reputacional, Maika me ha guiado sobre lo sucedido, pero me gustaría que lo repasásemos todos juntos y busquemos la solución más adecuada. El cliente está muy enfadado y lo podríamos perder, y no nos podemos permitir perder una cuenta anual de esa envergadura.

No soy capaz de recordar el número exacto de veces que he escuchado la frase «Tenemos una crisis reputacional». *Crisis reputacional* son dos palabras que inspiran terror y respeto, casi parece que fuéramos a tratar un tema relacionado con el Centro Nacional de Inteligencia, cuando en realidad estamos hablando de que mucha gente se habrá quejado de algo en Twitter. Las crisis reputacionales no son más que meteduras de pata, una serie de errores encadenados por dejadez e ignorancia que en tiempos de

redes sociales explotan en la cara de clientes que nunca antes se habían enfrentado a las críticas.

—Son cuatrocientos veinte mil euros anuales, chicas, esto no es ninguna tontería —apunta con soberbia Maika.

Cliente: una marca de electrodomésticos a la que mi empresa lleva, entre otras cosas, sus cuentas en redes sociales. Hechos: ayer, sobre las once de la noche, coincidiendo con la emisión de un programa de cocina, la cuenta de Twitter de esta marca de electrodomésticos decidió unirse al *trending topic* del momento (#TopCocina7) tuiteando lo siguiente: «Sed sinceros, ¿quién cocina mejor? RT vuestra mujer FAV vuestra madre #TopCocina7». La cuenta, que apenas tiene 6.700 seguidores, porque dime tú qué clase de oligofrénico quiere informarse constantemente sobre nuevas lavadoras, tuvo, sin embargo, una gran repercusión entre quienes estaban siguiendo el *hashtag* del programa aquella noche. El tuit fue borrado de inmediato, explica Maika, pero quedaron las capturas de pantalla, que cogieron y compartieron dos o tres personas con muchísimos seguidores para sentirse moralmente superiores a un lavavajillas. Muchas personas comentaron lo machista y desafortunado del tuit, y otras tantas animaron al boicot a la marca. Un par de medios de comunicación que solo leen los periodistas que allí trabajan, en sus respectivas secciones dedicadas a un concepto tan amplio como «Internet», recogieron el testigo de los tuiteros y escribieron sendos artículos sobre cómo esta marca estaba haciendo «arder las redes sociales» y habían recibido «tremendos zascas» de la comunidad tuitera. Desde entonces, Maika ha respondido a un total de diecisiete llamadas del cliente y ha informado a la marca de que estaba a punto de entrar en un gabinete de crisis especial para dar con la mejor solución.

El gabinete de crisis somos Ramón, Natalia y yo.

—He pensado lanzar un comunicado en el que digamos que vamos a despedir al *community manager* y nos desvinculemos del mensaje —dice Maika.

—No —respondo.

—¿Por qué no?

—Porque entonces la marca quedará como una cabrona que

ha dejado en la calle a un pobre chavalín o chavalina por un tuit.

Más hechos: mi empresa firma un contrato publicitario con una conocida marca de electrodomésticos por un total de 420.000 euros anuales. Entre otras muchas cosas, el contrato incluye gestionar sus redes sociales. Mi empresa decide coger un total de 4.800 euros de esos 420.000 para pagarle a un autónomo 400 euros mensuales antes de impuestos a cambio de la gestión de las cuentas de Facebook, Twitter e Instagram de la marca. La promesa que le hacen es que ese trabajo solo le llevará una hora al día, que desde mi empresa se encargarán de la gestión con el cliente, del calendario mensual de publicaciones y del diseño de las piezas. El colaborador solo tiene que proponer ideas para el calendario mensual y darle personalidad y voz a las publicaciones. «Que no parezca que te habla una nevera, ¿sabes?», signifique lo que eso signifique. La hora diaria se convierte en muchas más horas porque la marca tiene muchos «peros» y lo que parecían 400 euros fáciles se convierten en un tormento diario. Siempre hay cambios, siempre hay que «darle una vuelta», siempre hay tres o cuatro noes antes de un sí. El último *feedback* que recibe el autónomo desde mi empresa es que la marca quiere estar «más presente en la conversación cultural» utilizando «las herramientas de cada red social, como los *hashtags* o los hilos» de una manera «divertida y cercana». El autónomo pasa una serie de ideas, la empresa pasa otras y el cliente otras tantas. Se aprueban unas, se descartan otras. Entre las que se aprueban está la de comentar en vivo el programa de gastronomía más visto de la televisión. Hay que ser divertidos y cercanos, graciosos y chispeantes. Tu marca amiga. El *community manager*, que es un chico de veinticuatro años tuiteando desde su casa, no decide lo que se publica ni cuándo se publica, sino que sigue las directrices de una marca con la que solo tiene contacto a través del teléfono escacharrado que es mi empresa. Errores encadenados por dejadez, ignorancia y empresas que quieren sacar el máximo beneficio a 420.000 euros. Seguramente alguien propuso escribir ese tuit y a alguien de mi empresa le pareció bien. ¡Es fresco y divertido! ¡Es gracioso porque es verdad! ¡Forma parte de la conversación actual! ¡Es justo lo que busca el cliente! Nadie

vio nada de malo en preguntar si son las madres o las esposas las que cocinan mejor. O quizás el chico de veinticuatro años vio algo de malo, pero pensó que no tenía fuerzas ni ganas de pelear por la publicación o no publicación de un tuit de una marca de electrodomésticos que iba a comerle un martes noche para estar pendiente de un programa de televisión de mierda, en lugar de estar follándose a su novia, por 400 putos euros al mes, que, bien pensado, es prácticamente toda la cuota de autónomos. Y así es como se desencadena la tragedia.

—Bueno, ¿pues qué proponéis? —pregunta de manera cortante Maika.

—Yo creo que lo mejor es emitir una disculpa —contesta Natalia—. Algo así como «Lamentamos el desafortunado tuit de anoche y damos las gracias a todos aquellos que nos han hecho ver el terrible error que hemos cometido».

—Sí, hombre —dice Maika—, y les hacemos una mamada a los tuiteros de paso.

—Es cuestión de escoger las palabras —intervengo—, pero Natalia tiene razón, hay que disculparse.

—Vale, pues voy a llamar a la marca —anuncia Maika poniéndose en pie, visiblemente nerviosa: tiburón en la empresa, pececillo con el cliente—. ¿O mejor me escribís el comunicado primero? —Titubea—. Sí, es mejor ofrecerles algo ya, y creo que deberíais estar presentes en la reunión. —Gira sobre sus tacones dispuesta a salir del despacho de Ramón—. Quiero tener el comunicado en veinte minutos y hablar con el cliente en veinticinco.

Debo reconocer que siempre he querido salir de esa forma de una reunión. Natalia me mira, Ramón me mira. Voy a tener que escribir el comunicado. Me levanto y deambulo por el despacho de Ramón en silencio. Existen varias normas para disculparse en Internet. La primera de ellas es que asumas tu error. No intentes tirar balones fuera, ni cargarle el muerto a alguien. Por ejemplo, al becario. La segunda es que jamás de los jamases pidas disculpas «a quien se haya sentido ofendido» o la cagarás mucho más. Lo ofensivo ha sido tu tuit, no la forma de reaccionar de la gente. De

la tercera norma o de las que vengan detrás ya no me acuerdo, porque todo esto lo vi en un hilo de Twitter de un «experto en marketing digital» que me aburrió tanto y me dio tanta grima que le bloqueé. Ahora no me vendría mal haberle seguido.

—Lo mejor es ser claros y honestos. —Miro a Natalia—. Toma nota, porfa. Algo tipo: «Anoche cometimos un error y queremos pedir disculpas. Desde nuestra empresa apoyamos la igualdad entre hombres y mujeres y reconocemos que el tuit de ayer era machista».

—¿*Machista* no es una palabra muy fuerte? —pregunta Ramón.

—No estamos diciendo «somos machistas», sino «nuestro tuit fue machista» —aclaro—. ¿Tenemos algún dato sobre igualdad de la marca?

—Hace poco hicimos una campaña para ellos sobre el dinero que donaban para luchar contra el cáncer de mama.

—Pues tenemos que meter eso por algún lado. —Dios, qué asco me doy—. Algo tipo… «Llevamos años trabajando para hacer la vida mejor a las mujeres» o «Desde nuestra organización tal donamos tal cantidad de pasta a tal».

—Genial —dice Natalia casi haciendo fuego con el bolígrafo sobre su libreta.

Revisamos. Matizamos. Jugamos a retorcer el lenguaje para que la marca deje de ser el enemigo público número uno. Lo curioso de todo esto es que el universo digital va tan rápido que seguramente mañana nadie se acuerde de esto, porque todo el mundo estará demasiado ocupado odiando a una mujer que haya dicho que su hijo come garbanzos en lugar de Bollycaos. Terminamos el comunicado oficial y Natalia y yo nos despedimos de Ramón para buscar a Maika. Cogemos el ascensor y bajamos a su planta. Natalia parece más serena en este segundo viaje.

—¿Tú crees que saldrá bien? —me pregunta.

—No lo sé, la verdad —respondo con sinceridad. Aunque no con la suficiente sinceridad como para añadir «y lo cierto es que tampoco me importa».

Maika está dentro de su despacho. Ya tiene al cliente en la

otra línea. A través de la puerta de cristal nos invita a pasar.

—Diego, están aquí las creativas.

—¿Así que vosotras sois las que la habéis cagado? —se escucha desde la otra línea.

Imagino al clásico gilipollas con traje de El Corte Inglés disfrutando del momento en el que, por fin, puede humillar a un par de desconocidas para tratar de olvidar todas las veces que le humillaron a él a lo largo de su vida laboral.

—Bueno, ¿tenéis ya una solución o queréis esperar otras doce horas?

—La tenemos —digo, pasando por encima de su impertinencia, y le leo el comunicado en voz alta—. «Anoche cometimos un error y queremos pedir disculpas. Desde nuestra empresa apoyamos firmemente la igualdad entre hombres y mujeres y nuestro tuit, en un tono de pretendido humor que hoy advertimos como desafortunado y machista, no muestra los valores que nos acompañan desde hace más de cincuenta años. Prueba de ello es nuestra labor de lucha en la investigación contra el cáncer de mama, con la que mantenemos un compromiso constante. Agradecemos a todos aquellos que nos hicieron ver nuestro error».

Silencio absoluto. Maika tiene la vista fija en el teléfono, como si estuviera intentando moverlo por telequinesis. Natalia me mira a mí. Miro a Natalia.

—Está correcto —dice Diego—. Podríais añadir que tenemos una plantilla formada por un cincuenta y cinco por ciento de mujeres por alguna parte.

—Por supuesto —contesta rápidamente Maika—. Lo que nos pidas.

—Pues os pediría que esto no volviera a suceder, no podemos cometer este tipo de cagadas, y os aseguro que, por nuestra parte, vamos a despedir a todas las personas que aprobaron ese tuit de mierda, y espero que vosotros hagáis lo mismo. Buenos días a todas.

Fin de la llamada. Maika nos mira sin vernos, con los ojos muy abiertos y una sonrisa congelada en los labios. Si fuese un dibujo animado, ahora mismo aparecería en sus pupilas el símbolo

del dólar.

—Pues muy bien, chicas, ¡a trabajar! —exclama, finalmente, dando una palmada sobre la mesa.

Ni un triste gracias.

Natalia y yo salimos del despacho de Maika y vamos a nuestra planta. Allí añadimos lo que la marca nos ha pedido y pasamos el comunicado al equipo de diseño. Veinte minutos más tarde el tuit se publica. Tiene menos repercusión que el tuit de la discordia, como era de suponer, pero la marca queda más o menos contenta. Les parece que ha sido una oportunidad para mencionar lo de su plantilla y lo del cáncer de mama. Y un montón de cuentas de Twitter con la banderita de España al lado de su nombre toman esos datos para ponerse a insultar a las feministas que criticaron el tuit original. «¿Te dan igual las mujeres con cáncer, puta?», escribe un tal Astray88. Y ese es el ciclo de la vida de Twitter. Ahora los fachas comprarán lavadoras de esa marca. Y la gente que trabaja en comunicación para esas marcas, que se ha vuelto tan inútil que ni siquiera sabe cómo publicar una disculpa en una red social, seguramente nos siga pagando por un trabajo que podría hacer un mono bien adiestrado. Todos felices.

Me siento en mi despacho tres horas después de la tragedia y ya no tengo ni ganas ni fuerzas para hacer todo lo que me había planteado hacer. Empezar la mañana hablando con cuatro personas me desestabiliza. Me planteo tomarme media pastilla para la ansiedad, pero eso me dará sueño. Voy al *office* para prepararme un café y beber un poco de agua. Natalia ha colgado carteles indicando que nos vigilan cámaras de seguridad y se ha llevado sus cápsulas a otro lado, así que me toca robárselas a otra persona. Me pongo dos. Necesito tener taquicardias que me den cierta sensación de peligro inminente y así centrarme en mi trabajo. Regreso a mi despacho y miro el correo electrónico. Tengo un mensaje de felicitación de Ramón por cómo hemos resuelto la situación de esta mañana que le reenvío a Natalia para que se ponga contenta. En el email se refiere a ella como Vanesa. Tengo más correos de los estudiantes del máster pasándome sus ideas. Me descargo uno de los PowerPoints que me envía uno de mis alumnos, pero nada más

abrirlo pierdo las ganas de vivir. Decido pensar que ya he hecho una cosa importante hoy y que me merezco un descanso y abro YouTube.

Me pongo un vídeo de un perrito que se alegra muchísimo cuando su dueño regresa de Irak y le vuelve a ver después de varios años. Me entran ganas de llorar. Pienso en ese pobre perrito, en si tendrá alguna forma de saber que su dueño viene de matar a un montón de gente. ¿Podrá oler el perrito el tufo de la guerra? ¿Notará algún cambio sustancial en su dueño? Algo primario, intenso, radical: el olor de la muerte. Me da demasiada pena pensar en que el perro pueda olfatear un olor nuevo en su dueño y no reconocerle como el hombre que era. Pienso en que quizás alguien debería hacer una película sobre eso desde el punto de vista del perro. Me sobresalto cuando Natalia toca con sus nudillos la puerta de mi despacho, que olvidé por completo cerrar, y paro el vídeo de otro perro saludando a su dueño que vuelve de otra guerra que YouTube me recomienda después.

—Pasa —le digo, estirando mi espalda para parecer más profesional.

—Menuda mañana —dice sonriendo. Y noto que a Natalia, en cierta manera, le ha gustado esta mañana y toda la adrenalina generada. Noto que se ha sentido útil dentro de la empresa, y eso le ha encantado.

Me aterra un poco que piense así. Que el trabajo se convierta en su fuente de reconocimiento y que, como si estuviera en un casino, se haga adicta a las recompensas en forma de emails del jefe con el nombre de otra persona.

—De locos —respondo negando con la cabeza.

—¿Estás ahora muy liada?

Minimizo la ventana donde tengo abierto YouTube y en mi pantalla figura ese Excel que no contiene nada de valor pero que creé para este tipo de situaciones.

—Un poco, pero dime.

—Ya tengo los *insights* y la información que me pediste, está todo montado en una presentación. Hay algunos estudios de mercado bastante interesantes sobre la evolución de las compras en

Navidad a lo largo de los años que quizás te puedan ayudar para desarrollar ejes creativos.

—Pásamela y le echo un vistazo, tengo pensadas algunas cosas y veré si estamos alineadas.

—Genial. —Natalia se queda ahí medio sonriendo como un pasmarote y entiendo que lo que quiere es esa palmadita en la espalda.

Así empieza todo. Este es el momento exacto en el que Natalia ha comenzado a vender su alma. No me siento como su jefa, no me siento como una jefa en absoluto, no le doy ninguna importancia a esto que estoy haciendo y a veces me olvido de lo valioso que es para los demás.

—Por cierto, Natalia, enhorabuena, lo has hecho muy bien hoy.

Su cara se ilumina con una sonrisa que deja ver todos los dientes.

—Muchísimas gracias, Marisa. He aprendido un montón.

Abandona mi despacho y siento ternura por ella. Si en lugar de estar en la oficina estuviéramos en un bar y me hubiese tomado tres copas de vino, le diría que cuando estás demandando un cumplido por lo general te dan un cumplido obligatorio. Le diría que es como cuando en las relaciones dices «Te quiero» esperando otro «Te quiero» a cambio y que, cuando no lo recibes, sientes que tu amor vale menos. Antes de que la vea sentarse en su mesa ya tengo su correo en mi bandeja de entrada. Seguramente había escrito el borrador antes de venir a mi despacho. El correo incluye un PowerPoint de 27 diapositivas de análisis sobre las compras de Navidad que no me apetece nada leer ahora mismo, así que recojo mis cosas y le digo a Natalia que tengo una comida con un cliente. Salgo del edificio.

No necesito mirar Google, sé perfectamente lo que me apetece: un coqueto restaurante japonés al que suelen ir ejecutivos y gente que quiere dárselas de importante, donde el trato del personal es muy amable y la comida exquisita. Tardo quince minutos andando y cuando estoy en la puerta me doy cuenta de que estoy salivando como un perro delante de un filete. El

restaurante tiene una luz tenue que hace que nunca tengas muy claro qué hora del día es. Es un restaurante donde se alargan las sobremesas gracias a las copas de los mejores espirituosos, permitiendo así cerrar tratos o abrir piernas. Me sientan en una mesa individual y pido el menú cerrado. Miro a mi alrededor mientras espero el entrante. Estoy rodeada del tipo de persona que más detesto en este mundo: hombres con traje medianamente importantes. Hombres que se sientan con las piernas muy abiertas y que piden sin mirar a los ojos a los camareros, como si fueran un estorbo que les estuviera interrumpiendo en un asunto de gran relevancia. Hombres con una seguridad apabullante en sí mismos, que piensan que todo lo que sueltan por la boca merece ser escuchado y laureado.

—Lo que te digo es que para mí está claro: aporta o aparta —dice uno de ellos a otro que es exactamente igual que él en la mesa de al lado.

Me traen una ensalada de *wakame* y pepino. Solo hay otra mujer en el restaurante. Otra mujer que me hace sentir de una especie distinta a la suya. Cabello moreno y sedoso, con el corte cuidado que le llega por debajo de los omóplatos, vestido negro de tubo y zapatos de tacón. Está de espaldas, pero por cómo la mira el hombre asumo que tiene un buen par de tetas. Ríe echando la cabeza hacia atrás, pasa sutilmente la punta de su zapato por la pierna del hombre, le toca la mano con delicadeza para que él piense que lo que le está diciendo es interesante de verdad. Sabe cómo gustar. Me siento abrumada por toda esa feminidad, como si en el mundo la hubiesen repartido de manera irregular entre nosotras: para algunas es muy fácil ser mujer mientras que para otras es como ponerse un vestido dos tallas grande. Mientras mastico mi ensalada de *wakame* soy incapaz de discernir si es su mujer, su amante o si es una prostituta. Aunque las mujeres como ella no son prostitutas, son *escorts*.

—Esta vida es para los ganadores, Josemi —dice el hombre de la mesa de al lado—. En el campo de batalla no puedes pararte a pensar, tienes que ver el miedo que provocas en los ojos de los demás y actuar; no quieres ser el tío con miedo en los ojos.

Termino mi ensalada de *wakame* y me traen unas variedades de sashimi que me como mientras escucho embobada la conversación entre estos dos hombres. No sé de dónde les nace toda esa rabia, esa competitividad, esa manera de ver y de dividir el mundo entre ganadores y perdedores. Me resulta curioso que muchos hombres utilicen vocabulario bélico o deportivo cuando jamás han estado en la guerra ni pateado un balón desde el patio del colegio. Prepararse para la batalla, ganar la guerra, destruir al enemigo. Cómo se ven a sí mismos como guerreros y soldados dentro de sus pisos con muebles grises de IKEA y bolsas de papel grasientas de Just Eat acumuladas en sus sucias cocinas. Cómo son capaces de hacer una disociación entre el hombrecito que son y el gran hombre que les prometieron que llegarían a ser. Pienso en si serán queridos por alguien, en quién les podrá querer, y de qué manera. Quién será la mujer —porque siempre son mujeres— que se hará más pequeña a su lado para que estos hombres puedan seguir viéndose así de grandes. Grandes como Alejandro Magno, como Julio César, como Cristóbal Colón. Grandes como toda esa gloriosa épica que han mamado desde su más tierna infancia. Pienso en cómo estos hombres pueden ser capaces de engañarse a sí mismos, pero, sobre todo, cómo consiguen que el mundo sostenga este engaño. Pienso en si por la noche, justo antes de dormir, se verán a sí mismos como impostores o si se habrán atiborrado de su propia mentira y dormirán como cachorros. Nadie les replica, nadie les contradice, nadie les manda nunca callar. Nadie les dice que la frase «Aporta o aparta» es una soberana gilipollez. Y, así, casi es normal que estos hombres piensen en sí mismos como guerreros, porque haciendo que el mundo se haya amoldado a sus delirios de grandeza ya tienen ganada su propia batalla. Estoy a punto de responder. De hacer algo tan peliculero como decir «No he podido evitar escuchar su conversación y estoy muy interesada en saber a qué se dedican ustedes: ¿son gladiadores?, ¿corsarios?, ¿son ustedes quizás conquistadores?», pero entonces la camarera se lleva mi plato vacío y me trae el plato fuerte: *okonomiyaki*.

Nunca he estado en Japón, no sé si este plato tendrá algo que

ver con su receta original o si será el equivalente a pedir una paella en Times Square; lo único que sé es que esta mezcla de sabores, de la forma en la que lo preparan en este restaurante, hace que me olvide de quién soy y de cómo me siento durante los diez o quince minutos que tardo en devorarlo. La felicidad en mi cabeza se dibuja redonda como un plato sobre la mesa.

—¿Marisa?

Levanto la vista de mi plato y observo a la mujer que ha dicho mi nombre. Es la otra mujer del restaurante. La única. La mujer barra amante barra *escort*. Me quedo mirándola sin entender cómo sus labios del color de las cerezas han sido capaces de pronunciar mi nombre. Me sonríe y la sonrío, pero no tengo ni idea de quién es ni de por qué sabe cómo me llamo. Hago un pequeño trabajo de arqueología mental, intentando sentar a esta mujer en alguna reunión de mi empresa, quizás como directiva de alguna gran empresa de cosmética. Nada.

—¡Marisa! Soy Elena, de la facultad.

Cortocircuito porque recuerdo a la perfección a Elena, mi amiga Elena, pero soy incapaz de reconocerla en la mujer que tengo delante. Elena, la chica con la que iba a museos, fumaba porros e intentaba ver películas de Bergman pero terminaba viendo películas adolescentes estadounidenses. Elena, siempre esquelética, oscura, con un halo de misterio alrededor de su figura, como una vampiresa que se desperezaba cuando caía el sol y podía amortiguar, entre las sombras, la resaca del día anterior. Elena, la que se atiborraba de comida basura después de cada fumada y luego se olvidaba para siempre de ingerir cualquier alimento el resto de los días. Elena, con la que me reía hasta que a las dos nos dolía el estómago y con la que conversaba sobre el futuro, siempre como una posibilidad infinita, siempre imaginado de una manera completamente distinta a lo que terminaría siendo. Elena, la que fue mi amiga, mi mejor amiga, hasta que nos echamos novios y empezamos a trabajar y cada vez nos fuimos viendo menos hasta perder esa conexión íntima de la que solo pueden disfrutar las personas ociosas y solteras.

—No puede ser —digo, y me pongo en pie para abrazarla.

—Cariño, espérame fuera —le indica a su acompañante al tiempo que me da un abrazo. Nos observamos con curiosidad y distancia—. Ya lo sé, estoy muy cambiada. Ahora tengo tetas.

—Elena... —murmuro mirándola—. No te reconocía.

La presencia de Elena ha sido lo único que ha hecho que los hombres de la mesa de al lado se callen durante un par de minutos. Ojalá pudiera cogerla y llevarla siempre dentro de mi bolso para sacarla y ponerla sobre la mesa en las reuniones con directivos de multinacionales y así conseguir que cierren la boca. Elena es irreal, como sacada de la portada de una revista, como si hubiese sido diseñada por un par de adolescentes pajilleros en un laboratorio. Tetas, culo, vientre plano y sonrisa blanca y recta. No puedo dejar de mirarla.

—Ya, ya, no digas nada. ¿Qué haces? —me pregunta—. ¿Qué haces con tu vida? ¿Qué haces aquí?

—Comer *okonomiyaki* —respondo.

—¡Me encanta! —dice ella.

—¿Y tú? ¿Qué haces?

—Muchísimas cosas —contesta sonriendo y cogiéndome las dos manos—. Me está dando mucha alegría verte.

—A mí también —respondo con la misma sonrisa.

—¿Por qué no nos vemos y nos contamos? No sé, ¿es una gilipollez? ¿Lo de vernos? Igual no te apetece, que estas cosas dan muchísima pereza.

—No, no —me apresuro a decir. No sé por qué estamos tan nerviosas—. Sería genial.

—Vale, pero ¿en serio? ¿Cuándo? ¿Esta tarde?

—¿Hoy?

—¿Tienes algo que hacer?

—Pues la verdad es que no —respondo—. Nunca tengo mucho que hacer.

—Genial, yo tampoco. Vamos a vernos luego, te doy mi móvil.

Apunta su número en mi teléfono móvil, me vuelve a abrazar como una madre siciliana y se marcha del restaurante dejando un rastro de perfume caro a su paso. Doy el primer bocado a mi

okonomiyaki mientras pienso en Elena, en si ella me habrá visto tan cambiada como yo la he visto a ella y en que no le he dicho ninguna mentira en toda la conversación. Es cierto que he sentido una alegría en el estómago al reconocerla y es cierto que nunca tengo nada que hacer.

—¿Tú has visto eso? —dice el de la mesa de al lado—. Menudo escándalo, si yo tuviera una así, no saldría nunca de casa. —Ambos ríen como orangutanes.

—Sssssssssh —les chisto sin mirarles. No es ya solo que me moleste su presencia y su existencia, es que sus voces no me dejan pensar.

Los dos se callan y, al poco, siguen hablando de las batallas que tienen que ganar bajando, eso sí, el volumen de su conversación unos cuantos decibelios.

Siento una especie de vértigo al recordar que Elena y yo hemos quedado esta tarde. Me da un poco de miedo que la alegría que siento ahora desaparezca. O que la realidad la entierre muy hondo. No sé si podremos comportarnos como antes, porque no somos las chicas de antes, ni si las dos mujeres de ahora lograremos conectar y encontrarnos en un plano distinto de nuestra existencia. Termino de comer y pago la cuenta. Antes de levantarme de la mesa, tomo media pastilla para la ansiedad.

Salgo del restaurante pensando en todas aquellas personas que se cruzaron en mi vida y a las que luego perdí la pista. Algunas de esas personas no fueron importantes: simplemente teníamos que compartir paredes y techo durante una serie de años consecutivos por obligación. En el colegio, en el instituto, en la universidad, en mi primer trabajo. Otras de esas personas sí lo fueron. Es como si te dejasen una marca pequeñita en la piel que de vez en cuando miras y te hace sonreír. Me da nostalgia anticipada pensar en que un día pudiera perder a Pablo por el camino igual que he perdido a otras personas. Siento lo mismo al pensar en Elena. Perderla la primera vez no fue duro, sino que fue casi natural, una decisión tomada por los dioses caprichosos de los momentos vitales, a los que dos simples mortales no pudimos escapar. Pero si la recuperase y la perdiese de nuevo es posible que me dejase un poco triste.

El calor de Madrid es sofocante y decido ir por la sombra. Nunca he tenido un grupo de amigas. Siempre he sido una persona satélite. Parte de muchos grupos pero jamás el pegamento que los mantiene unidos. He funcionado mejor en solitario, en grupos pequeños, con la salvedad de cuando me he drogado y he sido capaz de interactuar con muchísimas personas al mismo tiempo y durante muchas horas. Elena era distinta. A su lado, estaba claro quién era la estrella, pero te dejaba la posibilidad de convertirte en la estela de un cometa. Elena hablaba por los codos, sus opiniones eran marcadas y vehementes y tenía el poder de hacer que, al abrir la boca, el resto de la habitación se quedase en silencio. Y, sin embargo, también escuchaba. Tenía la capacidad de mirarte y hacerte sentir que eras vista no solo por ella, sino por todos. Como hoy. Simplemente con decir mi nombre me ha hecho recordarme tal y como era antes, como si para que exista esa Marisa tuviera que existir esa Elena.

VII

Elena me cita por mensaje a las siete y media en un bar esquinero de la plaza de las Comendadoras.

Salgo de la ducha y pongo dos conjuntos de ropa encima de la cama. El primero de ellos consiste en un *crop top* y pantalones cortos a juego, con figuras geométricas de distintos colores. El segundo de ellos en una camisa de algodón roja y unos vaqueros finos. Hace siglos que no me pongo ninguna de las dos cosas. Camino de un lado a otro de la habitación, nerviosa, olvidando dónde tengo las cosas que estoy buscando (el desodorante, unas sandalias, unos pendientes de aro). Me siento como me sentía a los veinte años antes de una primera cita. Temo no causar buena impresión. Temo que Elena piense que no soy más que una persona aburrida que trabaja en una empresa aburrida y tiene una vida aburrida. Me seco el pelo con la cabeza boca abajo, me pongo unos pendientes de aro que, finalmente, encuentro dentro del cajón de mi mesilla de noche, me maquillo con polvos de sol y me pinto la raya del ojo de negro oscuro. Me pruebo los dos conjuntos y paseo por delante del espejo de mi habitación de un lado a otro, intentando crear la ilusión de que soy una desconocida con la que me cruzo por primera vez para adivinar qué impresión me causaría si así fuera. Me decanto por el conjunto de figuras geométricas porque el reflejo me impacta más. Me calzo unas sandalias con algo de tacón en color negro y un bolsito diminuto verde con flecos que me llegan hasta la rodilla. Miro la hora y son tan solo las siete menos cuarto.

Me siento al borde de la cama y desbloqueo el móvil. Entro en Instagram. Instagram me parece la red social más insustancial de todas las redes sociales. Es como un escaparate de cosas bonitas y bebés feos. Debería estar prohibido hacer fotografías a niños

menores de dos años. Algo penado por ley, que te llegase una carta de Silicon Valley diciéndote que debes pagar quinientos dólares y que tu cuenta se suspenderá durante un mes y medio. Ningún bebé es bonito, lo mires por donde lo mires. Son como ancianos comprimidos. Se supone que el ser humano, al ser el animal más inteligente de todos, necesita nacer antes que el resto porque nuestro cerebro es más grande y nuestra cabeza mataría a nuestra madre si se terminase de desarrollar dentro de sus entrañas y luego tuviera que salir. A nadie le parece extraño que los bebés estén a medio hacer y sus cabezas sean de plastilina. Coger un bebé en brazos es como coger un jarrón de porcelana china. Pienso en todo esto mientras ignoro con la sutileza del *scroll* una foto de un bebé dentro de una piscinita de agua, pero doy *like* a una foto de un gato de la misma usuaria, dejando claros mis principios al algoritmo.

Decido mirar los perfiles de la gente que fue conmigo a la universidad. Elena no tiene Instagram. O nunca me ha seguido y yo nunca la he encontrado. Una compañera a la que le sujeté la cabeza para vomitar en varios botellones vive actualmente en Londres y todas sus fotos son de puertas de casas victorianas de barrios situados al oeste de la ciudad y de tostadas con salmón y aguacate acompañadas por un *flat white*. Otro compañero con el que me enrollé durante el segundo año de carrera regresó a su Valencia natal y tiene una tienda de muebles de diseño de segunda mano, un marido que parece su hermano gemelo y un bebé comprado en Ucrania. Otro de ellos se hizo tatuador. Otra trabaja llevando la comunicación de un festival de música y todas sus fotografías son de conciertos. No puedo saber nada de ellos a través de todas estas fotografías anodinas, estéticas y alegres salvo a lo que se dedican o dónde viven. No sé si la vida les ha decepcionado o si son moderadamente felices. No sé si toman pastillas para dormir o, por el contrario, duermen a pierna suelta cada noche. No sé si la chica que trabaja para un festival se habrá follado a algún componente de una banda importante o habrá tenido que irse a otra ciudad para comprar un cargamento de drogas para algún DJ. No sé si alguno de ellos ha estado enfermo

recientemente. No sé si sufren, si han tenido un episodio psicótico, si odian el lugar en el que viven o el trabajo que tienen. No sé si son idiotas o muy inteligentes. Si votan a la derecha o a la izquierda. Si llaman una vez a la semana a su madre o si no la llaman nunca. Ni siquiera tengo claro si sus madres están vivas o muertas. «¿Quiénes sois?», me gustaría preguntar al vacío de mi *feed*. «¿Tenéis alguna alergia alimentaria?»

Entro en mi propio perfil para ver mis fotos. Las tres últimas son: una imagen mía de espaldas en mi propia terraza al atardecer que me hizo Pablo a principios de verano con la frase «Primera cucaracha vista en la ciudad», una foto de un bulldog francés mirando al objetivo con la frase «Los perros son mis personas favoritas» y una foto de un meme de un perro sentado en una cocina mientras todo arde a su alrededor que dice «*This is fine*». Me entra la risa al pensar en mi propia imagen a través de redes sociales. Tampoco sé quién es esa persona. Ni siquiera recuerdo de quién era ese bulldog. Pese a mi rechazo absoluto a un lugar como Instagram, hay días en los que siento que yo también necesito habitarlo de alguna forma. Es como un recuerdo propio lanzado a una red de millones de recuerdos para recordarle al resto, y a mí misma, que yo también existo, que yo también estoy. Miro la hora y son las siete y cinco. Abro el armario donde suelo guardar el alcohol, me tomo un chupito de vodka, me enjuago la boca con Listerine y salgo a la calle.

Cuando llego al lugar de nuestra cita, Elena ya está sentada en una de las mesas. También se ha cambiado de ropa: lleva un vestido de lino fresco, en color hueso, con grandes botones de carey y sandalias planas. Se ha recogido el cabello y parece una actriz italiana de los años sesenta interpretando a una *mamma* sexi. Llego hasta su mesa y volvemos a saludarnos con efusividad, nos damos un abrazo que dura como todo el tiempo que llevábamos sin vernos y me siento a su lado.

—Me he pedido una copa de vino, pero si quieres pedimos una botella para las dos —me dice.

—Me parece bien.

El camarero descorcha una botella para nosotras y nos deja al

lado una cubitera. Me sirvo y bebo un largo trago con ansia. La gente de las mesas de alrededor pide rondas y ríe. Unas cuantas personas pasean de lado a lado de la plaza intentando encontrar una mesa libre, al acecho, buitres de las terrazas de Madrid. Los niños se alborotan en el parque, los balones vuelan de un lado a otro y las viejas no dejan de repetir «¡Cuidado!» y de preguntar al aire: «¿De quién es ese niño?». Los niños en los parques no son propiedad de nadie. Ese es su reino y se debe respetar.

—Estás muy guapa —me dice Elena.

—Qué va, estoy... —Echo un vistazo a mi conjunto y me doy cuenta de que quizás debería haberlo planchado antes de salir de casa—. Estoy disfrazada.

—No, disfrazada ibas esta mañana.

La miro pensando en que tiene razón.

—Tú sí que estás impresionante, Elena, casi no te reconozco.

—Me he operado.

—¿El qué?

—Pues... todo. —Se mira de arriba abajo acompañando el gesto con sus brazos, como si fuese una azafata de la teletienda enseñando un producto que alguien puede comprar pagándolo en cómodos plazos—. Prácticamente todo. Soy una mujer llena de plástico, soy como el océano Atlántico.

—Pero estás feliz. —No pregunto, afirmo.

—Bueno. —Le da un trago a su copa de vino—. A ratos, como todo el mundo. Ahora mismo, sí.

Y es así de sencillo, tan sencillo como no responder «bien» cuando alguien te pregunta «¿qué tal?», como Elena me empieza a contar la historia de su vida desde que nos separamos hasta que nos hemos vuelto a encontrar. Con detalles, con ramas que salen del mismo árbol de su historia y terminan dando un fruto sabroso e inesperado y con otras que acaban secándose, llegando a ninguna parte, y volviendo a un punto ya olvidado de la historia después de preguntarse que por qué me estaba contando esto otro. Como las buenas historias que no tienen ni principio ni final.

Me cuenta que su hermano pequeño estudió Medicina, que ella descubrió que la razón por la que a veces le dolía el estómago

era por una intolerancia a la lactosa y que echa mucho de menos el queso. Me cuenta la divertida historia que vivió en el vuelo de ida de su viaje a Brasil, donde coincidió con un hombre que había ganado un *reality show* en los noventa y se comportaba como si fuese una estrella de Hollywood, aunque nadie supiera quién era. Me cuenta que pensó muchísimo en mí cuando por fin se leyó un libro que me tuvo obsesionada toda la facultad y que le regalé. Me cuenta que pensó en llamarme. Me cuenta que no tiene muchos amigos. Y me pregunta, me pregunta, me pregunta. Le hablo de la ruptura con ese novio que ella conocía, le cuento un episodio de luz de gas en que me intentó hacer creer que en España había dejado de venderse queso parmesano porque fue incapaz de encontrarlo en el supermercado. Le cuento cuando me bañé en una playa de Naxos, en el mar Egeo, y me pareció todo tan bonito que me eché a llorar mientras nadaba. Le cuento que mi trabajo me parece un infierno. Le pregunto por su vida. Le pregunto qué hace. Le digo que, aunque antes no la hubiese reconocido en el restaurante, ahora me vuelve a parecer la misma persona porque me he acostumbrado a su nueva cara.

—A ver, ¿te acuerdas de Gustavo? ¿Mi novio de la facultad?

—¿Era un chico que tenía las piernas muy cortas?

—No, ese era Pedro, le llamábamos Patipedro —me dice—. ¿Te quedaste en Pedro? ¿No conociste a mi novio facha?

—No me suena, creo que ya no nos veíamos tanto.

—Es verdad —suspira—. Pues a ver, Gustavo y yo empezamos a salir durante el último año de carrera, él estudiaba Administración y Dirección de empresas y en realidad estaba forrado. Nada más terminar montó un restaurante, su rollo era la restauración, ya sabes. Ahora tiene tres más por Madrid.

—Ajá. —Doy otro trago a mi copa de vino—. ¿Qué tipo de restaurante?

—Mmmm... pues era el típico restaurante de ahora, con mesas grandes de madera que te obligan a sentarte con gente que no conoces, sillas de terciopelo en tonos empolvados y muchas plantitas de interior, de estos que tienen una carta de cócteles a doce euros y una carta con tapas de toda la vida pero con un toque

fusión que definen como «castizo chic». Y todos tienen nombre de mujer: Casa Manolita, Villa Paquita, Doña Ciruela.

—Ciruela no es un nombre de mujer —repongo riéndome.

—Debería serlo —dice, y levanta la copa a modo de brindis—. Pero, a ver, ¿qué más da qué tipo de restaurante?

—Ayuda a saber qué tipo de persona era.

—Pues un neoliberal que abrió un restaurante para neoliberales. —Termina su vino de un trago y se sirve otra copa. Me rellena la mía sin preguntar, desparramando parte de su contenido sobre la mesa, un hecho que a estas alturas de la tarde nos da exactamente igual—. Yo debo reconocer que me sentía fascinada, él me aburría soberanamente, pero su mundo me interesaba mucho, con todos esos amigos que eran hijos de ministros o de dueños de cajas de ahorros, ¿sabes? Personas ignorantes de todos los privilegios que han tenido desde la cuna e ignorantes a secas, porque eran tontísimos, no habían leído un libro en su vida más que la puta biografía de Steve Jobs o algo rollo *¿Quién se ha llevado mi queso?*

—Sí —asiento—. Esos que de niños son muy rubios, pero cuando se hacen mayores todos terminan pareciéndose a José María Aznar.

—¡Exacto! Me lees el pensamiento. Y que de repente se flipan por algo y no te dejan de hablar del *big data* o las criptomonedas e invierten todos sus ahorros en algo de eso.

—Y que luego se suicidan.

Elena suelta una sonora carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Bueno, ¿y qué pasa con Gustavo? ¿Estás casada con él?

—Qué va, tía, no estoy casada con nadie —contesta riéndose —. Yo por aquellas seguía con mi rollito *arty*, trabajaba de chica para todo en una galería de arte pequeñita que no me daba demasiada guerra y luego en mi casa me dedicaba a hacer *collages*.

—¿Y entonces? —pregunto verdaderamente interesada, verdaderamente pedo.

—Me di cuenta de que era justo la mujer que Gustavo quería: una novia guapa, carismática, artista y de izquierdas para darle el

puntito punk a su vida y no ser como el resto de sus amigos fachas que se iban a casar con una chica de pelo castaño y botas marrones. —Le da otro trago a su copa de vino y me mira ansiosa —. Me di cuenta de que mi vida era una *performance*: ni le quería, ni me gustaba especialmente esa vida, ni yo era del todo yo cuando estaba con él. Todo era actuación. —Elena se queda en silencio y me observa con atención, como solía hacer en nuestra etapa universitaria para comprobar si ya me había subido el porro.

Doy otro trago a mi copa de vino y la miro. Le miro la cara, en la que sus pómulos se marcan más de lo que se marcaban cuando pesaba lo mismo que un gorrión, donde sus labios antes finos ahora sobresalen de manera voluptuosa y al mismo tiempo naturales, como fruta de temporada. Elena se deja mirar porque está convencida de que la entiendo. Y creo que la entiendo como nos entendíamos con veintiún años sentadas en un portal no muy lejos de aquí con cubatas y cigarrillos en las manos mientras hablábamos de artistas vivos, pero sobre todo de artistas muertos. Observo ahora el bulto de sus pechos de plástico guarecidos en ese vestido fresco. Proceso la información que me acaba de revelar, que seguro que no le ha revelado de esta forma a nadie, y me parece la mujer más interesante de todo el planeta.

—Y seguiste —respondo fascinada.

Elena me mira abriendo muchísimo los ojos y asiente. «¿Por qué parar ahí?», dice que se preguntó. «¿Por qué no explorar otros caminos de la feminidad normativa? ¿Por qué no explotarlos? ¿Por qué conformarse con ser la esposa *arty* del dueño de tres restaurantes pudiendo ser otras cosas? ¿Por qué no?» Por qué no aprovecharse al máximo de los beneficios que una cara y un cuerpo pueden darte. Por qué no asumir de una vez que hay hombres que siempre nos van a mirar desde arriba y que merecen que les saquemos todo su dinero. Hombres ricos, hombres importantes. Me dice: «Los caminos de la feminidad son inescrutables». Y me dice también: «El heteropatriarcado siempre nos va a poner en la posición de objetos». Y luego lo vuelve a repetir en otros términos porque está tan borracha que no es consciente de que ya ha llegado al quid de la cuestión. También me

confiesa que a veces se mira en el espejo y se gusta y otras se mira y no sabe quién es, y yo le digo que la entiendo.

Elena convenció a Gustavo para que le pagase una operación de aumento de pechos y Gustavo, encantado, se la pagó. Entonces Elena comenzó a recibir muchísimas atenciones por parte de la clientela masculina de aquella pequeña galería de arte y pensó que un par de tetas —que le habían salido gratis— eran un precio justo a cambio de una vida sin apenas trabajar y dedicándose a lo que le gustaba. «No me gustaba trabajar, tía, siempre que entraba estaba pensando todo el tiempo en mi hora de salida.» Me cuenta que lee mucho, que escribe mucho, que ve muchísimas películas y que está algo sola pero que es feliz la mayor parte del tiempo. Y me cuenta que a veces duda de si no se habrá aprendido un discurso, su propia narrativa, para no aceptar que en realidad se ha convertido en una auténtica mujer capricho y no en la *performance* de una mujer capricho, pero que también le da igual porque sigue haciendo sus *collages* en su casa y vendiéndolos por Internet y cuando le falta dinero llama a uno de sus «amigos» para decirle que se le ha estropeado la caldera y su «amigo» le ingresa 350, 450, 500 o 600 euros a fondo perdido para que no pase frío. Me cuenta que la mayor parte del tiempo vive sin remordimientos. Mira hacia el parque infantil y pregunta: «¿Qué más da el cuerpo, Marisa?». Dice que el cuerpo es una herramienta, nada más, como el lienzo de un pintor o el trozo de mármol de un escultor. Y me pregunta qué opino yo.

—No lo sé —respondo. Y le pedimos al camarero otra botella de vino—. Yo siento que actúo en todo momento en la oficina, eso también es una especie de *performance*.

—La vida es una *performance* —afirma Elena, borracha.

—Y me gusta pensar que es un juego, que nada me contamina, que voy allí todos los días pero que sigo siendo un ave de paso, que algún día dejaré ese trabajo y podré escupirle en la boca a Maika o dejarle un zurullo en su mesa como esa mujer que ganó la lotería y cagó en el escritorio de su jefe, pero al mismo tiempo me parece imposible. Me da la sensación de que no hay escapatoria, de que todos estamos condenados a interpretar el

papel que nos ha sido asignado.

—¿Quién es Maika?

—Una subnormal.

La noche empieza a caer sobre nosotras y la tarde parece un sueño lejano. Uno de esos sueños en los que tienes delante a una persona a la que conoces pero que no es del todo ella. Como Elena. Físicamente es otra cosa, pero se mantiene la esencia. Le transmito esta idea de manera etílica y poco clara y ella me dice que me entiende. Me repite dos o tres veces que no es prostituta, que lo quiere aclarar, pero luego me recuerda que somos feministas y que no pasaría nada si lo fuera.

—¿Sabes cuando dicen… —reflexiona borracha, mirándome a mí y al mismo tiempo a la farola que está ya iluminada detrás de mí—… «Es una profesión denigrante» o «Si no tuvieran que dedicarse a eso, ¿crees que lo harían?»? Y yo pienso: «Pero vamos a ver, putísimo anormal, ¿y no es denigrante subir cuatro pisos para entregarle a un idiota una hamburguesa? Si te tocase la lotería, ¿irías mañana al trabajo?».

Le digo que lo entiendo. Y luego nos decimos lo inteligentes y lo brillantes que somos. Nos decimos que tenemos que vernos más y brindamos por una vida de *performance*, por ser las mayores artistas del mundo occidental, por vivir tan dedicadas al arte que seremos capaces de vivirlo hasta sus máximas consecuencias.

Nos vamos de la terraza cuando el camarero nos indica que van a cerrar el bar y nos trae la abultada cuenta. Hemos bebido tres botellas de vino y vamos completamente borrachas. Elena me pregunta dónde vivo para acompañarme a casa, dice que ella se cogerá después un taxi. De camino a mi casa, me paro a vomitar entre dos coches mientras Elena me sujeta el pelo y me dice que esté tranquila y que no me preocupe porque no viene nadie, aunque veo pasar a un señor con un bulldog francés que musita algo así como «Qué asco». Cuando consigo sobreponerme, cuando ya no siento más arcadas, caminamos cogidas del brazo hasta llegar a mi portal. Voy tan borracha que es Elena la que tiene que abrir la puerta del portal y también la de mi casa. Me tumbo en la cama y Elena me quita los zapatos y la ropa y la dobla

meticulosamente encima de la silla. Va al cuarto de baño y vuelve con discos de algodón y agua micelar. Me dejo hacer. Elena me desmaquilla con cuidado, en silencio, pasando los discos de algodón con suavidad por encima de mis párpados, por mi frente, por mis mejillas, mi barbilla y terminando en mi cuello. Sonrío.

—Vi un hilo en un foro de Internet el otro día que me hizo gracia —digo con los ojos cerrados—. Imagina que estás de vacaciones con tu pareja y de repente tu pareja desaparece de forma misteriosa, tú llamas a la policía y te pasas el día buscándole con las autoridades, y llegas por la noche al hotel, cansada, pensando en que tu marido seguramente haya muerto, pero aun así al día siguiente tendrás que continuar buscando con la policía desde bien temprano... ¿Te haces esa noche la *skincare*?

—Por supuesto que sí —responde Elena.

—Yo también. —Sonrío con los ojos todavía cerrados, los abro y la observo sentada en el borde de la cama, con la cabeza ladeada, mientras me acaricia el pelo—. Tengo miedo, Elena.

—¿De qué?

—De que todo el mundo se olvide de mí.

—Nadie se va a olvidar de ti, Marisa.

Elena termina de peinarme con sus dedos sin decir nada más. Después, me deja un vaso de agua y una pastilla de ibuprofeno en la mesilla de noche. Observo su silueta en el marco de la puerta de mi habitación. Elena con el teléfono móvil en la mano, supongo que pidiendo un taxi. Me devuelve la mirada y me dice que cierre los ojos. Asiento, pero no lo hago. Al cabo de unos minutos se marcha, cerrando cuidadosamente la puerta para no hacer demasiado ruido y dejarme descansar.

Doy vueltas en la cama, tratando de encontrar una postura que haga que todo deje de girar a mi alrededor, pero no lo consigo. Me incorporo lentamente, hasta quedarme sentada en el borde del colchón, y me bebo el vaso de agua intentando controlar las arcadas. Respiro hondo. Sigo borracha y tengo la sensación de que no puedo pararme quieta o moriré. Llega una edad en la que las borracheras dejan de ser divertidas y comienzan a ser un portal abierto a nuestros infiernos en la Tierra. Las resacas, no quiero ni

pensarlo: ese será un problema de la Marisa del futuro.

Me levanto y paseo por mi habitación, intentando calmarme. Tengo taquicardias, pero si me tomo un Orfidal ahora, mañana me despertaré como si me hubiesen pegado una paliza. Creo que puedo controlarlo hasta cierto punto. Sé que mi cerebro está vomitando hasta la bilis toda la serie habitual de pensamientos intrusivos. Nadie me va a querer nunca. Siempre voy a estar sola. Nunca llegaré a ser feliz. No le importo a nadie. Nadie sabe de verdad cómo soy. Soy una impostora, una fingidora profesional, una maestra del engaño. Por eso todas mis relaciones fallan. Por eso todos se van. Por eso nadie me quiere. Siento una enorme culpabilidad por todas las cosas que habría podido hacer para no llegar a esta situación, y también por todas las cosas que no hice y que me han hecho terminar así. Intento tranquilizarme. Deambulo por mi habitación, alrededor de la cama, poniéndome la mano derecha en el pecho para estabilizarme. Imagino la voz de Elena diciendo: «Todo va a estar bien, Marisa». Y la voz de Elena en mi cabeza se transforma sílaba tras sílaba en la voz de Rita. Sé lo que me pasa. Sé por qué no puedo quedarme tranquila en mi propia habitación.

Voy hacia el armario, abro las dos puertas. Dentro, al fondo, se encuentra la caja que perteneció a Rita, cogiendo polvo desde el día en que me la traje a casa. Sabía que este día llegaría tarde o temprano. La saco con delicadeza y la llevo a la cocina. La pongo sobre la mesa de madera y la sujeto con las dos manos. Me siento como si estuviera a punto de hacer una autopsia, y esta idea me vuelve a producir arcadas. Respiro hondo y abro la caja para ver el contenido, que empiezo a sacar y a disponer sobre la mesa como tantas veces he visto que hacen en series como *CSI*. Aquí dentro hay una persona. O lo que queda de ella.

Prueba A: Un chal de *pashmina* en color berenjena que Rita siempre tenía colocado en el respaldo de su silla porque decía que el aire acondicionado le daba frío. En los días más calurosos, Rita se lo ponía sobre los hombros y alrededor del cuello y paseaba por la oficina como si fuera una versión moderna de Fedora sin gafas de sol, pero con el mismo nivel de chaladura. Lo acerco a mi rostro

para ver si huele a ella, pero no huele a nada.

Prueba B: Una colección de 24 lapiceros de colores, marca Faber-Castell. Poco usados.

Prueba C: Una imagen enmarcada, sacada de un meme de Internet, que Rita tenía en su mesa como otras personas tienen sus felices estampas familiares. Pertenece al episodio de *Los Simpson* en el que Homer tiene que dejar su sueño de trabajar en una bolera y volver a la central nuclear porque Marge está embarazada por tercera vez, de Maggie, y el sueldo en la bolera no es suficiente para una familia de cinco miembros. En la escena final, su jefe, el malvado señor Burns, le regala una chapa a Homer que coloca en su puesto de trabajo y que Homer tiene que ver todos los días de su vida, que dice «DON'T FORGET. YOU ARE HERE FOREVER» («No lo olvide. Está aquí para siempre»). Homer tapa el mensaje con distintas fotografías de su hija recién nacida, hasta que lo que puede leerse es «DO IT FOR HER» («Hazlo por ella»). Rita ha cambiado las fotos de Maggie por imágenes donde se puede leer «La nómina».

Prueba D: Un pequeño neceser de plástico transparente con un cepillo de dientes, dentífrico e hilo dental.

Prueba E: Un ejemplar de *El talento de Mr. Ripley*, de Patricia Highsmith, con el punto de lectura situado casi al final, que me recuerda a la primera vez que nos sentamos frente a frente en el comedor.

Prueba F: La taza que le regalé a Rita, con la inscripción «Tu incompetencia no es mi urgencia» en letra Comic Sans. Porque me pareció gracioso regalarle algo en Comic Sans a una diseñadora gráfica. Está mal lavada y tiene todavía las manchas de café. Quizás del último café que se tomó en su vida.

Prueba G: Una libreta negra. La libreta negra que Rita llevaba a las reuniones y tenía sobre su mesa. La abro y observo por encima sus primeras notas. «Entregar PPT de Fritos Gourmet maquetado: viernes 17.» «Reunión cliente energéticas martes 7 a las 12:30 (Avenida de América).» «Ideas reunión día 5 campaña You Look Good Make Up: maquillaje sin maquillaje, rostro natural, colores pastel pero tirando a neutros, diseño girly pero no ñoño,

inclusividad (poner a una mujer negra).»

Compruebo cómo Rita solía hacer pequeñas caricaturas de los personajes con los que se iba topando en la oficina. Son dibujos pequeñitos, simpáticos, colocados siempre en los márgenes, al final de alguna reunión. Hay un dibujo de alguien que es claramente Ramón, lleva un traje que le viene algo grande y una malla con un kilo de mandarinas en la mano derecha, de un bocadillo sale la frase «Cuanto más hacemos, más podemos hacer». Sonrío. En otra de las imágenes aparece el que intuyo que es Fermín, un chico joven que trabajaba con Rita en el departamento de diseño, y que solía hacer comentarios asquerosamente machistas sin ser consciente de lo asquerosamente machistas que eran. Sobre él, la frase: «No, pero me gustaría verlas». Frunzo el ceño. Voy hacia las primeras páginas de su cuaderno, intentando recordar en qué fechas fue la primera vez que Rita y yo nos conocimos, antes de sentarnos juntas a almorzar todos los días.

Voy viendo las punzantes caricaturas de varios de mis compañeros, hasta que, por fin, me encuentro. Esa soy yo. Ese es mi corte de pelo, ese es un conjunto que podría haber llevado a la oficina: una camisa blanca y unos pantalones pitillo con unas Converse en color blanco. Un disfraz de creativa, arreglada pero un poquitito informal. Un disfraz de payasa. Mi mini yo tiene el teléfono móvil en la mano derecha y en la izquierda una cajita blanca. Leo la frase que aparece dentro de mi bocadillo: «Hasta que no me tomo el primer Orfidal del día no soy persona». Trago saliva. Voy a la página anterior y a la página siguiente intentando averiguar en qué momento me dibujó. ¿Fue después de nuestra conversación en la cafetería? ¿Cómo, si no, podía saber que estaba tomando medicación para la ansiedad? La boca se me vuelve a secar. Mi caricatura me parece mucho más cruel que la del resto de mis compañeros, más personal, más dañina, también más certera. Quizás porque me conocía mejor. Quizás Rita era una hija de puta con todos, incluida yo. Quizás no le caía bien. Quizás me odiaba. No. No puede ser. Quizás Rita estaba peor de lo que todos pensábamos, peor de lo que todos creíamos ver.

Paso las hojas para acercarme a agosto del año pasado.

«Reunión Ramón, lunes 8, 10:30 (en su despacho).» «Ideas reunión día 10, campaña coches eléctricos: neón, guitarras eléctricas, Bob Dylan, camino de lo analógico a lo eléctrico (entrega día 29).» «Maquetar presentación aspiradoras inteligentes: día 16.» «Reunión Let's Make It (organización de eventos), día 14, 11:30 (Cuzco).» Entre medias, garabatos, dibujos, ilustraciones. Un demonio diminuto en la esquina derecha de una de las hojas con un bocadillo que dice «*9 to 5*». Una máquina de café de oficina con el dibujo de un atardecer en una playa paradisíaca y el mensaje «Disfruta de tus 5 minutos». Un dibujo de su sitio en la oficina, con ella mirando su ordenador; a través del cristal desde el que Rita solía contemplar el mundo exterior, se observa la Gran Vía en ruinas con dinosaurios, zombis y humanos intentando matar a los zombis, vampiros, el monstruo de Frankenstein, patinadoras, bomberos, astronautas, a Jesucristo bajando del cielo. Después de ese dibujo, ya no hay nada más. Supongo que esto contaría como nota de suicidio.

Me pongo el chal sobre los hombros. Llevo su neceser a mi cuarto de baño. Dejo su libreta y el libro de Patricia Highsmith sobre mi mesilla de noche. Vuelvo a meter cuidadosamente el resto de los objetos dentro de la caja. Guardo de nuevo la caja, cerrada, en el fondo del armario. Me bebo otro vaso de agua con el ibuprofeno que me dejó Elena sobre mi mesilla de noche. Miro el reloj y son las cuatro de la madrugada. Me tumbo en la cama, tapada únicamente con el chal de Rita. Saco la pierna derecha para tocar el suelo cuando siento que la habitación empieza a dar vueltas. Un pensamiento cruza mi cabeza, casi una fantasía: en *El talento de Mr. Ripley*, el protagonista, Tom Ripley, asesina y suplanta la identidad de Dickie Greenleaf, un joven multimillonario que está disfrutando de la vida bohemia en el sur de Italia. Quizás Rita leyó la novela y tuvo la idea de cambiar de identidad, de desaparecer, de fingir su propia muerte para no dar explicaciones.

Acaricio el suave chal mientras fantaseo con esa posibilidad, hasta que me doy cuenta de que esas cosas tan solo suceden en la

ficción. La vida real es mucho más ordinaria: viajes en metro, tardes en el supermercado, llamadas del servicio de atención al cliente de tu compañía telefónica, revisiones ginecológicas, cestos de ropa sucia que se acumulan en el cuarto de baño, dentífricos apretados y doblados para sacar hasta la última gota, mensajes sin contestar a gente a la que quieres contestar y mensajes contestados a gente que te da igual, facturas, tarjetas de fidelización de La Sirena o del Carrefour acumuladas en la cartera, tiempos muertos, esperas, libros sin leer, tickets de compra, bayetas que huelen a húmedo, una limpieza a fondo de la cocina en la que has cocinado algo con mucho aceite. En la vida real existe el aburrimiento, el desasosiego, situaciones que no sirven para nada porque no conducen a nada, que no hacen crecer al personaje ni avanzar de forma alguna en la trama. Además, ¿cómo podría haberlo hecho? ¿Y por qué razón? ¿No habría sido más fácil ir a Recursos Humanos y dimitir, tomarse un descanso y cambiar de aires? Y, sin embargo, la idea de Rita bajo otro nombre, en otra ciudad, me calma y me da cierta paz.

Cojo su libreta de nuevo y repaso sus ilustraciones, esas que se tornan cada vez más crípticas y oscuras conforme entramos en el mes de agosto. Vuelvo al principio. A todas esas notas tomadas en reuniones, a todas esas fechas de entrega y plazos. A todos esos proyectos que empezó y terminó para luego tener que empezar y terminar otros, como en el mito de Sísifo. Sus días, en el fondo, tan parecidos a los míos… Su descontento y el mío, tan similares, tan permanentes, tan mortales… Un día que lleva a otro. Un fin de semana. Luego otra semana entera. Seguir y seguir, hasta no reconocerse. Rita lanzándose a las vías del tren una calurosa mañana de agosto. Arriba, en el andén, gente quejándose porque va a llegar tarde a trabajar. Me abrazo al chal de Rita y siento una enorme angustia que me oprime el pecho. Me entran ganas de llorar. No hay posibilidad de que Rita esté viviendo en San Remo. Lo sé. Dejo la libreta de Rita de nuevo sobre mi mesilla de noche, cojo el teléfono móvil y abro YouTube. Me pongo una lista de reproducción de unos vídeos donde gente rica y famosa hace un tour por el interior de sus casas. «Hola, soy Gwyneth Paltrow,

bienvenidos a mi casa en Hollywood Hills, California, ¡pasad!» Veo al menos siete vídeos hasta que siento que las voces en inglés de mujeres ricas de California empiezan a tener un efecto calmante sobre mí. Mis latidos se espacian. El sueño comienza a abrazarme. Cuando me quedo dormida, siento la cara húmeda. Las lágrimas me resbalan por las mejillas.

VIII

Me despierto con la boca hecha un desierto y agarro el vaso de agua como si fuera una mano que me impidiese caer al vacío. La luz del día se cuela por la ventana de mi habitación mientras me lleno la boca, la garganta y el estómago de líquido. Me duele la cabeza y la luz me molesta en los ojos. No sé si voy a vomitar. Una de las cosas que más echo de menos de mis veinte años es la ausencia de resacas. El hecho de despertarme como una rosa aunque me hubiese acostado una hora antes y no amanecer con estas ganas de tirarme por un barranco para acabar con el mal cuerpo.

Cojo el teléfono móvil y miro la hora: son las diez y media. Natalia me ha escrito por WhatsApp para preguntarme si voy a ir a la oficina, que quiere consultarme algunas cosas. No tengo ningún mensaje de ningún superior: ni en WhatsApp ni en el correo electrónico. Afortunadamente sigue siendo agosto. Escribo de vuelta a Natalia: «Hola, Natalia. No podré ir hoy a la oficina, ayer cené algo que me sentó regular». Natalia aparece en línea al instante. «¡Ay, pobre! ¿Qué pasó? ¿Necesitas algo?» Pasó que ayer me bebí todo Madrid y parte de Toledo, Natalia, porque soy una auténtica desgraciada. Pasó que vomité entre dos coches y que me tuvieron que meter en la cama, Natalia. Pasó que quedé con una amiga, Natalia, y hacía mucho tiempo que no podía decir eso. Y no una amiga cualquiera, no una persona grisácea y común, sino una mujer fascinante, cultísima, inteligentísima y absolutamente bella que ha decidido ponerse tetas para sacarle el dinero a viejos y no tener que ir a la oficina a responder preguntas a personas como tú. «No sé, pedí sushi, algo estaría en mal estado», contesto. «Hay que tener cuidado con el pescado crudo en verano», comenta. Pobre Natalia, qué buena es. Qué culpa tiene ella de que a mí me duela la

cabeza como si dentro tuviera un circo de provincias.

Me levanto y bajo las persianas para convertir mi dormitorio en una cueva, sacudo las sábanas, enciendo el aire acondicionado, voy al cuarto de baño a lavarme los dientes y me vuelvo a tumbar en la cama. Pienso en esa lista de tareas pendientes que ayer me veía tan capaz de hacer: es jueves, así que dispongo de un día para terminar mi parte de la campaña de Navidad y organizar la charla del *team building*. Puedo descansar un par de horas más y después ponerme con ello. Abro YouTube, mi salvación. Miro la pantalla luminosa con el océano de opciones a mi alcance. Me ofrece un vídeo de una señora que te enseña a tricotar. El vídeo dura cuarenta y cinco minutos. Le doy al *play*. Es una señora adorable de pelo canoso que viste con colores muy chillones. La loca del pueblo. «Este jersey me lo hice yo», dice después de presentarse. «Y hoy os voy a enseñar los principios de la aguja para que no tengáis que volver a Zara.» Sonrío. Me tumbo de lado con la señora explicando los procesos, la diferencia entre distintos hilos y agujas o los tipos de nudos y poco a poco voy entrando en un sueño calmado y en compañía.

Abro los ojos varias horas más tarde. Son las cuatro y diez de la tarde y tengo hambre. En YouTube está la misma señora con otro jersey todavía más chillón. Abro una *app* de comida a domicilio y pido un pollo asado con patatas y pimientos. Me pongo en pie y voy a darme una ducha. Si no estuviera obligada a trabajar, no dolerían tanto estas resacas. Detesto la sensación de tener que ser siempre una persona funcional cuando lo que a mí me gustaría es convertirme en despojo. Dormir cuatro horas, despertarme y ver un documental, comer a las cinco de la madrugada, salir a pasear a las doce del mediodía, pararme en todos los escaparates y sentarme después en una terraza al sol para disfrutar de un aperitivo entre semana, cuando nadie tiene tiempo para sentarse en una terraza al sol para disfrutar de un aperitivo. El cuerpo solo necesita tiempo para recuperarse de cualquier cosa: del peor de los accidentes a la peor de las resacas pasando por la peor de las rupturas. Bajo el agua fresca de la ducha me siento rejuvenecer. Salgo de la ducha y me pongo ropa limpia. Me dejo

secar el pelo al aire. Me unto en crema. Mi pedido llega y lo sirvo en la mesa de la cocina. Cojo el ordenador portátil y, mientras me como el pollo y engullo los pimientos, abro el correo electrónico del trabajo para organizar las ideas de la campaña de Navidad.

Abro primero el PowerPoint que me mandó Natalia. Como siempre, es un documento perfecto, muy trabajado, al que le habrá dedicado mucho tiempo y energía. Voy pasando página a página como un autómata leyendo solo las frases en negrita. Las mujeres compran ahora menos regalos pero se gastan más dinero en un regalo único. Existe una tendencia hacia el autorregalo. Es muy importante situarse como marca «*top of mind*». En Navidad, funciona mejor aquello que viene etiquetado como «lujo» porque la gente siente en esas fechas que tiene más derecho que nunca a darse un capricho. Mucha gente regala en Navidad, pero el regalo fuerte continúa siendo en Reyes. Los productos que más se compran en Navidad siguen siendo perfumes. Toda esta información me resulta deprimente: adultos comprando productos impersonales y vacuos, adultos comprando productos para llenar vacíos, adultos comprando cosas para demostrar a otros adultos que les tienen cariño, midiendo ese cariño en función del coste de todas esas cosas. Productos y más productos que servirán para que sus vidas sean mejores o, al menos, no peores y que terminarán, tarde o temprano, en un enorme vertedero donde serán destruidos y mandados posteriormente al espacio. Le mando un email a Natalia diciéndole que está muy bien todo y que en breves le pasaré ideas que deberá incluir en la presentación para que el equipo creativo las desarrolle la semana próxima. Empiezo ahora con las ideas que me han pasado los alumnos. Se nota que se han esmerado, porque siempre se esmeran. Mi trabajo consiste en descubrir quiénes, además de esmerarse, han dado con alguna idea decente y qué ideas podrían servirme a mí. Se trata de coger las ideas de otros, volcarlas en un documento y pasárselo a Natalia.

Miro el primer PowerPoint que he descargado. Perfume, labial, crema para mujeres de más de cuarenta y pack de sombras de ojos. La primera diapositiva del PowerPoint lanza la pregunta: «¿QUÉ QUIEREN LAS MUJERES?». La segunda diapositiva

responde: «SENTIRSE ÚNICAS Y ESPECIALES». Frunzo el ceño. El alumno 1 propone una ruta creativa cuya idea principal es «SÉ LA MUJER QUE QUIERES SER, NO LA QUE TE DICEN QUE SEAS». No estaría mal si no fuese como otros novecientos anuncios. Como si las mujeres fuésemos *drag queens* o serpientes que pudiésemos mudar de piel a nuestro antojo o cangrejos ermitaños, dispuestas a encontrar a la siguiente mujer que queremos ser.

Abro el email de alumna 2, que incluye un documento Word adjunto con ideas bajadas para cada uno de los cuatro productos. Desecho todo salvo el de la crema de mujeres de más de cuarenta años: «¡Sí! ¡Tengo más de cuarenta!». El argumento de la alumna 2 es incidir en la necesidad de sentir orgullo por tu edad y dejar de esconderla. Puede ser un buen punto de partida. «¡Sí! ¡Mis resacas ahora duran tres días!» «¡Sí! ¡Mi regla empieza a ser irregular!» «¡Sí! ¡Cualquier tío con el que me acuesto piensa que busco una relación estable!» «¡Sí! ¡Se me empiezan a caer las tetas!» Por qué no.

Alumno 3 me manda un PowerPoint en tonos oscuros donde predominan las palabras *pasión*, *deseo* y *noche*. Copio y pego una frase: «Soy más yo cuanto más me gusta mi reflejo».

Alumno 4 me manda un documento de 37 páginas que leo en diagonal: una especie de manifiesto sobre los cánones de belleza inalcanzables y la necesidad de que los publicistas nos creamos nuestros mensajes y seamos más honestos con lo que vendemos. Deseo con todo mi corazón que encuentre un trabajo que no tenga nada que ver con la publicidad. Le robo unas cuantas frases.

Abro otro email: «La revolución está dentro de ti». Otro más: «Te ayudamos a explotar tu belleza natural». Otro: «Lo único que necesitas para ser tú». Parece que estas mentes frescas tienen un denominador común: han comprado los nuevos mensajes de empoderamiento a través del maquillaje y los productos de cosmética y esa idea de que has dejado de hacerlo para los demás y lo haces para ti misma.

Miro el reloj y me doy cuenta de que llevo dos horas leyendo mensajes de mis alumnos. También llevo un documento de cuatro páginas. Creo un documento de Word en el que copio y pego las

partes más interesantes y las frases más llamativas que he encontrado, redacto el mensaje para que todo parezca escrito por la misma persona y no por veinte adolescentes puestos de anfetaminas, busco palabras que suenen mejor, expresiones que se adapten más a lo que suele gustar a un cliente, voy dando forma a un documento con muchísimas ideas para que, en conjunto, queden medianamente decentes. Me siento como la condesa Erzsébet Báthory, que pasó a la historia como «la Condesa Sangrienta» por beberse la sangre de sus doncellas más jóvenes creyendo que eso la mantendría eternamente joven. O quizás soy como un extraterrestre sacado de una historia de ciencia ficción sobre invasiones, chupando el cerebro y las ideas de personas más jóvenes para adquirir un conocimiento universal. O como uno de esos zombis que comen cerebros por necesidad y hambre. O puede que no sea un monstruo en absoluto, y que no tenga que buscar en leyendas populares o relatos de ciencia ficción para encontrarme: quizás solo soy el resultado de una vida de trabajo y cansancio, y ahora me apropio de otras ideas como antes otras personas más viejas se apropiaron de las mías. Puede que solo sea otro ser humano infeliz manteniendo el *statu quo* por pura desidia. Otra adulta estancada que ha perdido las fuerzas para cambiar las cosas. Algo que, pensándolo bien, tal vez me convierta en el peor tipo de monstruo que existe. «¡Sí! ¡Soy una hija de puta!»

Abro un nuevo email y pongo en copia tanto a Natalia como al resto del equipo que se encuentra de vacaciones. Estar en un mando intermedio consiste en empezar las cosas, delegarlas y luego supervisarlas. Se trata de hacer ver que estás mucho más ocupada de lo que en realidad estás y de saber mantenerse firme cuando los superiores te llaman la atención por una metedura de pata de uno de tus subordinados. Es ser un muro, un rompeolas, pero prefiero vérmelas un día con los malos humos de Maika que tener que quedarme hasta las doce de la noche un martes debatiendo si es mejor el eslogan «¡Sí, tengo cuarenta!» o «Me encanta tener cuarenta». Escribo:

Querido equipo:

He estado trabajando en enfoques creativos y bajadas para la campaña de Navidad que tenemos entre manos. Os adjunto un documento con todo lo trabajado para que empecéis a desarrollar. Convocadme a una reunión de estatus semanal para ver cómo va avanzando.

Natalia, añade tus *insights* al comienzo de la presentación, son muy interesantes y podrían inspirar mucho a tus compañeros.

Envío el email y cierro el ordenador con tanto brío como si dentro hubiese encontrado pornografía infantil. Son las seis y media de la tarde y ya no tengo resaca. Recojo los restos de la comida de hoy, guardo medio pollo asado y dos pimientos en un táper y lo meto en la nevera. Me preparo un café y salgo a la terraza con la taza y el teléfono móvil. Tengo un mensaje de Elena que me pregunta cómo estoy. «He empezado a ser una persona funcional hace literalmente 5 minutos», respondo. Elena contesta de inmediato: «Jajaja, tenemos que repetir». Pienso en Elena y en Pablo y me viene a la mente la imagen de un mural que se hizo viral en Internet donde aparecía la letra de dos canciones de Britney Spears. La primera pertenecía a la canción que hizo que saltase a la fama, ... «Baby One More Time», con su primer disco homónimo, que vio la luz en el año 1999: «*My loneliness is killing me*». Mi soledad me está matando. Debajo, la letra de una canción llamada «Stronger», de su segundo álbum de estudio *Oops... I Did It Again*, publicado en el año 2000: «*Loneliness ain't killing me no more*». La soledad ya no me está matando. Pienso muy a menudo en ese mural dedicado a Britney Spears. Pienso muy a menudo en Britney Spears. Pienso en todas las veces que nos sentimos solos hasta que aparece alguien, cuando menos te lo esperas, para hacernos sentir parte de algo más. Como si hubiésemos llegado por fin a Ítaca.

Madrid está de un azul resplandeciente y eso me pone de buen humor. No se ven cielos más azules que en agosto, cuando los madrileños se marchan y dejan de contaminar con el humo de sus coches. Pienso en lugares a los que irme de vacaciones cuando todos empiecen a regresar de las suyas, y lo único que se me ocurre es buscar un sitio con pocos coches y la posibilidad de un cielo estrellado. Cojo el teléfono móvil y entro en una *app* de vuelos.

Pongo el próximo lunes como fecha de ida y el lunes siguiente como fecha de vuelta. Hago *scroll* por los destinos que aparecen. Me gusta la idea de que mis vacaciones las determine un algoritmo. Decido que no quiero madrugar en esas fechas, así que escojo vuelos que salgan a partir de las diez de la mañana. Decido también que no quiero volar con ninguna de esas compañías *low cost* que te hacen sentir como ganado de camino al matadero. Veo cómo cambian los destinos ofertados, cómo suben y bajan los nombres de las ciudades y los aeropuertos que me podrían recibir en menos de cinco días. La vida, al final, se parece mucho a cualquier motor de búsqueda de Internet: conforme vas tomando decisiones, se van reduciendo tus posibilidades, hasta que tienes que escoger entre dos o tres y rezar por no haberte equivocado. Ahora yo soy mi propio algoritmo, porque no puedo decirle a la *app* que busque la posibilidad de un cielo estrellado. Una isla. Veo Mallorca, veo Sicilia, veo Fuerteventura. De los tres lugares, solo hay uno que todavía no he visitado. Compro un pasaje de ida y otro de vuelta a Fuerteventura y ya empiezo a imaginarme allí, aunque es una idea difusa porque no tengo ni la más remota idea de cómo es Fuerteventura. Abro Google Imágenes y busco fotos de la isla. Me parece preciosa. Veo una playa kilométrica llena de dunas y un pueblecito de interior teñido de blanco.

Suena el timbre de mi casa y me pego un susto. No estoy esperando ningún paquete, de modo que sigo en mi terraza intentando hacer menos ruido del que estaba haciendo hace unos segundos. Miro más fotos: de playas, de pueblos, de platos típicos. El timbre vuelve a sonar. Al cabo de unos segundos más, la pantalla de mi teléfono se ilumina con el nombre de Pablo.

—¿Sí? —respondo, susurrando.

—¿Estás en casa? —pregunta Pablo, que, al oírme, también se ha puesto a susurrar.

—Sí —digo de manera casi inaudible.

—¿Y por qué no me abres la puerta? —contesta él, en un tono ya normal, al darse cuenta de la enorme pantomima que estamos creando.

—Porque no estaba esperando a nadie —digo yo,

acercándome a la puerta, a través de la cual escucho a Pablo detrás.

—¿Y si era un vecino pidiendo ayuda?

—Esas cosas ya no pasan, Pablo.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¿Me abres o no?

Cuelgo el teléfono y abro la puerta.

—¡Qué sorpresa! ¿Llevas mucho tiempo esperando?

Pablo pone los ojos en blanco. Tiene el teléfono en una mano y seis latas de cerveza en la otra. Pasa sin apenas mirarme a la cocina y abre la puerta de la nevera para guardar las latas de cerveza dentro.

—¿Qué hacías? —me pregunta mientras mete un par de latas directamente en el congelador—. ¿Qué importantísima tarea he tenido la osadía de interrumpir?

—Me estaba comprando unos vuelos para irme de vacaciones a Fuerteventura la semana que viene.

Pablo toquetea el resto de las latas de cerveza para ver cuál de todas está más fría, coge una para él y otra para mí.

—¿Habíamos quedado?

—No, pero me apetecía tomar una cerveza, y beber a solas me parece de persona al borde de la depresión. ¿Te importa?

Niego con la cabeza. Pablo abre su lata y le da un trago largo; yo hago lo mismo.

—¿Fuerteventura?

—Sí, no he estado nunca.

—Yo tampoco.

—¿Te vas sola?

—Sí, ¿por? ¿Te quieres venir?

Pablo da otro trago a la cerveza, mirándome. Mejor dicho, estudiándome. Parece estar calibrando si mi ofrecimiento es real o si se trata de una de nuestras bromas y, en caso de que sea real, está barajando si el que pasemos una semana los dos solos en Fuerteventura es una buena o una mala idea. Yo no sé la respuesta a ninguna de las dos cuestiones.

—¿Vamos a la terraza? —digo para no romper nuestro equilibrio.

—Vale.

Nos sentamos en la terraza. La cerveza acaba de sustituir al café. Y me doy cuenta de que la cerveza hace más por mi resaca de lo que ha hecho medio pollo asado con patatas y pimientos y un café. Una vez vi en un vídeo de YouTube que las resacas son, además de deshidratación, síndrome de abstinencia, por lo que lo mejor que puedes hacer, según ese chico de YouTube de veinticinco años sin ningún tipo de educación en medicina, es seguir bebiendo al día siguiente.

Pablo se palpa los bolsillos en busca de su paquete de tabaco. Cuando lo encuentra, me ofrece uno sin preguntar. Se enciende el suyo, me enciende el mío.

—La semana que viene creo que tengo lío de curro —dice Pablo mirando al infinito para no mirarme mí.

Sé que lo que quiere decir en realidad es lo que yo también estoy pensando: «Sería un poco raro, ¿no?» o «¿Estás segura?» o «¿Es buena idea?» o «¿Qué pasa si nuestra relación solo funciona en tu terraza?».

—Puedo mirar, igual puedo ir el finde o algo así.

—Genial. Ya me dices —respondo sin ningún tipo de enfado ni de acritud. Al darle una calada al cigarro, me siento un tanto mareada, de modo que lo apago y le doy otro trago a la cerveza—. Hace no mucho vi un documental en YouTube sobre una casa en Fuerteventura que quiero visitar. Tienes que llamar a su dueño con antelación y te tiene que recoger en un punto de la isla porque es imposible llegar allí con un coche de alquiler, no hay carreteras.

—¿Y qué hay en esa casa?

—Se llama Casa Winter y, según cuenta la leyenda, perteneció a los nazis.

Pablo deja de mirar al infinito y me mira a mí, otra vez Scheherezade llenando ese vacío provocado por la incomodidad con historias que nos hacen olvidar quiénes somos.

—Se construyó en 1946 y perteneció a un alemán llamado Gustav Winter. La casa se encuentra escondida, en medio de la

nada, tuvo que ser toda una proeza construirla en aquella época. ¿Y por qué una persona iba a construirse esa especie de fortaleza en medio de la nada? Especialmente una persona alemana.

—Para ocultarse —responde Pablo, que gira su torso hacia mí para que le siga contando más detalles.

—Exacto.

—¿La vas a visitar?

—Me gustaría, sí.

—¿A quién pertenece ahora?

—No sé, a un señor.

—¿Y vas a quedar con un señor al que no conoces para que te lleve a una casa nazi en medio de la nada?

—Si lo dices así, parece una cita de Tinder.

Pablo se ríe.

—Creo que me cobra diez euros o algo así por enseñármela.

—Podría tener la decencia de invitarte a una copa antes. —Pablo se hace gracia a sí mismo y a mí me da la risa también—. Pero ¿el señor ese es nazi?

—No, creo que él no es nazi, pero le puedo preguntar cuando vaya.

—No le puedes preguntar a alguien si es nazi, ¿no? Es como de mala educación. —Pablo le da otro trago a la cerveza—. Tendrás que hacerlo con mucha sutileza.

—¿Y cómo es eso? No me imagino diciendo: «Qué lugar más bonito, una se siente aquí como un superhombre; ¿se siente usted un superhombre?».

—Le puedes preguntar si tiene algún tatuaje. Algún tatuaje que le prohibiese la entrada en Alemania.

—Sí, muy sutil —respondo riéndome—. Lo pensaré.

—¿Qué más tienes planeado hacer allí?

—No sé. —Me encojo de hombros—. Bañarme en el mar, comer pescado fresco y dormir.

—Es un buen plan.

Bebemos y miramos al horizonte. Pablo se estira y se recuesta en la silla. Nos envuelve el silencio, pero el silencio ha dejado de ser incómodo. Nada como un buen misterio que involucre a los

nazis para romper el hielo. Pienso que podríamos estar así, de la misma forma, en una playa de Fuerteventura, pero no me atrevo a planteárselo de nuevo, y me da cierta pena sentir ese miedo inexplicable a que Pablo me vuelva a decir que no.

—¿Quién era la chica de ayer? —pregunta Pablo de pronto, y le miro sin comprender.

—¿Qué chica?

—La chica con la que intentaste entrar en mi casa.

Le observo confundida.

—¿No te acuerdas? Anoche, completamente pedo, estuviste diez minutos intentando abrir la puerta de mi casa, te abrí, estabas con una chica y le dije que tú vivías en el piso de arriba. Os acompañé hasta arriba, abrí la puerta y ella me dio las gracias y me dijo que ya no necesitabais nada más de los hombres, ni esa noche ni nunca.

Suelto una carcajada. Un comentario muy Elena, sin duda la historia debe de ser verdad.

—¿En serio pasó todo eso? —respondo asombrada ante mi propia laguna.

Pablo y Elena coincidiendo en el mismo punto espaciotemporal, y yo borrando ese momento tan importante de mi memoria. Anoche, durante los vinos con Elena, creo que le hablé de Pablo. O quizás solo pensé en hablarle de él. Imaginé cómo los presentaría: «Y vosotros sois mis mejores amigos del mundo». Ahora me da un poco de vergüenza haber pensado en una frase tan infantil. Tal vez haya sido mejor que se conocieran así y que eso me haya permitido ahorrar las inevitables e incómodas etiquetas de ese primer encuentro.

—Sí.

—Es Elena, mi mejor amiga.

—¿Cómo que tu mejor amiga? No me vaciles —dice Pablo, entre sorprendido y divertido al mismo tiempo.

—No te estoy vacilando.

—¿Cómo va a ser tu mejor amiga una persona de la que jamás te he oído hablar y a la que nunca he conocido?

—La conociste ayer.

La respuesta no parece convencerle en absoluto. Me mira desafiante, como si estuviera frente a otra mujer y no frente a la vecina con quien comparte cervezas y sexo esporádico.

—Es que nos reencontramos.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿A qué se dedica?

—¿Qué más da eso? ¿Por qué todo el mundo tiene siempre tanto interés por conocer los trabajos de la gente?

—Bueno, vale, ¿de qué os conocéis?

—De la universidad, éramos uña y carne —le digo a Pablo, haciendo una breve biografía de la amistad que me unió con Elena en la universidad: cómo nos conocimos, qué solíamos hacer, qué bares frecuentábamos y qué películas veíamos, ciertas anécdotas divertidas y algunas vergonzantes, pero el suficiente cúmulo de información como para que Pablo se convenza de que Elena es, efectivamente, alguien en mi vida, y no una completa desconocida que me metió en la cama—. Y creo que hasta ayer no había vuelvo a tener esa sensación con nadie. Nunca había vuelto a ser uña.

Mi teléfono móvil me manda un recordatorio. Pablo ve cómo se ilumina la pantalla con un mensaje que dice «Llamar al camello». Me mira de forma inquisitiva de nuevo. Le hablo sobre el *team building*, sobre la necesidad de drogarme para soportar todo el fin de semana rodeada de gente a la que odio. No parece juzgarme, sino entenderme. Me pregunta qué necesito, dice que en su casa tiene marihuana y un par de bolsas de restos de alguna fiesta. Eme, probablemente. Muchas pastillas. Le digo que con eso me vale y baja a su casa para subirme el alijo. Después Pablo me ayuda a buscar alojamiento en Fuerteventura por Airbnb mientras nos quejamos del enorme daño que Airbnb está provocando en las ciudades y lugares turísticos.

El cielo comienza a ponerse rosa y después púrpura, y antes de las nueve de la noche empiezo a cabecear de sueño. Pablo se ofrece a pedir unas pizzas, pero le digo que no tengo hambre, que él puede comer algo de pollo asado si le apetece. No hace el intento de quedarse a dormir. Mete todas las latas vacías en una

bolsa de basura y se marcha a su casa. A las diez de la noche me lavo los dientes y la cara, me echo una crema de noche que huele a lavanda y me vende la idea de la eterna juventud, me pongo un camisón fresco y me voy a la cama. Abro YouTube y me duermo escuchando un viejo programa de Televisión Española sobre el silbo gomero.

IX

Me despierto con taquicardia. Los viernes suelen ser mi día preferido de la semana —un día en el que termina la larga semana pero el fin de semana todavía es tan solo una posibilidad de muchas cosas—, pero este viernes es solo el comienzo de un fin de semana con la gente de mi empresa. Me ducho, me visto, me tomo un café y un Orfidal y pienso cómo voy a hacer para fingir durante tanto tiempo que soy un ser humano funcional y normal al que le interesa genuinamente saber cuál es la última serie que otra persona ha visto y que, por tanto, no merece ni el despido ni el exilio laboral mientras meto en una maleta pequeña un montón de ropa que no voy a utilizar en todo el fin de semana, el neceser y el monedero lleno de droga que me dio ayer Pablo.

Busco en Google «how to be creative» y doy con un artículo de *BuzzFeed* donde dan una serie de consejos. «Lleva siempre una libreta encima», dice el artículo. «Canta en la ducha.» «Toma café.» «Madruga.» «Escucha música nueva.» Vaya sarta de gilipolleces. Entro en YouTube y pongo «how to be creative ted talk». Inmediatamente aparece ante mis ojos una lista larguísima de vídeos protagonizados por señores de mediana edad con libros sobre creatividad publicados en grandes editoriales. Intuyo que el primer truco para que te consideren un gran creativo es comprarte una camisa de lino y un par de gafas de pasta estridentes y llamativas. Creo que de camino al lugar del *team building* podré montar un Power
Point con un batiburrillo de ideas que me permita hablar durante 45 minutos seguidos. Le buscaré un título ingenioso para personas que no pisan el suelo de Internet, tipo «Los 7 pecados capitales de la creatividad» o «Ser creativo es fácil si sabes cómo».

Me pongo las sandalias, meto el ordenador en la bolsa de

viaje y salgo destino a la oficina confiando hoy, más que ningún otro día, en que me atropelle un autobús. Pros de que me atropelle un autobús hoy: me ahorraría el *team building*. Contras de que me atropelle un autobús hoy: me perdería Fuerteventura. Pros: baja laboral. Contras: ¿y si me quedo tonta? Pros: podría leer todos los tomos de *En busca del tiempo perdido* de Proust. Contras: no conocería la casa de los nazis. Permito que sea la suerte quien decida mi destino.

Abro mis recomendaciones semanales de Spotify y me dejo llevar por la música. Subo el volumen de mis auriculares hasta que no soy capaz de escuchar el ruido de la ciudad. Suena un tema de los años ochenta. Una canción de La Mode titulada «En cualquier fiesta». Escucho la letra con atención mientras espero a que el semáforo se ponga en rojo para los coches y en verde para mí. «Cuando todo se acabe y nadie nos recuerde seguro que nos vemos en cualquier fiesta.» Cruzo cuando la ciudad me lo indica. Camino a paso rápido y ligero. «Yo me acercaré a tu mesa, te preguntaré si bailas y daremos vueltas por la pista vacía.» Pienso en Pablo, pienso en Elena, pienso en Rita y siento una punzada de tristeza. Observo la oficina al final de la calle; ya hay gente congregada en la puerta, a la espera de que llegue un autobús privado que nos lleve a todos al infierno. «Tú me mirarás sonriendo, con una expresión cansada, será en cualquier fiesta una noche cualquiera.»

Me acerco a ese grupúsculo absurdo de personas reunidas por un único factor común que consiste en no tener suficiente dinero como para no tener que estar ahí. Ramón, mi jefe, vestido como si fuera el mismísimo Coronel Tapioca. Carlos, director financiero, un hombre de cuarenta y cinco años que resultaría atractivo si su vida no transcurriese como dentro del Monopoly. Mentxu y Sonsoles, de Recursos Humanos. No tengo claro quién es exactamente Mentxu ni quién es exactamente Sonsoles. Las dos son intercambiables, las dos utilizan las mismas expresiones dentro de la misma cuenta genérica de correo electrónico, como si el trabajo las hubiese fundido en un mismo ser, una fotocopia de una fotocopia, creadas la una y la otra una oscura noche de 1970, radiadas en color ultravioleta, dentro de esta misma oficina, tras la firma de un

contrato por nacimiento. Personas que se llaman Carlos, que se llaman Borja, que se llaman Virginia o que se llaman Lourdes con las que de vez en cuando coincides en reuniones, en cafeterías cercanas a la oficina entre las diez o las once de la mañana, en comidas de empresa, en ascensores, en escaleras y a las que saludas amablemente y preguntas qué tal pero que si tuvieras que dar con un rasgo particular de cada una de ellas si algún día cometieran un crimen atroz no sabrías qué responder. Por eso todo el mundo termina diciendo que el asesino de su patio de vecinos siempre saludaba. Y, al fondo, Maika, al teléfono, con su pinta de supervillana que me mira de arriba abajo con cara de susto mientras echa el humo de su cigarro al aire.

—¿Estás bien, Marisa? —me pregunta Sonsoles o Mentxu.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Estás llorando.

Frunzo el ceño y me llevo una mano a la mejilla. Efectivamente, estoy llorando. Nota mental: no escuchar música que me lleve a un trágico universo interior antes de las nueve de la mañana.

—Ah, no es nada. —Me seco las lágrimas con las manos—. Es la contaminación.

Sonsoles o Mentxu me mira con cierto recelo, pero no se atreve a decir nada. Dejo mi bolsa a mis pies y echo un vistazo alrededor. De pronto soy plenamente consciente de que tengo una entidad corpórea y de que necesito hacer algo con ella, pero no sé qué hacer con mis piernas ni con mis manos, no sé qué hacer con toda esta presencia.

—Parece que ya estamos casi todos, ¿no?

Sonsoles o Mentxu levanta una carpeta con una lista y tacha mi nombre.

—Todavía faltan unas cinco personas, no pasa nada, vamos *on time*.

Sonsoles o Mentxu sonríe. Yo sonrío. Me pregunto en qué momento de nuestra evolución decidimos incluir determinadas palabras anglosajonas para decir cosas que podríamos decir en nuestra lengua pensando que eso nos haría parecer más

inteligentes y cosmopolitas.

—Hasta dentro de media hora no saldrá el autobús.

—¡Ah! —Fusiladme.

Sonsoles o Mentxu me mira risueña y yo le devuelvo la sonrisa, otra vez. ¿Estará tan incómoda como yo? ¿Ella también estará gritando por dentro, imaginando un fin de semana de silencios incómodos encadenados y conversaciones de ascensor interminables?

—He visto que la semana que viene te has cogido vacaciones, ¿no? —dice bajando su carpetita y mirándome interesada—. Qué suerte, me encanta irme de vacaciones en septiembre cuando hay menos gente.

—¡Sí! A mí también —respondo de manera educada, un tanto agradecida de que otra persona tenga el detalle de llenar el silencio.

—¿Y adónde te vas de vacaciones? —me pregunta amable.

—Me voy a Fuerteventura.

—Ay, qué maravilla, estuve con mi chico en Semana Santa. Si necesitas recomendaciones, te las puedo pasar por email.

—Claro, me viene fenomenal, porque no tengo ni idea de qué voy a hacer allí.

—¿Te vas sola?

—Sí, pero tengo dos amigas que se fueron a vivir allí —miento—. Son pintoras.

—Qué interesante.

—Sí, son lesbianas —añado sin saber muy bien por qué revelo con tantísima facilidad la orientación sexual de mis amigas imaginarias.

—Entonces igual no necesitas mis recomendaciones.

—No, no, pásamelas igual, así igual las puedo sorprender yo —contesto.

—Tengo anotadas varias playas y calas nudistas, aunque la verdad es que en la mayoría de las playas de allí hay zonas de nudismo.

—Ah, qué guay —digo sin evitar pensar en Sonsoles o Mentxu bañándose en pelotas y sin entender del todo hacia dónde va esta

conversación.

—Sí, nosotros nos quedamos en un pueblo nudista —continúa, observando con los ojos entrecerrados a una persona a lo lejos hasta que descubre que no es alguien de nuestro redil y vuelve a mirarme a los ojos—. Siempre intentamos ir de vacaciones a sitios nudistas, es la única manera de dejar el teléfono móvil en el apartamento.

Me quedo sin palabras. Supongo que esta es la versión buena y agradable de enterarte de que tu amable vecino es en realidad un descuartizador. Sonsoles o Mentxu, esta persona detrás de unas gafas de montura al aire y un peinado de actriz de los noventa, resulta que veranea en colonias nudistas. Nunca conoces de verdad a la gente con la que habitas determinados espacios. Las recepciones, los pasillos y los descansillos jamás invitan a tener conversaciones de gran profundad.

—¿Y desde cuándo practicáis nudismo?

—Uf, desde hace años. Nos conocimos en una playa nudista, de hecho.

—¿Y no resultó agresivo?

—¿El qué?

—No, o sea... —titubeo, tratando de no mencionar el hecho de que, el día que conoció a su novio, y sin necesidad de tomarse tres copas antes, ya le vio el pene—. Ligar en una playa nudista —digo de forma pragmática.

—Bueno, te evitas decepciones —dice con una sonrisa pícara. Qué manera más elegante de decirme que su novio tiene un buen cimbrel. Suelto una carcajada—. Hablando de nudismo, ¿cogiste el bañador? En el sitio al que vamos tienen *spa*.

—Sí, cogí uno —respondo, asombrada ante su facilidad para cambiar de tema. Aquí te dejo caer que somos nudistas. Por aquí te dejo unos informes. Recuerda que mi novio tiene un pollón. Todavía no sé si hablo con Sonsoles o con Mentxu, pero sea quien sea se acaba de convertir en mi persona favorita del viaje.

—Tengo ganas. Seguro que lo pasamos bien y que resulta enriquecedor —dice con esa sonrisa de la vieja Sonsoles o Mentxu, la adoradora del aséptico ambiente de oficina que rinde culto a los

contratos por obra y servicio—. Por ahí llega el bus, luego hablamos, Marisa.

—¡Mentxu! —grita Maika a lo lejos.

Tomo nota del nombre: Mentxu. Es curioso, habría apostado una mano a que era Sonsoles.

Nos ponemos en fila de manera obediente y, poco a poco, después de dejar nuestro equipaje en el maletero, vamos ocupando plazas en el autobús. Consigo un asiento con ventana y siento como el ansiolítico que me tomé esta mañana ya está en mi sangre. Carlos, director financiero, pregunta si se puede sentar a mi lado y yo retiro amablemente mi bolso y lo pongo a mis pies. Claro que puedes sentarte a mi lado, Carlos *el financiero*. Adoro tu falta de interés por la vida de las personas que te rodean, tu parquedad, tu silencio, tu pasotismo para cualquier asunto de la vida que no tenga que ver con el dinero. Eres el mejor compañero de viajes que podría esperar.

Cuatro segundos después de sentarse, Carlos se pone a mirar su teléfono móvil. Pienso en si quizás no sería acaso más feliz casada con una persona como Carlos, con una persona corriente, un poco aburrida pero a la que pudiera preguntar qué le apetece cenar los lunes al salir de trabajar, antes de pasar por el supermercado y hacer una compra rápida. Una persona con la que engancharse a una serie de Netflix cuyo argumento fuéramos a olvidar al cabo de dos semanas y con la que ir los viernes por la noche a un restaurante de no más de 80 euros por cabeza, pero nunca menos de 50. Una persona que se fuera todos los domingos por la mañana a montar en bicicleta por Madrid Río con su grupo de hombres de mediana edad que montan los domingos en bicicleta por Madrid Río, mientras yo me quedo en casa haciendo la colada sin pensar en nada más que en que la ropa me salga muy limpia y con olor a lavanda. Una vida sencilla, nada trágica, mortalmente rutinaria, moderadamente feliz.

Quizás el problema de algunas personas, y por algunas personas me refiero a personas como yo, es que pensamos que la vida nos va a ofrecer algo asombroso en el momento menos esperado. Un día tropezaremos con nuestra pizca de suerte y, a

partir de entonces, seremos felices, porque todo cambiará a nuestro alrededor sin que nosotros movamos un dedo. Se acabarán los Orfidales para desayunar y la sensación de vacío cuando llegas a casa. Se acabarán las lloreras inesperadas al ver un anuncio de Coca-Cola o los esfuerzos por dar paseos por la ciudad esperando encontrar algo que nunca te encuentra a ti. Ese algo indeterminado pero grandioso que, de hecho, más que buscarte parece que huye de ti. Apoyo la frente en la ventana y observo cómo dejamos Madrid atrás. Quizás ese es el secreto de la felicidad: bajar las expectativas, acomodarte, jugar al pádel, hacer paella los domingos, tener un grupo de amigas, hacerte la manicura permanente cada quince días, tener hijos, reciclar, adoptar un perro, irte a vivir a las afueras, tener un jardín, casarte con Carlos.

—¿Estás casado, Carlos?

Carlos levanta la vista de su móvil un instante y se me queda mirando.

—Sí —dice, y vuelve a bajar la vista para seguir a lo suyo.

—Vaya, enhorabuena.

—Gracias.

El traqueteo del autobús y la pastilla me adormecen durante todo el viaje. Cuando despierto, apoyada sobre el hombro de Carlos, estamos atravesando un bosque que conduce a un camino renqueante que termina en el hotel. El hotel es bonito, con esa belleza que solo los alojamientos que vivieron mayores épocas de esplendor en el pasado suelen poseer. Nos desperezamos y vamos saliendo del autobús. Un grupo de botones muy sonrientes nos preguntan nuestro nombre y recogen nuestro equipaje para conducirnos a nuestra habitación. Mentxu nos cita dentro de media hora en la recepción del hotel con ropa deportiva y calzado cómodo. Y yo siento una mezcla de curiosidad y miedo por ver a todos mis compañeros vestidos con ropa deportiva y calzado cómodo.

Mi habitación tiene una ventana de madera que enmarca un hermoso jardín poblado de árboles. Al fondo, las montañas. Me gustan las habitaciones de hotel porque en ellas puedes vivir la fantasía de ser otra persona durante un par de noches. En esta

elegante pero una pizca decadente habitación de tonos ocres y maderas nobles, puedo ser quien me apetezca ser. Paso la mano por las suaves sábanas de algodón perfectamente remetidas por debajo del colchón, abro los cajones de las mesitas auxiliares para ver si esconden el tesoro perdido de otro huésped, pero no hay nada más que un folleto de las actividades recreativas que pueden realizarse en el hotel. Antaño, los hoteles solían tener en los cajones de la mesilla de noche una Biblia, como si quisieran recordarte que, hicieras lo que hicieras, debías rendir cuentas a Dios. Entro al baño, un oasis de mármol blanco, para ver los *amenities*: una crema corporal con olor a rosas, gel de ducha, champú y acondicionador. Solo los buenos hoteles se acuerdan de poner acondicionador. Los hoteles de gente pobre asumen que las mujeres sin dinero disfrutan llevando el cabello encrespado y desenredado a base de tirones. Abro el grifo de la ducha para comprobar que la presión es óptima, fantaseando con el momento en el que me meteré ahí dentro durante dos horas, hasta que mi piel se ponga completamente roja y se me arruguen los dedos de las manos.

Vuelvo a la habitación y abro el minibar, cojo una de las botellitas de vodka y le doy un trago. Ah, qué gusto. Podría ser una mujer de negocios con dos hijos y un ligero problema con el alcohol. Una amante de un hombre casado que espera pacientemente en el refugio que la secretaria de él escogió, sin hacer demasiadas preguntas, para este fin de semana. Una mochilera trotamundos que ha elegido esta habitación antes de marcharse rumbo a cualquier otra parte. Me permito unos segundos de fantasía mirando los árboles a través de la ventana antes de regresar a la realidad. Abro la bolsa de viaje encima de la cama, me pongo unos *leggings* y una camiseta negra, y me ato unas viejas zapatillas deportivas Nike que compré pensando que tal vez así saldría a correr y nunca lo hice. Pavor. Un ligero pico de ansiedad. Utilizo mis últimos cinco minutos de placer y soledad para liar un porro apoyada en la ventana y meterlo en la riñonera.

En la recepción del hotel, encuentro a todos mis compañeros disfrazados de personas que no son. Sudaderas con capucha y gafas

de sol deportivas que les hacen parecer el retrato robot de varias personas en busca y captura o un perdidísimo conjunto de bakalas de los años noventa. Pantalones grises de algodón, prendas de lycra, *leggings* ajustados en tonos flúor, pantalones cortos, deportivas multicolor. Es antinatural verlos de esta guisa, da incluso pudor, como cuando de niña te encontrabas a una profesora fuera del colegio y no comprendías que pudiera tener una existencia similar a la de otros adultos. Mentxu, mi nueva mejor amiga, la nudista, se me acerca con un chaleco militar que me queda grande y una bolsa de la que tengo que extraer una cinta de tela para atármela a la muñeca. Mi cinta es de color rojo. Miro alrededor, Carlos, el financiero, lleva una cinta azul. Ramón lleva otra cinta de color azul. La de Maika es roja.

—Bien, ¿alguna vez habéis jugado al *paintball*? —dice Mentxu.

Mis compañeros sonríen nerviosos. Me pregunto si es demasiado pronto para empezar a drogarme. Veinte personas con chalecos militares en la recepción de un hotel de lujo en Segovia, parece que vamos a perpetrar un atentado terrorista.

—¡Esta es la primera sorpresa del día!

Mentxu y un par de monitores nos conducen fuera del hotel. La mayoría de nosotros camina en corrillos, pero en silencio. Atravesamos un estrecho sendero de tierra que nos conduce a un bosque tupido. Alguien rompe el hielo. «Mmmm… huele a campo.» «Aprovechad y llenad los pulmones.» «Aire puro, qué maravilla.» «El hombre necesita estar más en contacto con la naturaleza.» «En Madrid vivimos engañados.» Risas. Camino en silencio dentro del grupo, pero sintiéndome fuera de él. Qué fácil les resulta a algunos conectar, integrarse, participar. Qué cómodos se sienten en la repetición, en la reiteración de ideas ya dichas, en la comunicación de la superficie. Me siento como un alienígena que acabase de llegar al planeta Tierra y no fuese capaz de comprender del todo qué pasa por las cabezas de estos seres extraños con los que me he topado. Veinte ratas de ciudad, vestidas de mamarrachos, adictas a los teléfonos móviles, a las redes sociales, a las aplicaciones de comida a domicilio y que ya no recuerdan ni tan siquiera que se

puede llamar a un taxi esperando en la calzada y levantando el brazo, hablando del poder transformador de la naturaleza, a menos de setenta kilómetros de Madrid, en un viaje organizado y medido al milímetro de menos de cuarenta y ocho horas. La humanidad es como un enorme experimento.

Respiro hondo y miro el sol que se cuela entre las ramas de los árboles, que no sé distinguir si son pinos, castaños, almendros o fresnos porque yo también soy una rata de ciudad, pero al menos no intento aparentar ser otra cosa.

—Este es un buen lugar. —El grupo se para en seco y se gira para mirar a Ramón, que ha tomado la palabra en un claro en medio del bosque—. Equipo, me gustaría que, antes de empezar con los eventos de la jornada, dedicásemos un minuto a pensar en nuestra querida compañera Rita, que falleció hace un año.

No puede ser. Miro a mi alrededor, a mis compañeros, que cambian sus sonrisas bobaliconas y distendidas por solemnes asentimientos y ceremoniosas bajadas de mentón. Sus poses relajadas se yerguen en señal de respeto, quien lleva gorra se la quita y la sostiene entre sus manos. Se comienza a formar un corro en mitad del bosque, con Ramón, como maestro de ceremonias, en el centro, vestido como el líder de un grupo de Boy Scouts.

—Si alguien quisiera dedicarle unas palabras... —Ramón nos mira uno por uno, invitándonos a participar si queremos, a compartir un recuerdo, una anécdota, unas palabras amables y, sin embargo, se topa con un muro de silencio.

Nos pilla desprevenidos, vestidos con mallas y chalecos militares, pensando en dispararnos los unos a los otros. ¿Qué decir en este incómodo entremés de nuestros particulares Juegos Romanos dedicado, por arte y gracia de Ramón y del departamento de Recursos Humanos, al tan poco festivo tema de la muerte?

—Aunque no es obligatorio...

Silencio cada vez más grande, más denso, más incómodo, que parece abarcar todo el bosque. Todos percibimos, por primera vez desde que dejamos atrás Madrid, lo ruidosa que puede llegar a ser la naturaleza cuando nadie quiere tomar la palabra.

—Rita era... —Habla Mentxu, todos la observamos un tanto

agradecidos, especialmente Ramón—. Rita era una persona muy especial. —Sonríe con amabilidad, todos asienten.

—Mucho, sí. Era una crack —musita alguien.

Una crack. Una máquina. Una genia. Imagina morirte y que todo lo que se le ocurra a otro ser humano sea llamarte «crack».

—Y creo que todos tenemos guardado algún momento compartido con ella —prosigue Mentxu, ya metida en su perfecto papel de persona de Recursos Humanos que sabe gestionar las situaciones incómodas, como los despidos después de una baja por maternidad o las muertes en horario laboral—. Creo que lo mejor sería pensar en ese momento con ella durante un minuto en este marco incomparable.

—Me parece una gran idea —responde aliviado Ramón—. Bien... —Suspira y sube la mirada al cielo, indicando así que el minuto de silencio acaba de comenzar.

Echo un vistazo hacia donde están los monitores, que nos observan desde una distancia prudencial, con cara de quien asiste al funeral de una tía abuela a la que apenas conoció en vida. Observo al grupo al que tengo la desgracia de pertenecer: los más dramáticos, como Ramón, miran también al cielo. Otros, imagino que los ateos, tienen la vista clavada en algún punto del suelo. Nadie se mira a las caras; sería como vernos desnudos.

Un minuto, que se dice pronto. Sesenta segundos. Sesenta mil milisegundos para recordar a una persona que dedicó ocho horas de su día, cuarenta horas semanales, cuarenta y ocho semanas al año durante casi dos años de su vida a esta empresa, a estas personas a quienes en realidad detestaba y que no tienen nada que decir sobre ella. Un minuto de silencio en mitad de un fin de semana recreativo es lo que vale nuestra vida laboral.

¿Qué pensaría Rita de todo esto? Supongo que ahora mismo se alegraría de no estar aquí. Esto podría ser una forma de reafirmación de su idea de lanzarse a las vías del tren, de subirse a una silla y ponerse una soga al cuello, de comer a cucharadas el matarratas que guardaba en una caja debajo del fregadero o de apagar un día el ordenador y no volver a encenderlo jamás. Le parecería patético, falso, incluso amoral. Ser recordada por

obligación, por prudencia, por el qué dirán. Casi de manera logística, una cosa que quitarse de encima. Suspiro y yo también miro al cielo, como si fuese a cruzar con Rita una de esas miradas que solo ella y yo entendíamos durante las reuniones.

Qué bochorno. Me gustaría preguntarle a cualquiera de estos inútiles emocionales por algún recuerdo que tengan con Rita. Un recuerdo sincero, honesto, real. Me gustaría que alguien fuese capaz de hablar en voz alta sobre aquella vez que la pusieron verde después de una reunión por negarse a hacer un trabajo que no le correspondía. Me gustaría que alguien recordase cómo solían dejarla de lado en la cafetería, porque pensaban que era una borde por no querer seguir trabajando en su pausa para el almuerzo. Me gustaría escupirles a todos, insultarles, arañarles y decirles que son unos seres humanos de mierda, capaces de llevar a otro ser humano hasta la extenuación, hasta el agotamiento absoluto, hasta la baja por depresión o, ya puestos, hasta la muerte.

—Bien —vuelve a decir Ramón. Todo el mundo parece sentir un gran alivio por que haya terminado ese minuto que ha durado como dos horas—. Gracias a todos.

Los monitores se aproximan a nosotros con cautela, amables, diligentes, como quien se acerca a los supervivientes de un accidente aeronáutico. ¿Estáis bien? ¿Estáis a salvo? ¿Tenéis todos los miembros? Ea. El muerto al hoyo y el vivo al *paintball*. No soy capaz de procesar el hecho de que mis compañeros sean capaces de cambiar tan rápido de registro. Nos conducen más adentro del bosque, en una zona que clarea, limitada por varias señalizaciones. En esta parte del bosque hay palés, hoyos en los que caben una o dos personas, incluso trincheras. Reconoceré que en alguna ocasión me había imaginado disparando a mucha gente de mi empresa, aunque nunca pensé que ese deseo pudiera materializarse de alguna forma. Quizás ese es el fin último de un juego de este tipo: poder disparar, aunque sea de broma, a tu jefe para así poder beber de ese recuerdo cada vez que te llame por sorpresa, terminada ya tu jornada laboral, y te pida que soluciones cualquier marrón. Nos entregan unos cascos y nos explican la dinámica: dos equipos, gana el que consiga llegar más limpio al final.

—Como consejo —indica uno de los monitores—, os diré que en este juego es tan importante el tiro como la estrategia —Me pregunto cuántas veces habrá repetido la misma cantinela, sábado tras sábado, a personas con estas pintas—. Tienes que confiar y escuchar a tus compañeros para acabar con los del equipo contrario. Recordad no disparar a los ojos ni a las cabezas. —Flipo —. Os podéis mover y charlar libremente. En el momento en el que oigáis mi silbato, empieza el juego.

El grupo rojo y el grupo azul caminan en direcciones opuestas. Mi grupo forma un corrillo en el que Maika, como no podía ser de otra manera, lleva la voz cantante.

—Vale, se me ocurre una cosa —comenta mirando al resto—. Vamos primero a por Carlos, Jorge y Benito, que son los más fuertes. Si acabamos con ellos, nos resultará más fácil ir a por el resto. Podemos ir en grupos de tres, ¿quién viene conmigo? —Maika nos mira uno por uno—. Marisa, tú haces pilates, ¿no?

—Hacía —respondo. Me siento dentro de *La chaqueta metálica*, solo que vestida con unas viejas mallas de Oysho.

—Bueno, algo es algo. José Luis y tú venís conmigo y vamos a por Carlos. El resto os organizáis a por los otros dos. Luego nos juntamos todos y decidimos a quién liquidamos después.

—Venga, *team* —dice uno de ellos poniendo su mano en el centro.

—*Go, team, go!* —grita otro.

—¡Allá vamos! —exclama otro.

Ponemos la mano en el centro justo antes de que suene el silbato del monitor. La gente se dispersa como si tuviera muy claro qué hacer, como si todos llevasen toda la vida jugando al *paintball* o hubiesen recibido formación militar en algún momento de sus vidas. Maika y José Luis se esconden detrás de un enorme palé de madera. Maika me hace señas para que vaya junto a ellos. Me agacho y me escondo con ellos. José Luis empieza a hacer ese tipo de señas raras que hacen los cazadores en los documentales de caza y comienzan a caminar de cuclillas. Les sigo. Una bola de pintura azul pasa cerca de mí, sin llegar a alcanzarme. Confío en que me disparen lo antes posible para poder salirme del juego.

Ahora corremos por el bosque, ahora nos escondemos detrás de otro árbol, ahora nos agachamos, ahora nos volvemos a poner en pie. Es agotador. Noto el trago de vodka dando saltos en mi estómago. Maika da un aviso.

—La rata está en la lata.

Asiento como si entendiera su jerga. Todo el mundo parece conocer de pronto de nomenclatura y la estrategia militar. Al grito de Maika, nos ponemos en pie y corremos. Corremos hacia no sé dónde, persiguiendo a ya no sé quién. De repente, entre dos palés de madera, vemos a Carlos. Carlos nos ve y dispara. Maika dispara, José Luis dispara, yo también disparo. Carlos se llena de pintura y levanta las manos en son de paz.

—Bien jugado, chicos —dice con una amplia sonrisa—. Al menos me he llevado a uno por delante. —José Luis ha caído. Y entonces fuimos dieciocho.

Maika grita, corre, aúlla y me da órdenes. Sigo sus indicaciones como una niña buena pero aterrada. Confirmo mi teoría de que sería la primera en morir si España entrase en guerra o si tuviera lugar un apocalipsis zombi. Disparo cuando me lo ordena, corro cuando me lo ordena, me agacho cuando me lo ordena, dejando que sea Maika quien tome el control remoto de mi cabeza, quien decida por mí. Maika me dice que tenemos que encontrar a nuestro grupo porque unidos se hace la fuerza. Asiento y ella sale corriendo como una liebre de su escondrijo, pero yo me quedo quieta detrás de un palé.

Siento una disociación entre cuerpo y mente: mi cuerpo sigue las instrucciones de Maika como un robot, mi mente está completamente en blanco, deseando no guardar ningún recuerdo de este traumático episodio de ver cómo corren y gritan todos mis compañeros de trabajo. Quizás el problema soy yo y no ellos. Quizás una parte de mí debería ser capaz de divertirse en una situación como esta, por ridícula que me parezca. Miro a mi alrededor. Maika me llama desde un lugar indeterminado, pero he desaparecido de su campo de visión. Se oyen unos gritos más allá, como si la batalla se estuviese librando ahora en la lejanía. Estoy sola, por fin. Destenso todos los músculos, estiro las piernas y

apoyo la espalda en el palé. Saco el porro de la riñonera y lo enciendo. ¿Por qué? Qué sé yo. Quizás no es la mejor de las ideas, pero no me importa. Nada a mi alrededor tiene sentido.

Le doy un par de caladas mirando el bosque y pienso en la frase «Los árboles no te dejan ver el bosque». Pienso en lo absurdo que es hacer un minuto de silencio por una persona muerta apenas quince minutos antes de empezar a dispararnos con pintura unos a otros. Pienso en el dibujo que hizo Rita de mí, en el que decía que hasta que no me tomaba el primer Orfidal del día no era persona. Me llevo la mano al pecho y siento taquicardias. Rebusco en la riñonera el blíster para calmar los nervios, pero me doy cuenta de que me lo he debido de dejar en el hotel. Siento que el sudor de la carrera se ha helado de repente, mis manos parecen las de otra persona y mis piernas no me harían ningún caso si quisiera echar a correr. Pero, correr, ¿adónde? ¿Por qué? Observo los cascos de algunos de mis compañeros a lo lejos y los gritos y me doy cuenta de que por fin he llegado al tercero de los trípticos del Bosco. Esto es lo más parecido al infierno. Sin Rita, sin Orfidal y sin salida.

Apago el porro y siento la boca completamente seca, pero tendría que salir a la batalla para encontrar algo de beber. Miro al cielo de nuevo, intentando acompasar la respiración, y me pregunto si, a partir de ahora, cada vez que mire el cielo clareando por entre las copas de los árboles, recordaré ese estúpido minuto de silencio. Siento que las lágrimas vuelven a caerme por las mejillas. Pienso en la llamada de mi madre, todos los miércoles a las seis y cuarto, y por un momento deseo que sea miércoles a las seis y cuarto y contárselo todo de verdad: «Mamá, creo que no estoy bien. Creo que nadie está del todo bien, pero creo que yo estoy un poquito peor que el resto. Creo que no estoy tan mal como una chica a la que conocí, que se llamaba Rita, y de la que nunca te he hablado, pero que creo que se suicidó. O quizás no se suicidó. Fíjate tú lo mucho que la conozco. Mamá, quiero escapar, no quiero estar aquí, no quiero vivir esta vida. Mamá, quiero volver al pueblo, quiero acostarme a las diez de la noche y dar paseos y no tener que esforzarme por ser alguien. No quiero ser nadie». Noto que mis pulsaciones se relajan. Imaginar una

conversación con mi madre ha conseguido calmarme lo suficiente como para ver lo absurdo de toda esta situación: tan solo estoy escondida, tras un casco ridículo, con un chaleco de camuflaje, apoyada en un palé.

Oigo unos pasos a lo lejos. El barullo del juego. Trotes, gritos, carcajadas, choques de manos. Vuelvo a la realidad. Decido intentar ponerme en pie. Mis piernas vuelven a ser mías, mis manos se sujetan al palé para darme impulso. Ya está bien. Puedo con esto. Me pondré en primera línea, dejaré que alguien me dispare y veré el resto del juego desde la barrera. Me apetece comer algo de chocolate. Tengo sed y ganas de vomitar al mismo tiempo. Me levanto de mi escondite, veo a una persona tratando de esconderse cerca de unos matorrales. No pienso: apunto y disparo. De detrás del escondite aparece una cabeza familiar, luego todo el cuerpo. Es Maika.

—¿Marisa? —dice con cara de incredulidad—. Pero ¿qué cojones haces? ¿Eres mongola?

—Ostras, Maika, perdona, no te había visto bien —contesto intentando no sonar fumada.

—¡Pero si te llevo llamando tres horas! No me lo puedo creer. —Maika está visiblemente cabreada. Está que trina.

Maika es una de esas personas que no saben perder: ni en el trabajo ni en la vida, no digamos en este extraño cóctel de trabajo y vida. Me mira quieta, levanta su escopeta, apunta directamente a mi cabeza y dispara. Me agacho.

—¡Pero ¿qué coño haces?! —grito—. ¡Ni a la cabeza ni a los ojos!

Maika vuelve a disparar. Me escondo como puedo. Me empiezan a entrar arcadas y sudor frío. Maika aparece de la nada y me apunta con la escopeta de nuevo entre los ojos, me mira fijamente con el mayor gesto de desprecio que me han dedicado en toda mi vida. Como si fuera una cucaracha a la que pisotear. De pronto, Maika frunce el ceño, algo cruza por su mente, como un pájaro, y su mirada se transforma por completo. Puede que haya sido la cordura. Ahora me mira con lástima, como si acabase de encontrar un cervatillo en medio del bosque. Al fin, baja la

escopeta.

—¿Estás bien, Marisa? —Se pone de cuclillas para estar a mi altura y posa su mano en mi rodilla—. No tienes buena cara, estás amarilla.

—Estoy mareada —respondo tocándome la frente con las manos y quitándome el casco de plástico—. Perdona, no te he visto bien.

—Vale, vale, no pasa nada, voy a pedirte ayuda. —Maika se pone en pie y sale de nuestro escondite con los brazos en alto. Grita: «¡Tregua!», y desaparece.

Al cabo de tres minutos, Maika reaparece con el monitor que nos ha dado al principio la charla sobre la importancia de la estrategia. Tiene unos veintitrés años, pendientes de coco, *mullet.* Supongo que, a partir de ahora y durante el resto de nuestras vidas, tendré que fingir que Maika no es una completa psicópata.

—Hola, soy Emilio.

—Hola, Emilio.

—¿Estás bien?

—Me he mareado.

—¿Has desayunado esta mañana?

—La verdad es que no. —Y entonces Emilio se aproxima ligeramente a mí y me olfatea como un animalillo de campo. Él sabe y yo sé lo que él sabe.

—Puedes dejarnos solos —le dice a Maika—. Yo me ocupo.

—Me ha disparado sin querer, porque estaba así como está ahora, un poco ida. —Maika observa su mancha de pintura roja—. ¿Podría seguir jugando?

Emilio mira a Maika y parece comprender el tipo de persona que es. Saca de su mochila una pegatina amarilla y se la pega sobre la mancha roja, indicando así que puede volver al juego. Maika sonríe.

—¡Gracias! Mejórate, Marisa. —Y se marcha.

—Oye, perdona que te haga esta pregunta, pero ¿te has fumado un canuto?

—Sí.

—Vale. —Emilio me mira a los ojos y luego echa un vistazo a

nuestro alrededor para asegurarse de que no hay nadie escuchando —. Sabes que lo que tienes es un amarillo, ¿no?

—Sí.

—Vale, voy a acompañarte al *hall* y a pedirte un zumo de naranja y un bollo, con eso se te pasará.

Emilio me ayuda a ponerme en pie, rodea su cuello con mi brazo y caminamos despacio hacia el hotel. Herida de guerra. He luchado sin honor. Por alguna razón, al lado de Emilio, me empiezo a sentir un poco mejor.

—Vamos a ir por este otro camino para no cruzarnos con nadie.

—Gracias.

El día es soleado y sin nubes. Al fondo, se siguen oyendo los gritos de mis compañeros. Aquí, no se oye nada. Ni siquiera los pájaros. Me pregunto si habrá algún estudio que relacione los deportes de aventura con la huida de la fauna local hacia lugares más tranquilos y despoblados. Imagina ser un estornino y tener todos los fines de semana a un grupo de empresarios disparándose entre sí. Debe de ser el equivalente a pasar la aspiradora un sábado por la mañana del reino animal.

Entramos en la recepción del hotel y Emilio me deja sentada en unos cómodos sofás en color melocotón. Se acerca a recepción y después vuelve a sentarse a mi lado. Al cabo de un minuto, una chica joven y muy amable aparece con un zumo y una magdalena con pepitas de chocolate. Doy unos tragos al zumo y comienzo a desmigar la magdalena.

—Oye, perdona que te haga esta pregunta —dice Emilio—, pero...

Miro a Emilio dándole un enorme trago a mi zumo. Ahora soy yo quien sabe.

—¿Quieres un porro?

Emilio sonríe de manera despreocupada y se encoge de hombros. Ojalá volver a tener veintipocos años: esa soltura, esa pachorra, esa mirada radiante, todavía cristalina. La sensación de posibilidad, de tener toda la vida y todas las opciones por delante. La tranquilidad para pedirle un porro a una desconocida porque la

vida solo puede traer cosas buenas. Dejo el vaso sobre la mesita de cristal y empiezo a abrir mi riñonera.

—No, no... Aquí no podemos.

—Vale, pues déjame que me termine la magdalena y vamos a mi cuarto.

Emilio asiente, cómplice. Es curiosa la relación de confianza que se establece desde el principio entre dos personas drogadictas: en un baño de una discoteca o en la recepción de un hotel segoviano, da lo mismo.

—¿Me puedes pedir otra más? —le pido—. ¿Y otro zumo?

Emilio se levanta obediente y charla de nuevo con la recepcionista. Le sonríe, le guiña el ojo, se nota que la tiene completamente ganada. Quién pudiera tener la seguridad de un chico afable de veintitrés años bronceado por el sol. El mundo sonríe a los chicos como Emilio. Pueden ir adonde quieran, hacer lo que quieran y siempre caen de pie. Al poco regresa y me tiende la mano. Se la cojo. Me dice que el servicio de habitaciones traerá un desayuno completo dentro de poco. Caminamos por el pasillo del hotel como si fuéramos amigos de toda la vida hasta que llegamos a mi habitación.

Nada más cruzar la puerta, Emilio se queda pasmado.

—Fua, menuda choza, ¿eh?

—¿No habías estado nunca?

—No, nosotros venimos solo para actividades especiales, y suelen ser todas en el exterior. Nunca había subido a una habitación.

Saco el porro de mi riñonera y se lo paso. Emilio se acerca a la ventana, la abre y se lo enciente como si llevase toda la vida haciendo exactamente esto: fumar porros con desconocidas en habitaciones de hotel.

—Oye, perdona que te haga esta pregunta, pero ¿a qué te dedicas?

—Soy *head of creative strategy* —digo como la niña buena a la que le han enseñado cómo responder educadamente ante los adultos. «Tengo siete años, estoy en quinto de primaria, soy *head of creative strategy*.»

—Fua, eso es nivel, ¿no?

—Qué va, solamente está en inglés. —Me acerco a la ventana con él y aspiro el humo de sus caladas—. ¿Tú a qué te dedicas?

—Soy monitor de actividades al aire libre —dice dándole otra calada.

—Pues di que eres *leisure activities instructor* o algo así.

Emilio se me queda mirando un instante y luego empieza a reírse a carcajadas.

—Es verdad, qué gilipollez. —Su risa es contagiosa, así que yo también me río.

Alguien llama a la puerta.

—Será la *breakfast manager* —digo.

Emilio se ríe con esa risa bobalicona de la gente emporrada y hace aspavientos como si pudiese eliminar el olor a porro y su presencia entera con unos cuantos movimientos de manos. Le hago señas para que no hable, pero no puede parar de reírse. Fuera, a través de la mirilla, veo a la misma chica rubia y amable de recepción, esperando con un carrito.

—Déjalo ahí mismo, ahora lo recojo —le digo—. Estoy en albornoz.

Apoyado en la ventana, dándole una enorme calada al porro, Emilio me mira. ¿Qué pensará un chico guapo veinteañero de la mujer que tiene delante? ¿Le pareceré guay, enrollada, *cool*? ¿Me verá de forma distinta al resto de mis compañeros? ¿Me verá solo a mí? ¿O pensará que soy una ejecutiva ridícula que no sabe cómo fumarse un porro sin que le dé un amarillo?

—Mientes muy bien. —Le da otra calada al porro, aspirando como si se hubiera terminado la marihuana en toda Segovia. Luego va al baño y tira el porro por el retrete—. Voy a tener que volver.

—Guay. Yo creo que voy a dormir un rato.

Emilio asiente. Tiene los ojos vidriosos y sonríe. Le acompaño a la puerta de la habitación y me ayuda a meter el carrito dentro.

—Encantado.

Me sonríe. Le sonrío. Después, se acerca y me da un beso en los labios y yo al principio me aparto, pero luego me dejo. El beso casto se convierte en un morreo, pero, en lugar de continuar, de

intentar algo más allá de esta escena, Emilio se aparta, me mira a los ojos y me sonríe de nuevo.

—Hasta la vista, *baby*.

—Adiós.

Cierro la puerta. ¿Hasta la vista, *baby*? En mi habitación, a solas de nuevo, me como unos huevos revueltos mezclados con tortitas, sirope de chocolate y beicon y mi cuerpo empieza a recolocarse de nuevo, a ser lo que solía ser. Al acabar, cierro las cortinas, me quito los *leggings* y la camiseta negra y me meto entre las suaves sábanas. Descuelgo el teléfono de la habitación para que nadie me llame. En el móvil pongo un vídeo de YouTube sobre aves rapaces y me voy quedando dormida con el murmullo lejano de mis compañeros terminando la partida de *paintball*.

X

Miro fijamente las molduras del techo de mi habitación. Son las seis y cuarto de la tarde. La luz se cuela a través de las cortinas. Una suave brisa recorre toda la estancia. Durante un breve instante, siento paz. Existe un aforismo en inglés que dice: «*Fake it till you make it*». La frase viene a decir que si sigues las reglas del juego, finges seguridad, competencia y conocimientos, al final te convertirás en la persona que estás fingiendo ser. Actúa como un triunfador hasta que triunfes, hasta que el continente se vuelva también contenido. Yo tengo una regla inspirada en aquella: *fake it* hasta que la gente te deje en paz. Nadie puede cambiar el mundo, tan solo intentar que el mundo no le cambie demasiado.

En mi teléfono móvil tengo un whatsapp de mi jefe preguntándome qué tal estoy. Tengo otro de Pablo preguntándome si ya me he suicidado. Tengo un mensaje de mi compañía telefónica diciéndome que puedo disponer de más datos móviles enviando un SMS que diga GOLDEN HOUR. Tengo un grupo de WhatsApp silenciado, con 68 mensajes de nuevos, de la gente de mi oficina. Han mandado fotografías de la actividad de esta mañana, todos aparecen sudorosos, sonrientes y tintados de rojo o de azul. En ninguna aparezco yo. ¿Qué sucedería si desapareciera sin dejar rastro? ¿Quién daría el aviso a la policía? ¿Les entregarían la foto de carnet que di a Recursos Humanos para hacerme la tarjeta para entrar en la oficina o les pasarían alguna de mi cuenta de Instagram? ¿Qué dirían sobre mí mis compañeros de oficina? ¿Mantendrían ese pacto social según el cual nunca debemos hablar mal de los muertos, como ha sucedido con Rita? ¿Cuál sería la teoría sobre mi desaparición? ¿También pensarían en el suicidio? ¿Quién se encargaría de avisar a mis padres? ¿Cuántas personas asistirían a mi funeral? Googleo rápidamente cuánto

cuesta un ataúd y descubro que son carísimos. Seguro que, al descubrir el precio, mi madre musitaría: «¡Qué barbaridad!». Decido que es mejor darme una ducha para que el agua se lleve mis malos pensamientos. A las siete empiezan el cóctel y las conferencias.

Al salir de la ducha, me pongo un vestido rojo con margaritas blancas, unas merceditas color crema con algo de tacón, me doy un poco de colorete y máscara de pestañas y bajo a la recepción del hotel. Me cruzo con varios compañeros que me preguntan qué tal estoy. Les digo que bien, que no había desayunado, que me mareé. Una mentira mil veces repetidas se convierte en verdad, como dijo un nazi. Una serie de camareras muy sonrientes y solícitas ofrecen vino y cerveza en bandejas. También hay canapés de dudosa pinta. Cojo una brocheta de pollo *teriyaki* y una copa de vino blanco.

—¡Marisa! ¿Cómo estás? Nos tenías preocupados. —Es Ramón. Lleva un traje de lino color beige que le hace parecer un turista sexual.

—Bien, bien, es que no desayuné.

—El desayuno es la comida más importante del día, Marisa.

—Y la natación es el deporte más completo.

Ramón asiente con satisfacción.

—Efectivamente, Marisa, efectivamente.

Las camareras nos indican que es hora de pasar al salón de actos. Cojo una servilleta y pongo encima varios canapés, pido que me rellenen la copa de vino y entro para buscar sitio. Decido ocupar una silla en una esquina por si necesito escapar. El salón de actos está poco iluminado. Miro alrededor, mis compañeros charlan entre ellos, sonríen, parecen encontrarse en su salsa. Me da la sensación de que todos están más relajados, quizás debido a la conexión de haber disparado a otras personas durante toda la mañana.

—¿Está libre este sitio? —Es Carlos.

Asiento.

—Genial, gracias.

Hago espacio para que pueda pasar, pero él me invita a correrme al sitio vacío que tengo justo al lado. Y yo lo hago. He

caído en la trampa casi sin darme cuenta.

—¿Qué tal? ¿Te encuentras bien?

—Sí, es que no había desayu...

Mis palabras se diluyen entre un sonido atronador que sale por los altavoces del salón de actos. Son los primeros acordes de «Viva la vida» de Coldplay. Dejo mi servilleta en mi regazo y le doy un trago a mi copa de vino mirando a mi alrededor, mientras mis compañeros empiezan a dar palmas como autómatas. Un señor de unos sesenta y cinco años vestido con traje negro, camiseta blanca y deportivas entra corriendo desde el fondo del salón de actos y sube al escenario de un brinco, con una agilidad que me deja pasmada, empieza a dar palmas e invita a la gente a que se levante a aplaudir y, para mi sorpresa, la gente lo hace. El señor corre de un lado a otro del escenario dando palmadas, brincos y sonriendo como un lunático. De pronto, la música para.

—¡Déjenme contarles una historia y presten toda su atención! —dice el señor a través de un micrófono que está a un volumen demasiado alto para una sala de estas dimensiones—. Hace algunos años, hice una serie de entrevistas para encontrar a un asistente personal. Por supuesto, mi equipo de Recursos Humanos o, como a mí me gusta llamarles, mis ángeles de la guarda, hicieron una preselección... pero yo quería tener la última palabra sobre el candidato que finalmente trabajaría codo con codo conmigo, sería el responsable de mi agenda personal, mis viajes y enviaría flores a mi mujer el día de su cumpleaños.

La gente se ríe, cómo no, ante la primera broma de hombres inútiles que no recuerdan las fechas importantes en la vida de sus seres queridos.

—Así que me vi con tres currículums encima de la mesa de tres personas a las que debía entrevistar esa mañana y, déjenme confesarles, de esas tres personas yo ya tenía a mi favorita.

Me llama la atención el manejo de los tiempos y el tono de voz del hombre: son exactamente los tiempos y el tono de voz que acostumbro a ver en las charlas TED, incluso diríase que la historia es también la misma; la clásica historia de superación con alguna sorpresa final impactante.

—Este era un hombre de treinta y siete años, con amplia experiencia como asistente de dirección en un conocido despacho de abogados, que, además, colaboraba cada verano con distintas oenegés en África... ¡Lección número uno! —grita de pronto el señor, creando un silencio anticipatorio—: Somos lo que hacemos y, a menudo, lo que hacemos fuera del trabajo dice más de nosotros que nuestro trabajo en sí. ¿Qué me decía esa persona? Que era solidaria, que le gustaba ayudar, que prefería ocupar sus veranos haciendo labores humanitarias antes que pasarlo entero tomando el sol y bebiendo margaritas.

La gente se vuelve a reír, como si tomar el sol y beber margaritas fuese un pecado mortal, como si también tuviéramos la obligación de ser productivos fuera de nuestro horario laboral.

—Bien. Por supuesto, mis ángeles de la guarda no me lo pusieron fácil: los otros dos candidatos eran también excelentes y, llegados a este punto, no me cabe duda de que cualquiera de los tres podría desarrollar a la perfección el trabajo para el que les estaba entrevistando. El primero que apareció era un chico joven, casi recién salido de la universidad, que había sacado todo con matrículas de honor, había hecho prácticas becadas en una empresa, pero, según me contó, creía que estaba sobradamente preparado para un primer trabajo de verdad. Me gustó la confianza que tenía en sí mismo y su aplomo, me gustó ver a una persona tan joven con las ideas tan claras... ¡Lección número dos! —aúlla de nuevo frente a una audiencia que está completamente metida en su monólogo—: Vístete para el trabajo de tus sueños. Y con esto no hablo solo de ropa, sino de todo tu ser: no eres un joven sin experiencia, eres un joven buscando su primera experiencia.

El hombre se pasea por el escenario mirándose los pies, pensativo, como si quisiera que tuviéramos tiempo de asimilar con calma la soplapollez de libro de autoayuda que acababa de decirnos.

—La segunda candidata era una mujer de unos cuarenta años. No tenía estudios superiores, pero sí mucha experiencia: la empresa en la que había trabajado durante veinte años había cerrado debido a la crisis y, después de tomarse unos meses de

descanso, volvía a la búsqueda de un nuevo empleo. A los dos les pregunté: «¿Qué aficiones tenéis fuera del trabajo?». El chico joven me dijo que le gustaba pasar tiempo con su chica y con sus amigos. Normal, claro, era un chico joven. La mujer me dijo que, principalmente, le gustaba pasar su tiempo libre con sus hijos. Normal, claro, es madre. Y, ¿sabéis?, nada de eso está mal; al contrario, soy un gran defensor de los valores familiares… pero ninguna respuesta me sorprendió. Ninguno de ellos me dejó con la boca abierta. Ninguno de ellos me hizo salir de mi despacho y decirles a mis ángeles de la guardia: «Hágale ahora mismo un contrato a esta persona». ¡Lección número tres! ¡Impacto! —Da un fuerte golpe al micrófono—: ¡Impacto! ¡Impacto! Cada uno de nosotros tiene una oportunidad, una sola, para destacar entre el resto de los candidatos. ¿Eres un crack del surf? ¡Dímelo! ¿Eres aficionado al sushi? ¡Dímelo! ¿Estás aprendiendo chino? ¡Dímelo! Déjame recordarte en el futuro, déjame quedarme con ganas de saber más, déjame intuir que eres una persona dinámica, productiva, capaz, con inquietudes… y no un vago que se pasa las tardes viendo la tele con su novia.

Más risas entre mis compañeros. No me lo puedo creer.

—A la hora de entrevistar al tercer candidato, este no apareció. Bueno, un retraso de cinco minutos puede comprenderse, de quince ya es una falta de respeto, de una hora es casi un insulto para la persona que ha hecho hueco para ti, pero es que este candidato no apareció hasta el día siguiente, pidiendo disculpas, eso sí, y cuando mis ángeles de la guarda me dijeron que estaba abajo, le hice pasar… y entonces me contó una historia. —De nuevo, pausa dramática—. «Señor, primero de todo disculpe por no haberme presentado ayer: de camino a la entrevista, como llegaba con tiempo, decidí tomar un café en una cafetería de aquí cerca y, cuando estaba a punto de salir, una señora se desmayó y me acerqué a socorrerla. Verá, tengo un curso de primeros auxilios que me saqué para trabajar con una oenegé en África, y dado que no había ningún médico cerca, hice lo que se supone que había que hacer: me quedé con ella hasta que llegaron los sanitarios y, cuando me di cuenta, habían pasado dos horas. Así que volví a

casa abatido y, cuando se lo conté a mi mujer, ella me dijo: "Preséntate y cuéntale la historia a tu entrevistador; si es un buen hombre, lo entenderá". Y eso he hecho.» En ese momento me levanté de mi silla, le di la mano y le dije: «Enhorabuena, el trabajo el suyo». El hombre, que hoy en día sigue siendo mi asistente personal, me dijo: «¿De veras? ¿Cómo puede ser?». A lo que yo le respondí: «Porque Dios tiene ojos en todas partes y esa señora a la que usted atendió ayer era mi mujer».

Vuelve a sonar «Viva la vida» de Coldplay, canción de la que estoy completamente segura de que este señor no tiene derechos. La gente empieza a aplaudir y el señor se pone a dar brincos otra vez. Grita mensajes como: «¡AYUDAR A LOS DEMÁS ES AYUDARSE A UNO MISMO!» o «LOS CAMINOS DEL SEÑOR SON INESCRUTABLES Y LOS DE LAS EMPRESAS TAMBIÉN LO SON». Quiero meterme debajo de la silla, cavar un hoyo en el suelo de mármol y esconderme bajo tierra.

Miro escandalizada a mi alrededor, no puedo creer que la gente se esté creyendo semejante bodriazo de historia, pero todos miran a este hombre como si estuvieran viendo a Jesucristo. Asumo que Ramón se ha decantado por el *divinity coach*: el hombre que fue cura y luego presidente de una multinacional o algo así. Esto, por supuesto, es lo primero que cuenta tras la historia del buen samaritano: cómo primero conoció a Jesucristo y después a su mujer. Cómo Dios ya le enseñó cómo llevar a la empresa gracias a los diez mandamientos. La charla continúa por los mismos derroteros: todas sus historias son parábolas inverosímiles de las que extrae una serie de lecciones en las que mezcla a Dios con el IBEX 35 o a los enfermos de lepra con los becarios. Habla de Jesucristo como modelo de líder perfecto, porque es una persona humilde que está para servir a los demás. Habla de pequeñas empresas enfrentándose a multinacionales refiriéndose a la historia de David y Goliat. Entre historia e historia, suena Coldplay y él da brincos. Hacia el final, simplemente suena Coldplay y él grita frases del tipo: «DIOS OS HARÁ LIBRES, PERSIGUE TUS SUEÑOS, TRATA BIEN A LA GENTE, SÉ UNA BUENA PERSONA».

Me pregunto cuánto dinero se habrá embolsado semejante

mamarracho por decir todas estas gilipolleces sin inmutarse. La charla no ha durado más de cuarenta y cinco minutos y yo siento que he envejecido diecinueve años. Miro a mi alrededor: la gente está en éxtasis. Le hago un gesto a Carlos para que me permita salir de allí e intento escabullirme por un lado del pasillo. Necesito otra copa de vino para soportar a otro ponente.

—¡Marisa! —oigo exclamar a Ramón cuando estoy llegando casi a la puerta, y me acerco a él—. Calienta, que sales.

—¿Cómo? —Le miro sin comprender—. ¿Ahora? ¿No teníamos a otro ponente?

Ramón me observa contrariado, me toma del codo como una monja de un colegio católico y me lleva hacia el exterior.

—¿No leíste el último email informativo?

—¿Qué email?

—Nos ha fallado el segundo ponente, lo vamos a sustituir por tu charla y después tendremos la actuación musical.

—¿Y salgo ahora? ¿Después de este señor? —Le miro horrorizada.

—Sí, no te importa, ¿no? ¿Lo tienes todo?

—Sí, sí, tengo que subir a la habitación a por el ordenador y las cosas, pero lo tengo todo.

—No te preocupes, tienes quince minutos.

Joder. Joder. Joder. Jugar a las oficinas es fácil si sabes cómo, decía, pero a veces el juego te pilla sin la preparación necesaria, a veces te sientes como el niño torpe de manitas rechonchas al que escogen el último en los juegos por equipos del colegio porque siempre se le cae el balón al suelo, a veces es como una pelota cayendo del cielo directamente a tu nariz, como un globo de agua que te empapa el vestido de domingo, como la comba que se te enreda entre las piernas y te hace caer al suelo haciendo saltar por los aires tus últimos dos dientes de leche.

Subo a la habitación a toda velocidad, me siento en el escritorio y abro el portátil. De lo que tengo que presentar en menos de quince minutos solo tengo el título: SER CREATIVO ES FÁCIL SI SABES CÓMO. Abro una presentación de PowerPoint y empiezo a copiar y pegar los resultados que encuentro en Google,

añado unos cuantos GIF, unos colorines, titulares enormes y llamativos, fotografías de stock. Me toco el pecho y noto una ligera taquicardia. Echo un vistazo por la habitación en busca de mis Orfidales, y entonces reparo en la riñonera de Pablo. Un pensamiento cruza mi cabeza como una bala. ¿Y si...?

Me pongo en pie con cierta cautela y paseo por la habitación en un estado emocional que podría considerarse delicado. Me siento al borde de la cama con la riñonera entre mis manos, abro la cremallera y reviso el arsenal. Hay un par de bolsas de eme. Meto el dedo meñique en una de ellas y me lo llevo a la lengua. Mejor será algo que me desinhiba y me espabile a algo que me duerma en mitad del escenario. La idea sigue en mi cabeza, pero todavía no ha tomado forma. ¿Cuántas pastillas hay en esta riñonera? ¿Acaso Pablo es un camello? Piensa, Marisa, piensa. Jugar a las oficinas es fácil si tienes los medios adecuados. Quizás es más fácil impresionar a toda esta gente si les sugestionas de alguna manera. Si, digamos, viven por primera vez una experiencia inolvidable, placentera, luminosa. A lo mejor lo único que necesitas es un trampantojo: luces, música y acción. Me miro en el espejo de mi habitación y de repente soy consciente de que voy a hacerlo.

Me monto en el ascensor con el portátil bajo el brazo y la riñonera en mi cintura. Cuando se abren las puertas, veo a todos mis compañeros en la recepción, disfrutando de un aperitivo a base de canapés entre espectáculo y espectáculo, acercándose a charlar y, lo peor de todo, a hacerse selfis con el mamarracho cristiano que acaba de dar la charla. Me acerco a Ramón y le pido unos minutos de preparación para la mía, le digo que les avisaré cuando esté todo listo.

—Hola —le digo a una camarera que pasa por mi lado—. Soy la ponente que va a dar ahora la siguiente charla, ¿me podrías ayudar con algunas cosas?

—¡Claro! —contesta sonriéndome, con cara de ángel—. Dime qué necesitas.

—Necesito zumos, ¿tenéis zumos?

—Sí, claro.

—Vale, pues zumos y como treinta vasitos de plástico, porfa,

y tráeme los zumos en una jarra.

—¿De qué sabor los quieres?

—No sé, ¿cuál es tu favorito?

—¿De piña?

—Pues de piña.

Entro en el salón de actos y me subo al escenario. Enchufo mi portátil para que se proyecte en la pantalla principal y me acerco a las luces de fondo. Veo que hay un juego de luces de colores, seguramente preparadas para bailes de novios en bodas horteras, y los conecto. Unos focos en rojo, azul y verde se pasean por el escenario principal. Los apago. En la pantalla del fondo, puede verse la primera diapositiva de mi presentación: SER CREATIVO ES FÁCIL SI SABES CÓMO (¡TE LO PROMETO!). La camarera entra diligente con tres jarras enormes de zumo piña en una bandeja.

—Los vasos están ahí encima, ¿quieres que te ayude?

—No, no, ya me ocupo yo.

—Vale, cualquier cosa me dices.

—Gracias.

Cierro las puertas del salón de actos. Me suda la nuca, me tiemblan las manos. Me acerco a la mesita situada junto a la entrada donde reposan las tres jarras de zumo de piña y saco el contenido de mi riñonera. Machaco una bolsa donde debe de haber diez o doce pastillas y las mezclo con el contenido de las dos bolsitas de eme. Acto seguido, reparto todo en las tres jarras y remuevo el contenido con unas pajitas que terminarán matando a algún delfín en el Pacífico. Respiro hondo, me enjugo el sudor que me resbala por la frente con las manos y me limpio el sudor de las manos en mi vestido. La suerte está echada. Abro la puerta del salón de actos y llamo a la camarera.

—Quiero que sirvas zumo a todos los invitados. Es importante.

La camarera asiente.

—Si quieres yo les doy un vaso y tú les sirves el zumo —propongo. Me giro hacia el *hall*, donde están todos mis compañeros—. ¡Id pasando de uno en uno, por favor!

Mis compañeros se ponen diligentes en fila india. Conformen

pasan, les doy un vaso de plástico y les sonrío. A mi lado, la camarera les va sirviendo un poco de zumo. Por alguna razón, ya sea por el espíritu de camaradería creado durante la mañana o por el ataque epiléptico provocado por el *divinity coach*, a nadie le parece fuera de lugar y algunos ya empiezan a beberse el contenido. La camarera vacía la primera, la segunda y la tercera jarra hasta que todos los presentes tienen un vasito entre sus manos. ¿Saldrá bien? Espero que sí.

Veo que entre las caras conocidas hay alguna sorpresa: el ponente anterior y Emilio, que al pasar me ha guiñado el ojo y se ha sentado casi al lado de la puerta. Vuelvo a respirar hondo y me encamino hacia el escenario. En la pantalla aparece el título SER CREATIVO ES FÁCIL SI SABES CÓMO (¡TE LO PROMETO!) junto al GIF de un perro tecleando en un ordenador. Me acerco al micrófono.

—Buenas noches a todos —digo tímidamente. Trago saliva. Me obligo a respirar hondo, como te enseñan en las clases de pilates. Allá voy—: Muchos me conocéis ya, sabéis que me llamo Marisa, pero quizás algunos no tenéis muy claro a qué me dedico. Es completamente normal, mi madre a día de hoy tampoco lo tiene muy claro. —Risas de fondo, bien—. Soy *creative strategist*, lo que quiere decir que elaboro tanto ideas como estrategias creativas para nuestros clientes o, dicho de otra forma, soy la persona a la que llamáis cuando os enteráis de que una marca tiene un montón de dinero y todavía no sabe en qué va a gastarlo. —Más risas; siento cómo me empiezo a desentumecer y mi lengua empieza a soltarse. Hago crujir los dedos: empieza el espectáculo—. A lo largo de mi vida me han preguntado en muchas ocasiones —ninguna, para ser exactos— cuál es el secreto de la creatividad, o qué hace que una persona normal se convierta en una persona creativa, y yo siempre les respondo lo mismo. —Paso a la siguiente diapositiva: una imagen de stock de un señor con traje mirando enfurecido la pantalla de su ordenador—. «¿Te has hidratado hoy?» —Pausa dramática, camino sobre el escenario mirando al público fijamente, convirtiéndome en una ponente de una charla TED en San Francisco. Ya lo decía Elena: la vida es una actuación—.

Parece una tontería, ¿verdad? Os invito, antes que nada, a beber el zumo que os he dado a la entrada y os contaré cómo funciona el cuerpo humano.

La gente sonríe, mira a su alrededor con algo de incomodidad, pero pronto comienza a dar los primeros sorbos.

—¡Vamos! ¡Ni que fuera un vaso de cemento! ¿Por qué nos cuesta tanto llevar a cabo algunas de las tareas más básicas? Os diré que el cerebro se compone en un ochenta por ciento de agua, pero numerosos estudios han demostrado que la mayoría de los seres humanos no bebemos la cantidad de agua que necesitamos para subsistir; ya sabéis, la cantinela esa de los dos litros de agua al día. No nos costaría tanto si fueran dos litros de cerveza, ¿verdad? —Más risas. ¿Quién me creo? ¿Jerry Seinfeld?—. Si no bebemos agua, no hidratamos nuestro cerebro, y un cerebro deshidratado es el principal enemigo de una persona creativa, lo dice la ciencia. —Paso la diapositiva: aparece el bebé bailongo de Ally McBeal rebotando con su sensual baile en las esquinas de mi PowerPoint —. Siguiente pregunta: «¿Has hecho hoy algo que no tenga nada que ver con tu trabajo?». La inspiración no entiende de horarios ni de rutinas. Tú no le puedes pedir a un músico que te entregue una canción entre las nueve y las cinco del próximo jueves, ¿verdad?

La gente asiente. Continúo:

—No le dirías a un poeta: «Necesito un soneto sobre la llegada de la primavera para antes de las dos». ¡Tampoco le puedes exigir horarios a un creativo! Pero vivimos en una sociedad marcada por las agujas del reloj, y un cliente tiene sus tiempos, de modo que la creatividad tiene que forzarse. Así que, vuelvo a preguntar, ¿has hecho algo que no tenga nada que ver con tu trabajo? ¡Yo sí! ¡Yo hoy he bailado! —Le doy al *play* y suena una canción horrorosa de Sia con David Guetta de la que, por supuesto, tampoco tengo los derechos—. Todas las mañanas, después de leer el correo del trabajo, pero antes de salir hacia la oficina, escucho esta canción... y bailo. ¡Venga! ¡Todos en pie!

Me sorprende la facilidad con la que todo el mundo se levanta. Imagino que el ponente anterior, los vinos del cóctel y, probablemente, la mezcla de éxtasis y zumo de piña han animado

de lo lindo al personal. Subo la música a todo volumen y enciendo las luces rojas, azules y amarillas.

—¡A bailar!

La gente se pone a bailar como en las charangas del pueblo, al principio algo tensos, pero conforme avanza la canción empiezan a disfrutar. Hay quien incluso cierra los ojos y se toca su propio cuerpo con las manos, hay bocas abiertas, hay gente chocando las puntas de sus dedos con las de otro compañero de oficina. Le doy más caña a las luces.

—¡Eso es!

Cuando termina la canción, se quedan todos en pie, como esperando un segundo tema, hasta que poco a poco se vuelven a sentar en sus sillitas de plástico.

—Muy bien, chicos, muy bien —digo, notando cómo empiezo a arrastrar un poquitín las palabras. No tanto como si estuviera completamente ciega de eme, sino más bien como si fuera de Lyon —. Tercera pregunta: «¿Te has reído?». Un cerebro hidratado, destensado, relajado y, encima, contento tiende a ser más creativo. —Me acerco al ordenador y pongo un vídeo de YouTube: una compilación de gente gorda cayéndose que dura alrededor de diez minutos.

Observo a la gente riéndose a mandíbula batiente, sujetándose los esfínteres, revolcándose en sus sillas, secándose las lágrimas que caen por sus mejillas. El espectáculo es magnífico, el ser humano es increíble. Cuando termina el vídeo, me quedo mirando de nuevo a mis compañeros.

—Numerosos científicos han demostrado los beneficios mentales y emocionales que provoca la risa. La risa pone en movimiento más de mil músculos en todo el cuerpo, es decir, nos activa. No solo eso, sino que consigue que eliminemos estrés y ansiedad de nuestro organismo. Y lo más interesante de todo esto es que nos la podemos inducir nosotros mismos, gratis, a cero euros… ¡Esto no se lo digáis a nuestros clientes!

El público está en lo más alto. Paso a la siguiente diapositiva: una foto de un bloc de notas negro con la marca de agua del banco de imágenes del que me la he descargado; se nota que aquí tenía

ya algo de prisa.

—Siguiente pregunta: «¿Tomas notas?». No es ninguna tontería eso de que las mejores ideas a menudo se tienen en el cuarto de baño o durmiendo. Una persona creativa apunta absolutamente cualquier idea que se le pasa por la cabeza. Mi casa está llena de cuadernos y siempre duermo con una libreta al lado de la cama. —Me llevo el dedo índice al mentón, observando al público, como si fuera Steve Jobs en la fotografía de la cubierta de su libro—. Todas las ideas, por estúpidas que parezcan, pueden ser el germen de una idea mejor. Y, por último, ten un buen equipo. —La siguiente diapositiva muestra a un grupo de gente blanca, trajeada, en una oficina, poniendo los dedos en señal de victoria ante la cámara—. No eres nadie sin un gran equipo detrás. Esa idea tonta que has apuntado a medianoche puede ser la chispa que prenda la mente de otro. Recordad la famosa frase que dijo Steve Jobs antes de inventar el iPhone: «Si caminas solo, llegarás más rápido; si caminas acompañado, llegarás más lejos». —Hago una pausa dramática en la que me da tiempo a elevar una plegaria al cielo para que nadie busque si de verdad Steve Jobs dijo esa frase—. Muchas gracias a todos.

La gente empieza a aplaudir. Dejo proyectada una diapositiva a modo de resumen en la que pone: BEBE AGUA, BAILA, RÍE, ESCRIBE Y SÉ BUENA PERSONA, POR FAVOR. Pongo una lista de reproducción de éxitos de los dosmil, que comienza con «Nada de esto fue un error» de Coti, vuelvo a encender las luces de discoteca de pueblo y me bajo del escenario.

—¡Ha sido estupendo, Marisa! —exclama Ramón con los ojos como dos faros.

—¡Muchísimas gracias!

—Ha sido genial, Marisa. —dice Maika, que se me acerca con media sonrisa en el rostro y me da un beso en la comisura—. Uy, perdona, jajajaja, bueno, ya sabes que las que se pelean se desean. —Me guiña el ojo—. Jajajaja.

El personal del hotel entra en la sala de reuniones y comienza a retirar diligentemente las sillas, creando una pista de baile. Al fondo, en una mesa, empiezan a colocar botellas con bebidas

alcohólicas, refrescos, vasos y hielos. Algunos de mis compañeros se acercan a pedir un combinado. Me quedo en medio de la pista, observándoles, como si fuera la chica fea a la que nunca sacan a bailar. O quizás la chica guapa que nunca baila con nadie. Recibo unas cuantas felicitaciones más y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que siento una especie de orgullo. El orgullo de la superviviente, tal vez. De pronto, la música se para. Ramón está sobre el escenario con el micrófono en la mano. La sorpresa de la noche.

—Compañeros. O, a estas alturas de la noche, ya podría decir «amigos». —Ramón sonríe.

Se escuchan aplausos y vítores, alguien grita «Ese jefe, cómo mola, se merece una ola».

—Quería daros las gracias por la jornada de hoy. Sé que ha costado que pudiéramos estar todos, y creo que el resultado del día de hoy ha sido sin duda muy edificante. Quería dar las gracias a Federico Infante, nuestro *divinity coach*, por darnos una charla que no olvidaremos nunca. —Desde luego que no—. Y también a nuestra compañera Marisa, que nos ha dado una clase magistral sobre qué es necesario para convertirse en una persona creativa. Démosles un aplauso a los dos.

La gente empieza a aplaudir y nos busca con la mirada. Sonrío tímidamente y doy las gracias. No suelo recibir este tipo de muestras públicas de gratitud, y reconozco que se siente mejor de lo que me hubiese pensado. Es eso o es la droga.

—Y ahora, para finalizar, quería introduciros a nuestro último invitado. Nos hemos permitido traer una actuación musical que sirva de broche para esta jornada, un regalo para nuestros empleados, que trabajan cada día tan duramente. Desde ahora, por favor, disfrutad de la velada. Mañana saldremos a las doce y media, así que os invito a disfrutar también del delicioso desayuno del hotel y, si os da tiempo, del *spa*. —Se oyen más aplausos—. Así que, sin más preámbulos…, os dejo con la actuación de José Carlos Ruiz, finalista de la decimotercera edición del programa de televisión *Nacido para brillar*, responsable del éxito «Un corazoncito alegre» y un sólido candidato para representar a España en el

Festival de Eurovisión en futuras ediciones. ¡Un aplauso!

Comenzamos a aplaudir al hombre, que sale eufórico al escenario, vestido con un traje blanco y un sombrero a juego, y empieza a tocar los primeros acordes de «Un corazoncito alegre», posiblemente la única canción que nos suena de todo su repertorio. No importa. La gente ha decidido darlo todo y está desmadrada. Se forman ciertos corrillos donde la gente baila. Maika me coge del brazo:

—¡Vamos, Marisa, a darlo todo!

Me pongo a bailar con el equipo de comercial, algo que jamás pensé que haría. Cada vez que cruzo la mirada con alguno de mis compañeros, estos levantan su copa a modo de brindis o me sonríen y yo, poco a poco, empiezo a hacer lo mismo. Mimetizándome con ellos e intentando no pensar en lo ridículo de esta situación, contoneo mi cuerpo al ritmo de «Un corazoncito alegre», que ya va por su segundo bis. «Un corazoncito alegre, un corazoncito tierno, un corazoncito vivo, al que no le afecta el invierno.» Me va entrando la risa conforme canto la canción.

Pienso por un momento en qué pensaría Rita si estuviera aquí y me viera de esta guisa, riéndome mientras muevo el culo al lado de Maika y de Sonsoles de Recursos Humanos. Quizás también bailaría. Es lo que tienen las drogas, que te dan ganas de bailar. «Un corazoncito antes yermo», dice José Carlos Ruiz en el puente de la canción, «también florece en primavera». Pienso que esa frase no es del todo exacta, pero entiendo lo que pretende decir. «Un corazoncito vacío también puede llegar a estar lleno.» Miro a Maika, que tiene los ojos llenos de lágrimas, y me agarra por el cuello:

—Hay que ver lo bonita que es esta canción, Marisita.

Suelto una carcajada. No somos de la misma especie, pero quizás podemos llegar a entendernos. Pienso en todos esos vídeos que he visto en YouTube sobre el mundo animal. Pienso en el mutualismo: especies que se ayudan unas a otras para un beneficio común. El ejemplo más conocido es el de la anémona de mar, un animal marino venenoso de grandes tentáculos, y el pez payaso, que es inmune a su veneno. La anémona, con su veneno, protege al

pez contra depredadores. El pez, por su parte, protege a la anémona de unos peces que se alimentan especialmente de ellas. Miro a Maika y al resto de mis compañeros. Quizás sean mis anémonas, que me protegen dentro de un ambiente laboral aséptico y seguro de los peligros de no tener trabajo. Aunque, vistos así (drogados sin conocimiento, borrachos por convicción, bailando de forma ridícula, libres, un poco aturullados, desvergonzados), más bien serían el pez payaso. Pienso en cómo hemos leído tantas veces eso del pez grande comiéndose al pez chico, cuando quizás somos todos pececillos confundidos dentro del acuario de un señor multimillonario, conviviendo como podemos, ayudándonos como podemos, intentando sobrevivir.

Ahora, el casi ganador de un programa de televisión que no ve nadie, ha decidido ponerse a cantar éxitos de ayer, hoy y siempre que seguramente defendió en alguna de las galas. Mis compañeros bailan y canturrean, cuchichean en corrillos, se parten de risa.

Miro la sala llena y pienso en que, si desapareciera hoy, quizás sí que se preocuparían. Dirían de mí lo último que recordarían: «Marisa era divertida y muy creativa», «Marisa era un amor».

Me voy separando del grupo, excusándome con toda persona con la que me cruzo alegando que necesito salir a tomar el aire, lo cual es cierto. Por el camino, mis compañeros me dan palmadas en la espalda y me sonríen amablemente. Me dedican palabras de cariño. Escucho de fondo un brindis: «¡Por el equipo!», «¡Por el mejor equipo!», y, poco a poco, voy dejando todo ese jaleo atrás. Salgo al silencio de la noche, donde refresca y se oye a los grillos. Me siento en un banquito cerca del porche y me quedo mirando las estrellas que iluminan la oscuridad. De dentro me llegan los ecos del baile y de las risas. Pienso en el fingimiento: en las cosas que debemos hacer para sentir otras cosas. Despertarnos, ducharnos, vestirnos, ponernos guapos, fantaseando con que quizás ese día no será como los demás. Pienso en si fingiendo se podrá terminar sintiendo. Pienso en si, en el fondo, no estará todo el mundo igual de desesperado por sentir algo distinto: el vacío en el estómago

cuando te montas por primera vez en una montaña rusa, la calidez cuando llegas a casa después de pasar unas semanas fuera. Recuerdo esa sensación. Debe de estar por algún lado.

Siento que mis párpados empiezan a pesar. Hoy he fingido y, después, también he vivido. He corrido. Me he fumado un porro. He tenido un amarillo en mitad del bosque. He besado a un desconocido. He conectado con mis compañeros, aunque les haya tenido que drogar. Sin darme cuenta, me quedo profundamente dormida.

Cuando despierto, el cielo comienza a clarear. Estoy sola y descalza, tapada con un chal de color berenjena. Miro a los lados, pero estoy completamente sola. Lo tomo entre las manos y, algo confundida, lo acerco a mi nariz. Huele al perfume de Maika. Subo a mi habitación con el chal sobre los hombros. El hotel está ya en silencio. Dentro del ascensor me miro en el espejo y me doy cuenta de que hoy tengo el guapo subido. No ha sido un mal día, a pesar de todo.

Segunda parte

OOTO

De: recursos.humanos@publiciyas.com
Para: directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

Buenos días,

Por la presente informamos a las personas que asistieron al *team building* el pasado fin de semana que tras la recepción de una serie de quejas por parte de uno de los ponentes y por una persona de nuestro equipo abrimos un proceso de investigación interna para aclarar lo sucedido.

Vuestro bienestar es lo más importante para la empresa y, por ello, ponemos a vuestra disposición como primer paso el laboratorio de análisis RoMeCor para la realización de pruebas pertinentes sin coste alguno para los empleados, que se tratarán con la máxima confidencialidad. Las pruebas tendrán lugar en la cafetería de empleados a partir de las 9:15.

Enviaremos más comunicaciones por este canal en cuanto dispongamos de más información.

Atentamente,

Sonsoles

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: ramon@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

????????

¿Qué significa esto, Sonsoles? ¿Análisis de qué? ¿Estamos en peligro?

Necesito más explicación porque me pierdo.

Un salido.

De: marisa@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: maika@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

Ramón me paso por tu despacho y te cuento. Bsssss

Enviado desde mi iPhone

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: recursos.humanos@publiciyas.com
Para: directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

Buenos días de nuevo,

Dada la gravedad del asunto, queremos remarcar la importancia de que todas las comunicaciones sean por el mismo canal para no crear duplicidades. Estamos en contacto con nuestro equipo legal, que en breves os informará con mayor detalle.

Atentamente,

Sonsoles

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: eduardo@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

Hola, team:

Desde el equipo financiero exigimos una reunión ASAP para que nos expliquen con más detalle lo sucedido. No entendemos nada y, por supuesto, nos negamos a la realización de análisis sin conocer el motivo. Exigimos cierto nivel de transparencia.

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: maika@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

Bien dicho Edu!!!!! opino igual

Enviado desde mi iPhone

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: legal@publiyas.com

Para: recursos.humanos@publiyas.com; directores@publiyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

Buenos días,

Por la presente informamos que nos encontramos en un proceso de investigación interna. El pasado domingo, uno de nuestros invitados al *team building* acudió al hospital por malestar generalizado, y tras una serie de pruebas rutinarias hallaron una serie de sustancias ilegales en su organismo de las que el invitado reconoció no tener constancia.

Queremos pedir la máxima colaboración por parte de los empleados en este proceso con las autoridades pertinentes así como con el proceso en sí, para arrojar luz sobre este asunto y tomar las medidas necesarias ya sea contra el hotel o contra particulares implicados.

Ponemos a vuestra disposición el laboratorio mencionado por Sonsoles y rogamos que nos comuniquéis si el resultado es positivo para ponerlo en manos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Gracias.

De: marisa@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: ramon@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

¿¿¿¿¿¿¿dROGAS??????

UN SALIDO

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: maika@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

A mí me llamó la mujer del ponente!! El curilla. Casi se queda en el sitio lo que le faltaba al pobre hombre y yo la verdad es que pensándolo me notaba más bolinga de lo normal, no os pasó???

Si salen los resultados positivos qué hacemos?????? vamos a urgencias?

EXIGIMOS MÁS INFORMACIÓN SOBRE LO QUE ESTÁ PASANDO LLEVO EN ESTA EMPRESA MÁS DE DOCE AÑOS, SONSOLES

Enviado desde mi iPhone

De: marisa@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: maika@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

podéis sacar a marisa de este hilo??? Me rebota su ooto

Enviado desde mi iPhone

De: marisa@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: legal@publiyas.com

Para: recursos.humanos@publiyas.com; directores@publiyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

Desde Recursos Humanos y Legal convocamos una reunión extraordinaria prevista para hoy a las 10:30 en la sala de reuniones Cibeles donde resolveremos todas las dudas pertinentes. Asimismo, contaremos con un miembro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado que nos asesorará sobre los próximos pasos de este proceso.

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: claudia@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: Investigación interna *team building*

maika a ponernos guapas a ver quién es ese MIEMBRO de las fuerzas y cuerpos ;););)

De: marisa@publiciyas.com
Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com
Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: claudia@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

disculpad ese email no era para el grupo

De: marisa@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores@publiciyas.com

Asunto: OOTO

¡Hola!

Estoy fuera de la oficina y con poca conexión hasta el próximo lunes 6 de septiembre. Para cualquier tema urgente puedes escribir a ramon@publiciyas.com o a natalia.dominguez@publiciyas.com

Gracias.

De: maika@publiciyas.com

Para: recursos.humanos@publiciyas.com; directores @publiciyas.com

Asunto: Investigación interna *team building*

sacad a marisa que me rebota nos vemos a las 10.30!!!!

Enviado desde mi iPhone

Tercera parte

In itinere

Sucedió como suelen suceder todas las cosas importantes en la vida: de repente. Somos los seres humanos, con nuestra necesidad autoexplicativa y autoconclusiva, quienes más tarde dotamos a todas las historias, hasta las más nimias y banales, de cierta narrativa. Miramos hacia atrás, rebuscamos en los cajones de la memoria y resolvemos que fue ese detalle —«Me retiró la mano en la fiesta cuando apareció su compañera de trabajo…»— lo que desencadenó aquella otra cosa —«… y, al final, nos divorciamos»—. Porque en nuestras atolondradas cabecitas todo debe tener un principio y un final. Una causa y un efecto. El mundo sería un lugar horrible si los pobres mortales que lo habitamos no tuviéramos la capacidad de encontrarle un mínimo sentido a todos esos azares que al universo le son por completo ajenos e irrelevantes.

La historia que yo me cuento después de lo ocurrido es más o menos esta:

Una mujer caminaba con paso firme por una estrecha y sucia calle de Madrid con salida a la Gran Vía. Una de esas calles incómodas, llenas de contenedores, basura desperdigada, coches, patinetes, bolardos y andamios. Una de esas calles con el olor particular de una gran ciudad: el aroma a pan recién hecho mezclado con el tufo de los tubos de escape, el hedor a plátano podrido en la basura mezclado con el humo de un cigarro, mezclado a su vez con la fragancia de un perfume caro de la mujer que la acababa de adelantar. Una de esas calles que era la materialización misma de lo opuesto a la preciosa e interminable playa de Fuerteventura de la que acababa de regresar, pero de la que no quería regresar. La mujer pisaba el suelo como si el suelo le incordiara y, de hecho, le incordiaba. Y el suelo le incordiaba

porque llevaba puestas unas sandalias muy incómodas, unas sandalias con tiras de cuero falso que le rozaban en ambos pies porque sus pies habían empezado a sudar, unas sandalias con una suela tan fina como el papel de fumar, que la hacían sentir en las plantas todas las pequeñas molestias que se encuentra una en la ciudad: el ligero calor de un cigarrillo mal apagado, la piedrecita gris que se interpuso en su camino, el chicle que se le pegó nada más salir de casa y todavía no había conseguido despegar. Y sus pies sudaban porque hacía una mañana demasiado calurosa para un septiembre madrileño. Una mañana que parecía sacada de un agosto cualquiera. Una mañana que el calendario no podía prever. Y mientras caminaba cabreada con el suelo y con sus propios pies, a sabiendas de que ya era demasiado tarde para regresar a casa y cambiarse de zapatos, pensaba que aquello era un ataque terrorista dirigido a su persona. Y estaba tan enfrascada en su propio cabreo, un cabreo nacido de los pies y que ya llegaba a las puntas del cabello, que no veía ni oía nada de lo que tenía a su alrededor, como los caballitos poni que dan vueltas en las atracciones de feria. Tanto es así que cuando resbaló y su bolso cayó al suelo, ya en la esquina de Gran Vía con San Bernardo, maldijo al aire como una loca, como si nadie en la calle pudiera tampoco verla ni oírla maldecir al aire como una loca. Y lo cierto es que estaba tan empequeñecida por este cúmulo de contrariedades, recogiendo del suelo todos esos cacharritos que la hacían ser la persona que era (el pintalabios rojo de Yves Saint Laurent, la agenda de mano, el teléfono móvil de última generación, con una enorme pantalla donde casi daba la sensación de estar dentro de los vídeos de YouTube que veía, los pañuelos, el cigarrillo electrónico), que mucho no se la veía ni la se oía a no ser que estuvieras ya a un palmo de distancia. Y fue precisamente a un palmo de distancia cuando por fin la vio la única persona que debería haberla visto desde más lejos: el *rider* que la embistió con su bicicleta. El espectáculo no tuvo parangón, y muestra de ello fue que la Gran Vía, tan ruidosa como es, se calló durante unos segundos, en señal de respeto. Y el resultado fue un Cristo. El *rider*, ocho metros para allá. La bicicleta, estampada en un escaparate. Cuatro pizzas sobre

un paso de cebra. Un señor diciendo: «Pa' habernos matao». La mujer hecha un gurruño en mitad de todo este fregado. Coches frenando de golpe, colisionando unos contra otros. Uno de esos coches, desviándose lo justo, pero pisando algo que el conductor recordaría durante el resto de sus días con una de sus ruedas traseras: «Algo blando, algo humano», contaría esa misma noche a su mujer. Y como había algo de sangre y la sangre asusta, al principio nadie se atrevió a hacer nada más que quedarse mirando. Pasado el primer impacto, la gente pronto se acercó a socorrerla. «No la mováis», aconsejó alguien con muchas series de médicos a sus espaldas. Hubo varias llamadas a los servicios de emergencias. Cuando una mujer se aproximó a la mujer hecha un gurruño y le preguntó qué tal estaba, la mujer hecha un gurruño solo pidió una cosa: «Por favor, quítame estas putas sandalias». No tardó en llegar una ambulancia. Los paramédicos salieron a toda velocidad, observaron el panorama. Uno fue hacia la mujer, otro fue hacia el *rider*. El *rider* estaba bien. En *shock*, pero bien. Hizo una de esas preguntas estúpidas que la gente solo hace en momentos muy serios: preguntó si podía recoger las pizzas para llegar a entregarlas a tiempo. La mujer estaba peor, pero la pregunta del *rider* le hizo tanta gracia cuando se la contaron de camino al hospital que la ambulancia dejó tras de sí el ruido de las sirenas y, para quien prestase atención, también el de sus carcajadas. Pero eso fue después. Primero, y con urgencia, la subieron a una camilla, la metieron en la ambulancia, sonaron las sirenas y la ambulancia desapareció. Al cabo de tres, cuatro o cinco minutos, la Gran Vía volvió a ser lo que era, completamente ajena al suceso. La gente que lo había visto empezaba a desaparecer del lugar, llevándose una buena anécdota para la hora del almuerzo, y la gente que no lo había visto comenzaba a habitar las calles sin sospechar que una mujer había estado a punto de perder la vida atropellada por un *rider* que estaba repartiendo pizzas, por alguna razón, a las nueve de la mañana. La chica de la ambulancia pensaría más tarde que seguramente las estaba llevando a algún *after*. La vida, la muerte y todo lo que hay entremedias de una cosa y de la otra no son asuntos en los que nos podamos detener mucho tiempo. Todo el

mundo tiene algo que hacer. Las tiendas están a punto de abrir. La gente tiene que coger el metro. Los taxistas se empiezan a impacientar. Hello Kitty y Pikachu caminan hacia Sol. Los semáforos se ponen en rojo y luego en verde. La gente avanza, el tráfico fluye. Y aquí no ha pasado nada.

O, al menos, así es como yo lo imaginé cuando abrí los ojos, después de una operación de urgencia, en el hospital.

El resultado: luxación en el hombro derecho, rotura de dos costillas, contusiones por todo el cuerpo, muñeca derecha rota, pérdida del dedo índice, anular y corazón de la mano derecha y fisura de cadera.

Viene Pablo y yo sonrío. Viene Elena y sonrío. Vienen mis padres y me abrazan y yo sonrío, hundiéndome en las tetas de mi madre como una niña pequeña. Pasan tres noches a mi lado en el hospital. Para mi sorpresa, el hospital, limpio e inmaculado, es un espacio en el que mi madre se siente segura. Al cuarto día, mi padre comienza a pasearse inquieto por la habitación y a alegar ligeras molestias en la espalda. Les digo que está bien si se vuelven a casa. Aceptan el trato a cambio de que les prometa que durante mi baja pasaré unos días en el pueblo, y les digo que así lo haré, que voy a tener todo el tiempo del mundo. El día en que se van a marchar, mi madre me observa desde el quicio de la puerta y me dice que no he llorado ni una sola vez, y que siempre fui una niña un poco rara. Sé que es su forma de decirme que le gusta que no sea como Susana.

Después llega el turno de mis compañeros de trabajo. Viene Natalia y viene el resto de mi equipo, que ya han vuelto de vacaciones. Todos se echan a llorar y yo sonrío. «No pasa nada», les digo a todos, «estoy bien». Y lo digo de verdad. Mis compañeros me mandan un precioso ramo de flores que viste la habitación entera, con una nota que dice: «Recupérate pronto», pero yo no siento ninguna prisa por recuperarme. De hecho, al mirar mi mano derecha siento dentro de mí una profunda sensación de alegría al pensar que, quizás, ya nunca me recuperaré. Ramón viene a verme y me da un beso en la frente. «Ay, Marisita, qué desastre.» Yo sonrío. «No te preocupes por nada, ya me encargo yo de arreglarte

los papeles.» Vuelvo a sonreír. «Ramón», digo, «yo no sé si voy a poder volver a trabajar». Y levanto en su cara mi mano vendada a la que le falta un hueco enorme entre el dedo pulgar y el dedo meñique. «Ya veremos, Marisita, no te preocupes por eso ahora, nosotros nos encargamos de todo», y vuelve a darme un beso en la frente.

Pablo y Elena vienen a verme y hacen planes. Elena me dice que se puede mudar conmigo una temporada, Pablo sugiere, además, comprar una campana, para que yo la toque cuando lo necesite y él la oiga desde su casa y pueda subir a verme. Yo le digo que para qué necesito una campana si tengo su número de teléfono y él dice que es que ya había comprado una porque pensó que me haría ilusión el excéntrico detalle.

El dolor se amortigua conforme pasan los días, las flores pierden su vigor, las visitan se espacian, pero Elena y Pablo siempre vienen a verme. El médico me mira a los ojos y me dice que me espera una baja larga, muy larga, después toma mi mano mutilada y dice: «Larguísima, vete haciendo a la idea». Hago una pregunta que siempre he querido hacer en estos casos: «Doctor, ¿podré volver a tocar la guitarra?». El doctor niega con la cabeza, y Pablo y Elena se muerden los carrillos para no partirse de risa.

Una mañana aparece Elena con una cesta de pícnic y un par de almohadones de oca recién comprados en El Corte Inglés. Dice que una de las razones de que no me recupere antes es la mierda de comida que dan en los hospitales y la incomodidad de las camas. Saca los almohadones del envoltorio de plástico y los mulle dándoles unos cuantos puñetazos antes de colocármelos en la espalda. Después saca unos tomates ibéricos del tamaño de sus pechos, los corta en rodajas y les echa aceite de oliva y sal. Me dice que ha llamado a un amigo suyo, abogado, que le ha dicho que podría sacarle un dineral a la empresa de repartos que me quitó tres dedos y al conductor que me debió de pasar por encima. Me habla de una cifra escandalosa. «Con eso, y la baja por accidente *in itinere*, Marisa, si es que no te la dan permanente, que también se podría pelear, podrías vivir tranquila.» No me puedo creer que la suerte de mi vida viniera sobre ruedas y con un contrato basura

bajo el brazo.

—Prueba estos tomates —dice Elena mientras me coloca un tenedor en la mano izquierda con suma paciencia—. Están riquísimos, los compro siempre en el mercado de la Cebada; es de los pocos sitios de Madrid donde los tomates me saben algo, aunque cuestan como medio mes de alquiler.

Me incorporo. Manejo con algo de dificultad el tenedor, porque soy diestra. O al menos lo era antes. Elena me dice que seguramente pueda aprender a ser zurda, como antes los zurdos aprendían a ser diestros para que no pensasen que eran discípulos de Satanás. Llega Pablo con un pack de cervezas bien frías, le tiende una a Elena y ella le da las gracias sin mirarle. Abre otra y la coloca sobre mi bandejita de hospital con una pajita. Él se abre la tercera y la bebe a morro. Les miro y me doy cuenta de que son familia, una extraña familia.

Pienso que en la oficina siempre me recordarán por ser la persona a la que atropelló un *rider* y perdió tres dedos. Y que la historia se contará siempre, en cada nueva incorporación, a cada becario. Se recordará cada tarde, cuando el trabajo exija quedarse y hacer horas extra y alguien llame por teléfono a pedir unas pizzas. Se recordará en todas las cenas de Navidad, en todos los desayunos tras el logro de un objetivo, en cada *team building*. Y será casi como estar, pero sin estar. Me llevo un trozo de tomate a la boca.

—¿Y bien? —pregunta Elena, observándome con mucha ceremonia.

—Están riquísimos.

Elena saca otros dos tenedores más y le ofrece uno a Pablo. Sirve pan, saca un par de latas de conservas y prepara un bol con frutas para dejármelo en la habitación. Le doy otro bocado al tomate. Elena y Pablo discuten sobre cómo apañárselas cuando me den el alta y hacen bromas sobre compartir la custodia de su niña tullida. Siento una inmensa alegría que me recorre el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta las puntas del cabello. Al final, en la vida necesitamos pocas cosas: alguien que nos quiera, una cama con grandes almohadones, unas latas de cerveza bien frías y unos

tomates que sepan a algo.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quería dar las gracias a mis padres. Gracias por despertar mi interés desde niña, por acompañarme, por guiarme y por comprarme todos los libros que quería cuando íbamos los sábados por la mañana a alguna librería. Sin ellos, no sería nada de lo que soy.

En segundo lugar, a todos los profesores del colegio Nuestra Señora del Socorro, en Benetússer (Valencia), que en algún momento me descubrieron algo. En especial, a mis profesores de Lengua y Literatura, Alfons Garrido y Carmen Alba. Mención aparte a un profesor que me enseñó a mirar cuando yo solo sabía ver: Álvaro Zornoza, de Historia.

En tercer lugar, gracias a las buenas personas y mejores profesionales de esta editorial que se ha convertido en mi casa. A Sergi, por llamarme y confiar en ese primer manuscrito que le mandé, y a Sandra por tratarlo con tanto mimo y sacarle todo el brillo posible.

En cuarto lugar, quería agradecer a las tres personitas que leyeron esta historia antes incluso de que estuviera terminada. A Dani, sin cuyos comentarios y capturas de pantalla con esos «JAJAJA» no me habría atrevido a seguir escribiendo. A Julio, por darme la seguridad necesaria y brindar conmigo y decirme: «Eres escritora». Más que mis amigos, sois mis hermanos. Y a Manu; sus carcajadas en la habitación de al lado y sus «Esto está de puta madre» son culpables de que pudiese llegar hasta el final. O *no tanto*. Gracias por lo que fuimos.

Y, en quinto lugar, gracias a ti, querido lector o lectora, por ir a una librería y darle una oportunidad a esta novelita entre tanta oferta editorial. Espero haberte acompañado en el metro o en el autobús, en la sala de espera del médico, en el sofá o en la cama,

antes de irte a dormir. Y espero que esta compañía haya sido grata. Confío en que nos volvamos a encontrar.

El descontento
Beatriz Serrano

Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Ulas&Merve / STOCKSY
Fotografía de la autora: © Andrea Casino

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2023

ISBN: 978-84-9998-988-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta